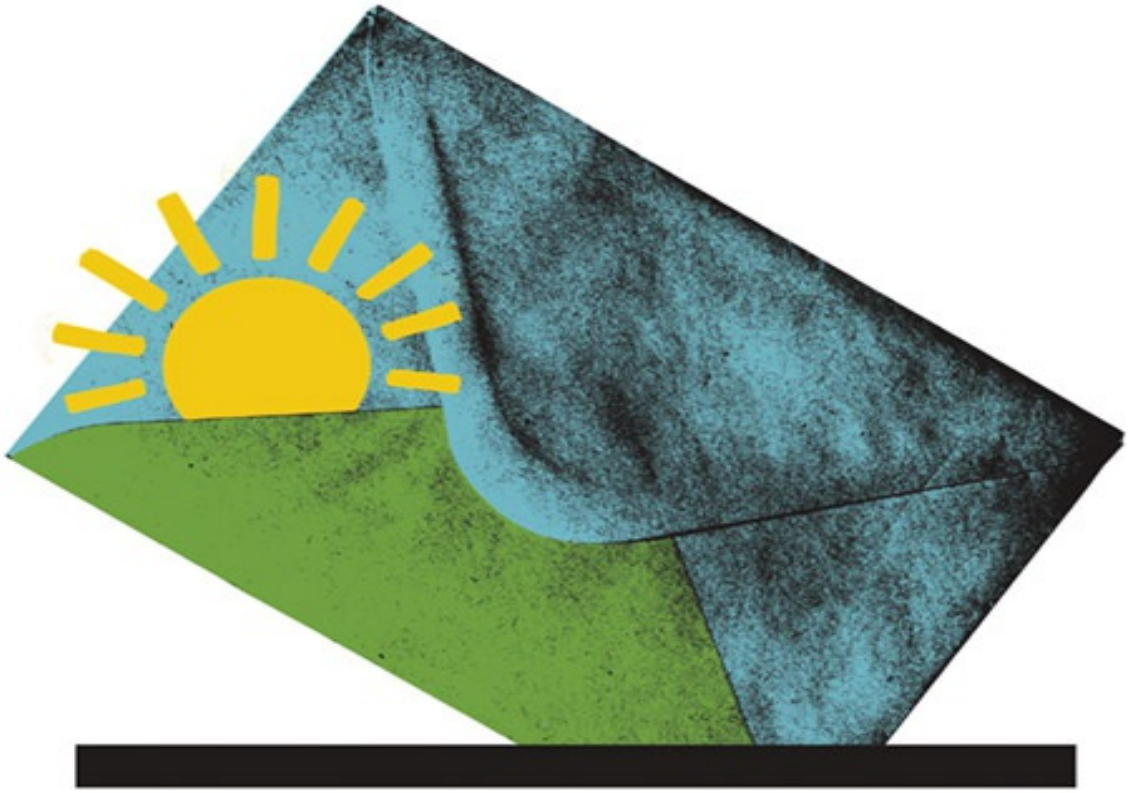
PENÍNSULA ATALAYA



George Lakoff

Puntos de reflexión

Manual del progresista

Índice

PORTADA
COLABORADORES
PRÓLOGO
PREFACIO
INTRODUCCIÓN: POR QUÉ ESCRIBIMOS
1. GANAR Y PERDER
2. BICONCEPTUALISMO
3. MARCOS Y CEREBROS
4. LA NACIÓN COMO FAMILIA
5. LA MORALIDAD Y EL MERCADO
6. VALORES FUNDAMENTALES
7. INICIATIVAS ESTRATÉGICAS
8. EL ARTE DE ARGUMENTAR
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE THE ROCKRIDGE INSTITUTE
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

COLABORADORES

Bruce Budner, director ejecutivo
Kevin Budner, asistente de investigación
Kyra Davis, asistente de investigación
Mark Ettlinger, investigador
Sam Ferguson, investigador
George Lakoff, socio fundador y responsable de investigación
Arianna Siegel, asistente de investigación
Jessica Thierman, asistente de investigación

PRÓLOGO

Frente a mí tengo una foto hecha en enero de 2008 en la puerta del Café Central de Madrid, en ella aparecemos George Lakoff y su mujer Kathleen, Judith Wells, la traductora de este libro, su marido Pablo Pombo y yo mismo. Lakoff, profesor de Lingüística de la Universidad de California, había venido a participar en el «Comité de expertos» que asesoró al PSOE de cara a las elecciones de marzo. Pablo y yo trabajábamos en el área de discurso de la campaña y decidimos recibir una clase particular, así que le pedimos a Lakoff que se reuniera con nosotros para hablar de algunos aspectos relativos a nuestro trabajo, a lo que él accedió amablemente.

Eran días emocionantes, tanto como lo pueden ser los días de campaña en democracia. La reunión fue apasionada, divertida, un poco caótica y muy productiva. Cuando empezamos a hablar con el profesor norteamericano yo pensaba que lo estábamos abrumando a preguntas, que nuestras preguntas eran excesivamente prácticas y que difícilmente podría darnos respuestas tan concretas como esperábamos. Sin embargo, me sorprendió el excelente nivel de conocimiento de la situación española que poseía, y la rapidez con que se hacía con los temas, los desentrañaba y nos ofrecía excelentes respuestas.

Así que, además de encontrar al prestigioso lingüista, aquella noche encontré a un ciudadano profundamente comprometido con los valores progresistas, a unos ciudadanos debo decir, pues su mujer participaba con igual interés y además ponía un poco de orden en aquella tormenta de ideas con banda sonora de jazz en el célebre café madrileño. Al final Pablo Pombo y yo nos fuimos con una gavilla de buenas ideas, pero una de las mejores ideas de aquella noche fue sin duda la de Judith Wells, que decidió traducir *Puntos de reflexión*. Manual del progresista, para que algunas de las reflexiones que nos hizo George Lakoff pudieran inspirar a muchas otras personas de habla castellana. Finalmente Manuel FernándezCuesta ha tenido la idea de publicar en la editorial Península el libro de Lakoff y de proponerme que escribiera este prólogo. De este modo, sin saberlo, nos ha vuelto a reunir a las mismas personas que posábamos bien abrigados una noche de enero en la puerta de Café Central.

En el prefacio del libro, Lakoff declara que el objetivo del mismo es traducir nuestros sentimientos a lenguaje. Ayudar a expresar con palabras lo que sentimos como justo y como bueno en nuestras entrañas. En la izquierda, entre los progresistas diría Lakoff, es frecuente encontrar a personas que han tomado la decisión de comprometerse políticamente llevadas por un sentimiento de rebeldía ante la explotación, ante la

opresión, e impulsadas por una intuición de justicia. Pero este sentimiento de rebeldía y esa intuición de justicia deben encontrar un cauce de expresión, y en democracia ese cauce son los argumentos, las ideas, las palabras.

Unos argumentos, ideas y palabras que por lo general no son el fruto espontáneo de las situaciones de injusticia ni de los sentimientos de rebeldía, sino que necesitan un esfuerzo de elaboración, que necesitan imaginarse, documentarse, debatirse hasta que alcancen la madurez que las hace capaces de movilizar conciencias y transformar el mundo. Esas ideas, además, no están solas, sino que compiten con otras ideas, con otras palabras.

Lo que dice Lakoff es que la derecha se ha hecho experta en utilizar contra la gente los sentimientos de rebeldía frente a la injusticia de esa misma gente. Que los conservadores han desarrollado todo un sistema de comunicación capaz de usar nuestras esperanzas contra nosotros mismos, y que todo eso lo hacen a partir de conocimientos de psicología y de lingüística que deberíamos ser capaces de aprovechar los progresistas. No se trata, por tanto, de usar los métodos de la derecha, pues esforzarnos en expresar nuestras ideas para que sean entendidas no es un método de la derecha o de la izquierda, es sencillamente hacer lo razonable. Lo que nos propone es que los progresistas aprendamos a hablar de manera más clara y más eficiente a la hora de recabar apoyos ciudadanos. Es lo que Lakoff llama construir nuestros propios marcos conceptuales.

Las cuestiones estrictamente políticas, a diferencia de las científicas, no pueden ser objeto de demostración, sino de argumentación. Podemos argumentar que en una zona de la ciudad es mejor construir más edificios o hacer un parque, pero no podemos demostrarlo del mismo modo que cuando hacemos una demostración matemática. Por eso, en democracia, al final se vota, no como forma de establecer una verdad, sino como manera civilizada de finalizar la discusión y tomar una decisión. La tesis de Lakoff es que los marcos, las metáforas, con los que enmarcamos nuestras ideas son fundamentales para que éstas se entiendan adecuadamente.

La segunda parte del título, *Manual del progresista*, deja bastante claro a quién se dirige el libro. No es un libro para expertos, aunque no está exento de rigor académico. Se trata de un libro para personas que quieren aproximarse a conceptos y prácticas de comunicación política. No pretende dar soluciones inmediatas a las necesidades de comunicación electoral de un candidato, pero después de leerlo es más fácil tener, o reconocer, buenas soluciones para planificar una campaña. También para evitar errores de comunicación.

Quizá el peor de todos los errores sea asumir inconscientemente las ideas del contrario, volverse uno mismo un propagandista de éstas. No es algo difícil o infrecuente. De igual modo que el personaje de Molière hablaba en prosa sin saberlo, hay quien habla en la prosa de la derecha sin ser consciente de ello. Muchas veces las mismas preguntas de una entrevista nos invitan a deslizarnos hacia las categorías de pensamiento de nuestros adversarios. Es más, probablemente las persona que nos entrevista no sea

consciente de que está consolidando la posición de nuestros adversarios, dando la consistencia de lo real a sus marcos conceptuales. En cierta ocasión, hablando sobre la prensa, el senador republicano D'Amato le dijo al presidente Clinton: «Nosotros creemos que son liberales y que votan como usted, pero piensan como nosotros y eso es más importante». Por eso este libro puede ser útil a profesionales del periodismo que tengan valores progresistas o que, simplemente, quieran actuar con honestidad y rigor profesional.

El subtítulo del libro, *Cómo transmitir los valores y la visión progresista estadounidenses*, es también una buena pista sobre lo que los progresistas españoles podemos hacer. Lakoff sostiene que lo mejor de Estados Unidos son sus valores progresistas, que el ansia de libertad, la democracia, la lucha contra la esclavitud, la preocupación por la suerte de los demás, son los verdaderos cimientos del país, y sostiene que sobre la reivindicación de esos cimientos es posible que los demócratas recuperen el poder. La verdad es que la España democrática también está cimentada sobre valores progresistas. Los últimos treinta años de nuestra historia se sostienen sobre la libertad y la tolerancia, sobre la capacidad de convivir respetando nuestra diversidad, sobre la solidaridad.

Lo cierto es que las derechas, norteamericana y española, han tenido que trabajar mucho sus instrumentos y estrategias de comunicación política para ganar democráticamente en un contexto en el que los valores de la mayoría social son contrarios a los suyos. Como dice Lakoff, las fundaciones conservadoras han invertido mucho tiempo y dinero para aprender a usar nuestros valores contra nosotros mismos. Quizá la izquierda debería poner algo más de esfuerzo, de método y de recursos para aprovechar mejor sus propios valores. Es verdad que constituir fundaciones de investigación como las que financia la derecha no está al alcance individual de ninguno de nosotros, pero sí podemos hacer cosas eficaces como, por ejemplo, leer este libro.

Yunquera, Málaga, agosto de 2008.

JOSÉ ANDRÉS TORRES MORA
Diputado y miembro
de la Ejecutiva Federal del PSOE

PREFACIO

Los Estados Unidos están en peligro. Se enfrentan a la amenaza de la dominación de una derecha radical y autoritaria que se refiere a sí misma como «conservadora», como si pretendiera estar preservando y promoviendo los valores estadounidenses. En realidad, los está pisoteando.

Los valores estadounidenses son inherentemente progresistas, pero los progresistas han perdido el rumbo. Como estadounidenses tradicionales, es decir, como estadounidenses progresistas, estamos empezando a perder nuestra identidad y los valores que han hecho de los Estados Unidos un país grande y libre, un país donde la tolerancia nos ha llevado a la unidad, donde la diversidad nos ha hecho fuertes, donde actuar por el bien común ha hecho realidad nuestros sueños y donde el respeto por la dignidad humana ha multiplicado las oportunidades, liberado la creatividad y generado riqueza.

Los progresistas hemos dado por sentados estos valores hasta tal punto que hemos olvidado cómo articular la visión progresista. Los términos del debate político se nos han escapado y hemos cedido incluso el lenguaje de los ideales progresistas—como la palabra «libertad»—para que la extrema derecha lo redefina. La derecha radical conoce bien *sus* valores y *su* programa político. Ha impuesto *sus* ideas y *su* lenguaje. Ha dominado el debate, y ello le ha permitido hacerse con el poder.

Los dirigentes políticos progresistas se han olvidado de los planteamientos a largo plazo, acuciados por las exigencias del corto plazo: presentarse a elecciones o bloquear leyes desastrosas un día sí y el otro también, sin el apoyo previo de las bases. Poco más pueden hacer los políticos progresistas en las circunstancias actuales. A las bases progresistas les corresponde encontrar por sí mismas la voz colectiva capaz de abogar una vez más por el bien común, así como de formar un coro de voces que extiendan sus ideas por todo el país.

El Instituto Rockridge forma parte de ese coro, y está fuertemente comprometido con los valores y la visión de unos Estados Unidos progresistas. Este manual es una reflexión acerca de nuestro trabajo y nuestro compromiso. Los progresistas sentimos en nuestras entrañas lo que es correcto. Nuestro trabajo en Rockridge consiste en transformar estos sentimientos en lenguaje, para ayudar a encontrar los marcos conceptuales y lingüísticos que permitan que nuestras verdades también sean visibles para los demás y que nuestro sentimiento irrefrenable de lo que es justo se traduzca en razonamientos efectivos.

Hemos percibido entre las bases progresistas la necesidad de disponer de una síntesis breve, directa y sistemática de la visión progresista, de aquellos principios que abarcan todo tipo de ámbitos y de los elementos con los que abordar los distintos asuntos políticos: en definitiva, la necesidad de un manual que se pueda llevar en el bolsillo y consultar en Internet. Aquí está.

Es mucho lo que aquí hemos abarcado. Queríamos comprender por qué los eslóganes y la jerga política no suelen funcionar entre los progresistas. Queríamos aclarar los modelos familiares del padre estricto y del padre protector que, en gran medida, fundamentan las visiones políticas pero que no suelen conocerse bien. Queríamos explicar por qué los electores no responden a los programas y políticas que son como «listas de la compra». Y queríamos demostrar por qué los marcos conceptuales y lingüísticos son necesarios para servir a la verdad.

En nuestro esfuerzo, hemos introducido nuevos conceptos. Por ejemplo, hemos presentado una investigación actualizada sobre los *marcos profundos*, es decir, de los valores morales y los principios políticos de alcance general que permiten que un eslogan o una frase llamativa calen en el público. Hemos analizado los *marcos argumentales*, es decir, la estructura general de los razonamientos usados por progresistas y conservadores. Y hemos analizado por qué los conservadores siguen una lógica argumental de causas simples mientras que los progresistas se guían por las causas sistémicas y complejas.

Algo aún más importante: hemos analizado, y rechazado, la idea del «centro» ideológico. En el «centro» no hay «moderados», y tampoco se define el «centro» por estar a medio camino entre la izquierda y la derecha. No. En el centro están los que denominamos los *biconceptuales*. La idea del biconceptualismo resulta esencial para comprender—y poder cambiar—la política estadounidense. Explicamos aquí por qué los progresistas pueden y deben dirigirse a los biconceptuales con el mismo lenguaje con el que le hablan a sus bases.

Una advertencia. Los grupos movilizados para campañas puntuales, los candidatos que concurren a elecciones o los políticos tienen necesidades a corto plazo: quieren palabras para el siguiente anuncio, para el discurso de mañana y para la próxima campaña electoral y quieren respuestas contundentes a los ataques diarios de sus adversarios. No las encontrarán en este manual. Este manual no ofrece soluciones de circunstancia ni respuestas a corto plazo a problemas tácticos inmediatos. De lo que trata es de la estrategia a largo plazo, de la estrategia para retomar la senda de los ideales progresistas. Trata de cómo cambiar la manera de hacer política. Trata de ayudar a que los Estados Unidos renueven su compromiso con sus raíces progresistas.

Esperamos que este manual ayude a iniciar un proceso de creación de un renovado lenguaje progresista. En su versión *online*, será la base del Proyecto del Manual Progresista de Rockridge, diseñado para extender este manual, paso a paso, a todos los ámbitos del debate y hacerlo de forma interactiva, mediante un diálogo continuado, un

debate nacional, con los progresistas de base. Este manual es también la semilla de la Red de Acción de Rockridge, una red de activistas—individuos y grupos—que desean difundir entre sus conciudadanos la perspectiva, las ideas y los valores progresistas.

Contacte con nosotros en info@rockridgeinstitute.org.

En todos los Estados Unidos, los progresistas están encontrando su voz. Esperamos que este libro os ayude a encontrar la vuestra.

GEORGE LAKOFF
Berkeley, California
1 de agosto de 2006

PUNTOS DE REFLEXIÓN

INTRODUCCIÓN: POR QUÉ ESCRIBIMOS

Los progresistas tienen una larga y rica historia en los Estados Unidos; una trayectoria histórica inspirada en los principios progresistas de la libertad, la igualdad, la dignidad humana, la tolerancia, la celebración de la diversidad y en la convicción de que nuestra prosperidad debe servir al bien común. Los momentos más grandiosos de nuestra nación son aquellos en los que triunfaron estos principios. Escribimos para que perduren.

Los principios no pertenecen a nadie, a ningún lugar o partido. No pertenecen a ninguna raza, clase o género. No pertenecen a ningún tiempo, región o país de origen. Y no saben de la dicotomía entre estados rojos (republicanos) y estados azules (demócratas). Escribimos para recordarnos a nosotros mismos los principios progresistas que elevaron moralmente a nuestra nación. Y reflexionamos sobre nuestro pasado con la esperanza de poder dejar a nuestros hijos un futuro mejor.

Fueron nuestros grandes patriotas los que articularon estos principios y actuaron conforme a ellos. Con su valor y sus convicciones, dieron vida a nuestra Constitución. Su legado es nuestra más digna herencia común. Un legado que nos abruma. Escribimos para que nosotros también actuemos guiados por nuestras convicciones más profundas.

Los protagonistas centrales de esta historia fueron ciudadanos. Primero y sobre todo, los revolucionarios, como George Washington y Thomas Jefferson, que lucharon por extender las libertades, llamaron a la rebelión y se liberaron del yugo del despotismo británico. Tras sus pasos vinieron los abolicionistas, como Frederick Douglass y Harriet Tubman, que insistieron en que ninguna democracia merecía tal nombre mientras la esclavitud—el «pecado original» de la nación—siguiera existiendo. Luego vinieron las sufragistas, como Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton, que ampliaron nuestra comprensión de la igualdad y lograron el derecho al voto para las mujeres.

Son más los protagonistas. El reverendo Martin Luther King, Jr. y Rosa Parks, que marcharon por la tolerancia e invitaron a la nación a celebrar la diversidad. La Madre Jones, César Chávez y Sojourner Truth, que—aunque en épocas distintas—lucharon por la inalienable dignidad de todos los seres humanos. John Muir y Rachel Carson, que dieron voz a la naturaleza y a nuestro campo. Daniel Ellsberg, que, en nombre de la paz y contra los excesos del poder ejecutivo, publicó los documentos del Pentágono y aceleró el final de la guerra de Vietnam.

Los grandes políticos merecen nuestra gratitud por haber afrontado las adversidades con visión y valor. Abraham Lincoln liberó a los esclavos y salvó la Unión. Theodore Roosevelt comprometió la función de gobierno con la reducción de los excesos del

mercado y con la protección de nuestras maravillas naturales. Franklin Delano Roosevelt fue más allá y fijó definitivamente el papel central del gobierno en el uso del patrimonio común al servicio del bien común, promoviendo el New Deal. El New Deal no sólo consistió en un conjunto de medidas, sino que fue un movimiento inspirado en valores progresistas fundamentales como la empatía y la responsabilidad, con la idea de que el gobierno no sólo tiene que preocuparse por la gente sino que también debe actuar en beneficio de la gente.

Las creencias, las convicciones, los *valores* que inspiraron a estos patriotas nos pueden inspirar hoy. Aunque los problemas y los desafíos sean distintos, los principios que nos guíen tienen que ser los mismos.

Si los Estados Unidos fueran como los soñaron aquellos patriotas, *Puntos de reflexión* no tendría ninguna razón de ser. Pero, desgraciadamente, la nación se ha alejado de sus valores progresistas. Contrariando nuestro compromiso con la dignidad humana, todavía hay niños que viven en la pobreza, mal alimentados y sin una protección sanitaria adecuada. La discriminación del Estado contra la homosexualidad aún existe, y atenta contra nuestro compromiso con la diversidad, la tolerancia y la igualdad ante la ley. Se mantienen las disparidades entre las comunidades étnicas—en lo relativo a sanidad, educación, tasas de criminalidad y poder económico—, con lo que se incumplen las promesas del movimiento por los derechos civiles. Nos amenaza una crisis climática global y aún no hemos asumido como debiéramos el reto de enfrentarnos a ella. Y, en Irak, estamos atrapados en un atolladero militar que ha minado nuestra nación, no sólo en su fuerza y su riqueza, sino también en su coherencia moral.

Pero, sobre todo, una nube negra de autoritarismo se cierne sobre nuestra nación, por lo que resulta difícil abordar todas esas cuestiones sin que se haya producido antes un cambio político en el país. Los conservadores radicales han tomado las riendas del poder y llevan años controlando el debate político. Para que se produzca un cambio real, los ideales progresistas deben volver a ocupar el centro del discurso político nacional. Esto no será ni fácil ni rápido; se necesitarán muchos años de trabajo. Pero podemos lograrlo.

Nos corresponde a nosotros—los ciudadanos—articular la visión progresista. Los líderes políticos progresistas no lo pueden hacer solos. A pesar de su inteligencia y de sus buenas intenciones, están demasiado sujetos a las presiones aplastantes del corto plazo. Necesitan de la ayuda de todos los progresistas del país. Tenemos que proclamar nuestros valores a lo largo y ancho de la nación para que los dirigentes políticos progresistas puedan contar con el apoyo que necesitan para recuperar la iniciativa en el debate político.

Afortunadamente, hoy en día, para realizar nuestros ideales, no hemos de enfrentarnos a un ejército inglés (como hicieron los revolucionarios), ni a turbas asesinas (como hicieron los abolicionistas y los defensores de los derechos civiles), ni al ejército

de Pinkerton (como hicieron los trabajadores). Nos enfrentamos a nosotros mismos. Tenemos que reunir valor político para expresar y defender nuestras creencias más profundas. Por eso escribimos. Esperamos que *Puntos de reflexión* sirva para que nuestro país recupere sus ideales progresistas.

1

GANAR Y PERDER

En 1980, Richard Wirthlin, principal asesor electoral de Ronald Reagan, hizo un descubrimiento que cambió profundamente la política estadounidense. Como experto en encuestas, había aprendido que la gente vota basándose en las posiciones de los candidatos con respecto a temas puntuales. Pero sus primeras encuestas para Reagan le revelaron algo fascinante: los votantes que no estaban de acuerdo con Reagan en algunos aspectos querían, no obstante, votarle. Desconcertado, Wirthlin estudió el fenómeno y acabó descubriendo por qué la gente quería votar a Reagan.[1]

Reagan no hablaba de temas puntuales sino de *valores*. Tenía más efecto comunicar valores que explicar propuestas políticas específicas.

Reagan *conectaba* con la gente, transmitía. Reagan parecía ser un hombre *auténtico*, parecía creer en lo que decía. Conectaba con la gente, resultaba auténtico y la gente sentía que podía *confiar* en él porque hablaba de sus valores.

Por estas cuatro razones—valores, capacidad de transmitir, autenticidad y confianza—los electores *se identificaban* con Reagan; sentían que era uno de los suyos. No porque compartieran sus valores, ni su clase socioeconómica o su subcultura, sino porque creían en la integridad de su relación con ellos y en la conexión entre su visión del mundo y sus acciones.

Las situaciones políticas son reales, tanto como los hechos que las suscitan, pero también movilizan valores y confianza. Para ser efectivas, las campañas tienen que comunicar los valores del candidato. El candidato debe abordar los temas de manera simbólica, para poder transmitir así sus valores morales y su honradez.

Recordemos cómo arremetió Reagan contra las madres pobres que abusaban de los servicios y subsidios sociales: es famosa su imagen de la «reina de la beneficencia social conduciendo un Cadillac». Para Reagan, la «reina» encarnaba no sólo el abuso de las ayudas sociales sino el símbolo de una política gubernamental equivocada en lo relativo a la pobreza, basado en un amplio abanico de ayudas públicas. Para Reagan, estos programas de ayuda premiaban la desidia, incentivaban la indisciplina y fomentaban la inmoralidad.

Con independencia de la opinión que nos merezca Reagan, el suyo fue un discurso ganador que, desde entonces, los conservadores siguen usando. Los progresistas tienen que aprender del ejemplo. La política tiene que ver con los valores; tiene que ver con la

comunicación y con que los electores confíen en la honradez del candidato; tiene que ver con el identificarse con la visión del mundo del candidato. Tiene que ver, en definitiva, con lo simbólico.

Los asuntos específicos son secundarios; no irrelevantes, ni menores, sino secundarios. La posición de un político con respecto a un asunto determinado debe reflejar sus valores, y las medidas y políticas que proponga deben simbolizar esos valores.

En los círculos progresistas se suele pensar que las campañas electorales de Reagan y de George W. Bush se basaron en las «personalidades» de los candidatos y no en los problemas reales del país. No fue así. Nada tiene más sustancia que la visión moral de un candidato y la autenticidad de su compromiso con su visión moral.

Aunque referido a un candidato presidencial, el descubrimiento de Wirthlin tiene un alcance mucho más amplio. Todos los progresistas tendrían que hacerlo suyo: hay que concentrarse en los valores y en los principios. Hay que ser auténticos: defendamos aquello en lo que creemos profundamente, busquemos la empatía y conectemos con la gente, basándonos en la identidad, la suya y la nuestra.

Este libro no explica cómo ganar o perder elecciones. Explica cómo ganar o perder los corazones y las mentes de la gente. Esto sólo se consigue haciendo que la gente descubra quién es de verdad en sus corazones.

Este libro habla de valores y de cómo comunicarlos. Habla de la visión progresista, de sus principios y valores morales fundamentales y de cómo se pueden articular y argumentar de manera convincente. El secreto está en una comunicación efectiva, en el uso de las palabras y del lenguaje al servicio de las convicciones más profundas.

Los progresistas no sólo no han sabido comprender el descubrimiento de Wirthlin, sino que tampoco han asimilado los últimos avances de la ciencia cognitiva; de ahí que sigan cayendo en muchas trampas. En unas trampas que hemos creado nosotros mismos y de las que podremos salir sin tener que cambiar nuestros valores.

Por lo tanto, hay motivos para el optimismo. El propósito de este manual es mostrar la anatomía de los valores, de las ideas y de los razonamientos progresistas para liberarnos así de las trampas en las que hemos caído.

DOCE TRAMPAS QUE HAY QUE EVITAR

1. La trampa del tema específico. Es un lugar común: no todos los progresistas comparten las mismas ideas. Cada uno tiene sus ideas y sus preocupaciones. En realidad, los progresistas *estamos de acuerdo*. Estamos de acuerdo en los *valores*: por lo tanto, existe una base real para la unidad de los progresistas. Los valores progresistas se aplican a muchos temas. Lo mismo ocurre con los principios y las formas de argumentar. Los conservadores comunican conservadurismo, sea cual sea el tema que se saque a colación. Los progresistas tienen que comunicar progresismo. Tenemos que acabar con la

fragmentación con la que tratamos las distintas cuestiones políticas y recuperar la centralidad de los valores y de los principios para de este modo recuperar una visión progresista global.

2. La trampa de la encuesta. Muchos progresistas se dejan guiar por las encuestas. La tarea del líder consiste en liderar, no en seguir. Por otra parte, contrariamente a lo que se cree, las encuestas no reflejan la exacta realidad. Las encuestas tan sólo reflejan el tipo de preguntas que hacen, que, por otro lado, no siempre son relevantes. Los verdaderos líderes no recurren a las encuestas para tomar posición; lideran a la gente hacia nuevas posiciones.

3. La trampa de la «lista de propuestas». Los progresistas suelen pensar que la gente vota en función de los programas electorales y de las propuestas políticas específicas de los candidatos. Lo cierto es que la gente vota basándose en los valores, la capacidad de transmitir, la autenticidad, la confianza y la identidad.

4. La trampa del racionalismo. Existe una—falsa pero extendida—teoría según la cual la razón es algo completamente consciente, verbalizado (pues refleja literalmente el mundo objetivo), lógico, universal y libre de emociones. La ciencia cognitiva ha demostrado que cada uno de estos extremos es falso. No obstante, los progresistas caen en esta otra trampa: creen que los hechos convencen por sí solos a los electores, ya que los electores son «racionales» y deciden su voto en función de las propuestas y de sus propios intereses. También creen los progresistas que basta con negar un marco para contrarrestarlo.

5. La trampa del «no es necesario crear marcos». Los progresistas sostienen a menudo que «la verdad no necesita enmarcarse» y que «los hechos hablan por sí solos». La gente utiliza marcos—es decir, estructuras mentales profundamente arraigadas que configuran nuestra comprensión del mundo—para entender los hechos. Los marcos están en nuestros cerebros y definen nuestro sentido común. Es imposible pensar o comunicar sin activar estos marcos. De ahí la importancia de enmarcar, de activar uno u otro marco. Las verdades tienen que enmarcarse para que se vean como verdades. Los hechos necesitan un contexto.

6. La trampa de las «políticas son valores». Los progresistas suelen equiparar las políticas con los valores, es decir, con conceptos éticos como la empatía, la responsabilidad, la justicia, la libertad, etc. Las políticas no son valores en sí mismas, aunque se *basen*, o debieran basarse, en ellos. Por ejemplo, la Seguridad Social y el seguro médico universal no son valores: son medidas políticas que *reflejan* y *realizan* los valores de la dignidad humana, el bien común, la justicia y la igualdad.

7. La trampa del centrista. Existe una creencia generalizada: que existe un «centro» ideológico, es decir, un grupo mayoritario de electores, bien con una ideología propiamente centrista, bien posicionados entre la derecha y la izquierda, bien que comparten unas mismas opiniones. En realidad, el llamado centro está formado por biconceptuales, es decir, por personas que son conservadoras en algunos aspectos de la

vida y progresistas en otros. Los electores que se consideran «conservadores» suelen tener valores progresistas en cuestiones importantes de la vida. Tenemos que dirigirnos a estos biconceptuales «parcialmente progresistas» apelando a sus, a veces sólidas, identidades progresistas.

Muchos progresistas creen que deben «escorarse a la derecha» para conseguir más votos. En realidad, es un error. Al acercarse a la derecha, los progresistas refuerzan los valores de la derecha y renuncian a los suyos; y, además, se alejan de sus bases.

8. La trampa del menosprecio. Demasiados progresistas creen que la gente que vota a los conservadores es sencillamente tonta, sobre todo si vota en contra de sus propios intereses económicos. Los progresistas creen que basta con explicar a la gente cuál es su verdadera situación económica para que cambie su voto. En realidad, los que votan a los conservadores tienen sus razones y convendría entenderlas. El populismo conservador es de naturaleza *cultural*, no económica. Los populistas conservadores, que se consideran gente corriente, con sentido moral e ideas razonables, se sienten despreciados por las élites liberales que los oprimen. Consideran que los progresistas están intentando imponerles una «corrección política» inmoral, y esto les irrita. Como los progresistas no comprenden la acción política conservadora, tachan a los líderes conservadores de incompetentes y poco brillantes. Esto se debe a que analizan los propósitos conservadores desde el punto de vista de los valores progresistas. Si se analizan los propósitos conservadores desde los propios valores conservadores, se conseguirá comprender la situación, es decir, se entenderá el éxito que vienen cosechando los conservadores.[2]

9. La «trampa reactiva». En casi todos los temas, hemos dejado que los conservadores definan el marco del debate. Los conservadores están tomando la iniciativa política y transmitiendo sus ideas. Cuando los progresistas *re*accionamos, retomamos los valores y marcos conservadores, y no sólo no hacemos oír nuestro mensaje, sino que, peor aún, reforzamos las ideas conservadoras. Los progresistas necesitamos un conjunto de políticas proactivas y de técnicas de comunicación para transmitir nuestros propios valores según nuestros propios términos. Tenemos que *cambiar* los marcos del debate, y no reforzar los marcos conservadores. Pero tampoco basta con cambiar los marcos. Los líderes progresistas, *más allá de los partidos*, deben realizar juntos una campaña de ámbito nacional, organizada, sistemática y prolongada, que le transmita abiertamente los valores progresistas a la gente—día tras día, semana tras semana, año tras año—, sean cuales sean los temas específicos que constituyan el objeto de la discusión en un momento concreto.

10. La trampa del lema ingenioso. Algunos progresistas creen que se ganan elecciones o se consigue el apoyo de los electores con golpes de efecto ingeniosos y eslóganes llamativos, lo que aquí llamamos el «marco de superficie». Los marcos de superficie son inútiles sin los marcos más profundos, es decir, sin nuestras convicciones

morales más arraigadas y nuestros principios políticos. Los marcos, ya sean los superficiales o los profundos, si se utilizan con honestidad, son necesarios para que la verdad salga a la luz y se perciban nuestros valores.

Por el contrario, la frase ocurrente supone un uso fraudulento de los marcos lingüísticos de superficie para esconder la verdad. Los valores y principios progresistas—los marcos profundos—tienen que estar previamente asentados para que los eslóganes puedan tener algún efecto; los eslóganes por sí solos no consiguen nada. Los eslóganes conservadores funcionan porque los conservadores llevan décadas comunicando sus marcos profundos.

11. La trampa del lenguaje técnico. Los progresistas recurren demasiado a la jerga política y el lenguaje especializado para exponer sus propuestas. En lugar de eso, deberían referirse a las preocupaciones de los electores como, por ejemplo, cómo harán que los hijos puedan ir a la universidad, o cómo fomentarán la creación de empresas.

12. La trampa del juego de las acusaciones. Es muy cómodo achacar todos nuestros problemas a los medios de comunicación y a las mentiras conservadoras. Sin duda, los líderes conservadores mienten a menudo y usan un lenguaje orwelliano para distorsionar la verdad y, sin duda, los medios de comunicación se sienten cómodos repitiendo los marcos conservadores. Pero es poco lo que podemos hacer directamente al respecto. Sólo podemos controlar directamente *cómo* comunicamos nosotros. No basta con corregir una mentira con la verdad, sino que es necesario enmarcar las cosas con nuestra visión moral para que la verdad se entienda, y es necesario que este nuevo marco vuelva a delimitar el debate político. Si muchas personas empiezan a expresar honesta, efectiva y frecuentemente la visión progresista, los medios de comunicación serán mucho más propensos a adoptar *nuestros* marcos.

Una vez vistas estas trampas, cabría pensar que estamos atrapados en un agujero demasiado profundo. En Rockridge no opinamos lo mismo. ¿Por qué somos optimistas? Porque existe un camino para salir de todas esas trampas: comprender la anatomía de la visión progresista y comprender la anatomía del electorado.

Si entendemos estas dos cosas, resultará más fácil ayudar a los electores estadounidenses a encontrar sus corazones progresistas.

2

BICONCEPTUALISMO

Comprender a quién nos estamos dirigiendo—y con quién *queremos* hablar—es fundamental, y debe hacerse antes de poder empezar a articular lo que tenemos que decir y de dar con la mejor manera de decirlo. Debe ser así tanto para los candidatos progresistas como para los activistas y los grupos de activistas. El reto en este sentido es doble: tenemos que movilizar a nuestras bases sin renunciar a atraer a los electores indecisos y tenemos que hacerlo sin mentir, distorsionar, engañar ni pretender ser lo que no somos.

La tentación de aparentar nace de los innumerables mitos creados en torno a los electores indecisos y el «centro». Para empezar, deshagamos esa idea: el centro ideológico o político no existe. En realidad, lo que existen son muchos tipos de personas biconceptuales.

Todos somos biconceptuales. Puede que vivamos conforme a valores progresistas en la mayoría de los ámbitos de nuestras vidas, pero si vemos las películas de Rambo y las *entendemos*, es porque, *pasivamente*, tenemos una visión conservadora del mundo que nos permite entenderlas. Si somos conservadores pero nos gusta *La hora de Bill Cosby*, tenemos una visión progresista pasiva del mundo. Pero, más allá de las películas y de las series de televisión, lo que nos interesa son los biconceptuales *activos*: las personas que utilizan un sistema moral en un ámbito y otro sistema moral en otro.

El biconceptualismo se puede explicar si tenemos en cuenta el funcionamiento del cerebro y el mecanismo de la computación neuronal. Las visiones del mundo de los progresistas y de los conservadores se excluyen mutuamente. Pero en el cerebro humano ambas visiones pueden coexistir, cada una inhibiendo a la otra y estructurando ámbitos distintos de la experiencia.[1] Es natural—o habitual—ser conservador en cuestiones fiscales y progresista en cuestiones sociales, o tener un punto de vista conservador de la economía y un punto de vista progresista de las libertades civiles.

Los biconceptuales son algo frecuente en política, y también suelen ser biconceptuales aquellos que dicen identificarse con una sola ideología. Los moderados no deben confundirse con los biconceptuales. No existe una cosmovisión moderada y son pocas las personas verdaderamente moderadas. Los moderados propiamente dichos se fijan en las escalas lineales y se colocan en la mitad de las mismas. ¿Cuánto habría que invertir para mejorar las escuelas? ¿Mucho? ¿Poco? «Una cantidad moderada», es lo

que diría un moderado de verdad. Estas personas existen, pero la moderación no es una ideología política. Y recurrir, según de qué se trate, a una u otra de las dos ideologías contrapuestas no es «moderación»: es biconceptualismo.

CONSERVADORES PARCIALES

Tomemos el ejemplo del senador por Connecticut Joe Lieberman, que se califica a sí mismo como moderado. De hecho, no suele defender posiciones intermedias. No es un moderado, sino que sus propuestas incluyen posiciones liberales y conservadoras, según el asunto. Lieberman es un biconceptual. Su visión progresista del mundo queda reflejada en su defensa del medio ambiente, del derecho al aborto o de los derechos de los trabajadores.[2] Su cosmovisión conservadora se manifiesta en su apoyo a las iniciativas de los movimientos religiosos, a los colegios privados y, sobre todo, a la actual política en Irak.[3] Como suele adoptar más posiciones progresistas que conservadoras, podemos calificarlo como un progresista parcialmente conservador o como un «conservador parcial».

Muchos progresistas son biconceptuales. Los «progresistas de la guerra fría» combinaron una política interior progresista con una política exterior conservadora basada en el uso de la fuerza (o en amenazar con usarla. Algunos políticos demócratas pueden ser progresistas en lo económico y conservadores en lo social, o viceversa. Los sindicatos, por ejemplo, tienen metas progresistas pero a menudo están organizados y dirigidos de manera estricta. Los progresistas «militantes» suelen tener una organización estricta al servicio de objetivos de protección mientras que los conservadores suelen optar por medios benéficos al servicio de fines estrictos. Esta separación entre medios y fines es habitual.

PROGRESISTAS PARCIALES

De la misma manera, muchos de los que tienden más claramente hacia una cosmovisión conservadora son «progresistas parciales». Si queremos comunicar con estos conservadores, tenemos que saber que quizá vivan conforme a un sistema moral progresista en ámbitos muy importantes de sus vidas.

De hecho, aunque no se consideren a sí mismos progresistas, los valores progresistas podrían ser la característica que los define, lo que son en esencia. Analicemos los cinco tipos más comunes de «conservadores parcialmente progresistas» para ver cómo sus valores coinciden con los de las personas que se consideran a sí mismas progresistas.

Los *amantes de la tierra*. Muchos conservadores son cazadores o pescadores (que quieren pescar en aguas limpias para poder comer lo que pescan); son ciclistas, senderistas o hacen acampadas con sus familias en los parques naturales; son granjeros o

agricultores muy ligados a sus tierras; o son cristianos que cumplen con la obligación bíblica de cuidar la tierra. Nunca se calificarán a sí mismos como «ecologistas» ni usarán palabras como «sostenibilidad» o «biodiversidad», pero comparten muchos valores que, al fin y al cabo, son progresistas.

Los *comunitaristas*. Son conservadores que creen en comunidades de progreso. Mucha gente que se declara conservadora vive a menudo en comunidades— pueblos o urbanizaciones—donde los líderes locales se preocupan por la suerte de sus vecinos y actúan de manera responsable, donde todos cuidan de todos, ayudan a los necesitados y prestan servicios a la comunidad: no se organizan con la rigidez y el individualismo propios del conservadurismo, sino que viven conforme a la empatía progresista y con sentido de la responsabilidad social. Serán conservadores a la hora de votar, pero son progresistas en sus comunidades.

Los *creyentes*. No pocos estadounidenses que son conservadores en algunos ámbitos de sus vidas son progresistas en su vida religiosa. Por ejemplo, los cristianos, tanto los católicos como los protestantes, son progresistas de corazón si creen que tienen que vivir según las enseñanzas de Cristo: ayudar a los pobres, dar de comer a los hambrientos, curar a los enfermos, perdonar a los pecadores, poner la otra mejilla... Para ellos, Dios no es estricto ni punitivo, sino protector y compasivo. Incluso los evangélicos (como el ex presidente Carter) suelen ser progresistas.

Los *empresarios socialmente responsables*. Muchos empresarios conservadores administran sus negocios como empresas progresistas, lo vean así o no: tratan bien a sus empleados, pagan sueldos e incentivos decentes, no perjudican el medio ambiente, no engañan a sus clientes y creen que las demás empresas tendrían que regirse por una moralidad que no se limite a maximizar el beneficio y respetar la ley.

Libertarios civiles. Algunos de los libertarios civiles más decididos de los Estados Unidos se autocalifican como conservadores o, simplemente, como libertarios. Creen en la Declaración de Derechos, es decir, en las diez primeras enmiendas de la Constitución, y especialmente en la Cuarta enmienda. Quieren que se proteja su intimidad, y no quieren que el gobierno los vigile ni interfiera en sus decisiones morales o en su vida sexual. Defienden la libertad de expresión y de asociación y quieren que el gobierno se quede al margen de la religión, y la religión al margen de la política. Quieren limitar el poder de la policía y confían en la protección del sistema judicial. En cuestiones como la libertad personal, siguen la moralidad progresista.

Entender a los «progresistas parciales» permite abrir un importante camino para que los progresistas comuniquen, desde los valores compartidos, con los electores indecisos.

EL MITO DEL CENTRO

La necesidad de tener en cuenta a los biconceptuales se ha visto oscurecida durante años por la obsesión con la supuesta ideología del «centro», ese lugar en el que estarían las personas a cuyo voto deben recurrir progresistas y conservadores para poder ganar elecciones. El mito del centro tiene varias formas, que inducen todas ellas a adoptar estrategias políticas contraproducentes.

Los cuatro mitos principales sobre el centro—el de la etiqueta, el mito lineal, el mito del moderado y el mito de la mayoría silenciosa—dan por sentado que la gente vota basándose en las posiciones de los candidatos sobre las distintas cuestiones políticas. Por el contrario, la teoría biconceptual se basa en el descubrimiento de Wirthlin (véase capítulo 1): la gente vota basándose en los valores, la capacidad de transmitir, la autenticidad, la confianza y la identidad. Las cuestiones políticas específicas sólo son un medio para expresar simbólicamente los valores.

El *mito de la etiqueta* es el más absurdo de los cuatro. Es aquel que supone que los electores se adscriben a una de estas tres etiquetas: progresista, moderado o conservador. No existen ni la ideología ni la cosmovisión «moderadas», ni una lógica propia de las creencias «moderadas». Es sólo una etiqueta de autoidentificación. Los demócratas centristas William Galston y Elaine Kamarck siguen esta falsa teoría en su conocido informe «Las políticas de la polarización».[4] Parten del porcentaje de autoidentificación del año 2004—liberales, 21 por 100; moderados, 45 por 100, conservadores, 34 por 100—y consideran que los que se califican de «liberales» tienen una ideología progresista y que los que se ven como «conservadores» tienen una ideología conservadora. Esto significaría que, si los liberales puros y duros permanecen fieles a su ideología, sólo podrán convencer a otros liberales. De ahí que, según ellos, los progresistas deban acercarse al «centro» para atraer a los «moderados», que forman la mayoría con la que se ganan elecciones.

A primera vista, puede parecer una conclusión razonable. Pero existe un problema importante de método, un problema que los psicólogos llevan años tratando: existe una diferencia entre las etiquetas que una persona se atribuye a sí misma y el conocimiento real que esa persona tiene de sí misma. Por ejemplo, no se produjo un cambio real en la orientación sexual de las personas cuando se extendió el uso de «gay» y «lesbiana» como etiquetas autocalificativas. Tan sólo hubo un *cambio de actitud* respecto a la etiqueta.

En los últimos años, por ejemplo, los conservadores han denostado la palabra «liberal», y eso es lo que refleja la encuesta de 2004 antes mencionada, pero las creencias reales de los estadounidenses no han cambiado. Ha pasado lo contrario con la etiqueta «moderado»: se ha revalorizado. Ser «moderado» significa ser razonable, imparcial, sensato y equilibrado, connotaciones positivas que explican por qué la gente elige esta

etiqueta antes que otra. Pero lo que hay que hacer es analizar cuidadosamente la cosmovisión de los electores y no ceñirse a las etiquetas con las que se autocalifican. Algo que, salvo excepciones, no suelen hacer las encuestas progresistas.

El *mito lineal* del «centro» se basa en una extraña metáfora. Considera que todos los ciudadanos están colocados sobre una misma línea que va desde la izquierda hasta la derecha; unos están en los extremos y otros en el medio, según sean sus posiciones con respecto a temas puntuales. Éste es el principal mito que hay detrás de la idea del «centro», y el que alimenta la creencia de que los progresistas tienen que acercarse a la derecha y abandonar—o esconder—su ideología progresista si quieren tener éxito. La estrategia de acercarse a la derecha deja electores a la izquierda del candidato, haciendo que el candidato parezca, en última instancia, más «moderado». Esto se opone a la teoría biconceptual que indica que es mejor comunicar y atraer a los votantes indecisos, activando, con una visión progresista y con un lenguaje progresista, sus identidades progresistas parciales.

Los problemas estratégicos—y éticos—que el mito lineal conlleva son importantes. «Acercarse a la derecha» significa dejar de ser auténtico, y los electores perciben la falta de autenticidad. Supone alejarse de las bases. Significa dar crédito a los temas y a los valores conservadores. Recordemos que los conservadores no alcanzaron el éxito «acercándose a la izquierda». Tuvieron éxito activando la cosmovisión conservadora, es decir, hablando el lenguaje de las bases e inhibiendo la cosmovisión liberal, atacando a los progresistas.

El *mito del moderado* suena bien mientras no se analiza. Sostiene que la gente que actúa con moderación—es decir, gente razonable, imparcial, templada, serena y equilibrada que evita los extremos—tiene una visión política estructurada por el principio de moderación, por la búsqueda del punto medio. Pero si se analiza con seriedad, en seguida queda claro que semejante visión política no existe. En política es imposible que todos los asuntos puedan colocarse en una escala lineal y los moderados estén siempre en el punto medio de las escalas. Primero, porque muchos de ellos son asuntos de «sí o no»: no hay escala. Tomemos algunos ejemplos. ¿Tiene que existir la pena de muerte? No se puede matar a alguien sólo un poco o moderadamente. ¿Tiene que ser legal el aborto? ¿Qué significa hablar de abortar con moderación? En el suicidio asistido, ¿en qué consistiría la moderación? ¿Leyes contra la reincidencia? ¿Qué significaría la moderación en este caso: delinquir tres veces antes de agravar las condenas, o cinco? ¿Debemos autorizar prospecciones en el Ártico? Incluso las prospecciones que se efectúan con moderación son prospecciones. Las personas que se autocalifican como «moderadas» no están a medio camino entre dos opciones, sino que son biconceptuales: en algunos aspectos son conservadoras; en otros, progresistas.

Por último, el *mito de la mayoría silenciosa*, del *mainstream*, asume que realmente existe un «centro» en la opinión pública, y que ese centro queda reflejado en las encuestas. David Sirota, un comentarista progresista, ilustra este mito:

> En lo que se refiere a la guerra de Irak, las encuestas muestran que una mayoría de los estadounidenses quiere un calendario de retirada de las tropas. En política económica, la mayoría apoya medidas gubernamentales que protejan a los ciudadanos. En política comercial, las encuestas indican que el pueblo recela mayoritariamente de los acuerdos de libre comercio que han desestabilizado a la clase media. Y en política de salud, las encuestas muestran que dos tercios de los encuestados quieren que el gobierno garantice un sistema de protección sanitaria universal, aunque esto suponga aumentar los impuestos.[5]

Sirota, utilizando un modo de pensar centrista contra los centristas, sostiene que la mayoría está compuesta por gente con estas creencias, y que los progresistas pueden ganar si siguen las encuestas y asumen las mismas posiciones que la mayoría de los electores. Sin embargo, y de la misma manera que resulta difícil encontrar una familia con 2,3 hijos, si se tiene en cuenta un número mayor de cuestiones políticas, no encontraremos ni una sola persona que piense en todos los asuntos como la mayoría de los estadounidenses. Esto es así porque no hay ninguna ideología—ninguna cosmovisión—que relacione las distintas posiciones reflejadas en las encuestas; se trata tan sólo de una lista de opiniones sobre distintos temas: es el producto de un estudio estadístico. Como hemos dicho antes, la mayoría de los votantes no se parecen a esa mítica mayoría sino que son, en realidad, biconceptuales.

HABLAR A LOS ELECTORES INDECISOS

La realidad política es mucho más compleja que cualquiera de esos mitos. El «centro» biconceptual incluye en realidad a conservadores parciales, a progresistas parciales y a los indecisos (los biconceptuales en ámbitos no políticos de la vida y sin ninguna posición moral que fije sus puntos de vista políticos). Los conservadores han entendido así el «centro» y han comprendido que los biconceptuales tienen ambas cosmovisiones. Usando el lenguaje conservador, repitiéndolo una y otra vez, han activado el sistema de valores conservador en lo más profundo de la gente, tanto entre sus bases como en los conservadores parciales. También repiten una y otra vez un lenguaje antiprogresista que acaba inhibiendo los valores progresistas. Con esta estrategia, los conservadores no renuncian a sus valores ni a su autenticidad. Se limitan a hablar al «centro» de la misma manera en que le hablan a sus bases.

Los progresistas pueden hacer lo mismo. Pueden hablar al «centro» de la misma manera en que hablan a sus bases y activar los valores y los marcos progresistas en los votantes indecisos biconceptuales. Esto mantiene cohesionadas a las bases progresistas y activa los valores, no sólo los de los conservadores que son progresistas parciales sino también los de los biconceptuales indecisos. En resumen, pueden atraer a los electores del centro sin abandonar sus valores progresistas.

Otro elemento digno de mención es que los actores políticos también suelen barajar la hipótesis de que existe un tipo de elector que vota basándose en un solo tema, gente que vota exclusivamente en función de la posición de un político con respecto a un asunto determinado. Esto no desdice la idea de que la gente vota basándose en valores y no en asuntos concretos. Lo que ocurre es que el asunto único en cuestión casi siempre simboliza valores culturales y políticos de mayor calado. Serían los casos de los católicos progresistas que votan a conservadores antiabortistas, o de los judíos progresistas que consideran que la guerra en Irak favorece a Israel y por ello votan a los republicanos. Por otro lado, los electores preocupados por la «cuestión moral» pueden apoyar el aborto o las bodas entre homosexuales porque apoyan la visión del padre estricto.

Intentar seducir a este tipo de electores adoptando una posición en la que no se cree no dará resultado, porque el asunto único en cuestión activa un sistema más amplio de valores que no se tiene. Esto nos lleva directamente a la cuestión de la autenticidad.

AUTENTICIDAD

La moraleja de esos mitos es sencilla: seamos auténticos y mantengámonos fieles a lo que creemos. Adoptar una posición en la que no se cree no sólo refleja una falta de integridad, sino que es una estrategia política equivocada e ineficaz. Sin duda, existen progresistas que son verdaderamente biconceptuales y conservadores parciales, pero con respecto a ellos lo mejor es también ir con la honestidad—y con la autenticidad—por delante. Si creéis que el planteamiento conservador es el más apropiado para algún asunto, argumentadlo, pero hacedlo utilizando marcos lingüísticos que representen vuestros valores y vuestra cosmovisión.

La prevalencia de la biconceptualidad entre los electores nos invita a reflexionar sobre el pragmatismo en la acción política. Hay dos tipos de pragmatismo político, y ambos están dispuestos a hacer concesiones, pero por razones distintas.

El *pragmático auténtico* entiende que no se puede lograr todo lo que se considera justo, pero que se puede conseguir mucho negociando. El auténtico pragmático se mantiene fiel a sus valores y trabaja por ellos al máximo. Por el contrario, el *pragmático no auténtico* está dispuesto a abandonar sus valores a cambio de una ganancia política.

Hay una inmensa diferencia entre estos dos tipos de líderes políticos, aunque voten de la misma manera. El pragmático auténtico mantiene una visión moral consistente, mientras que el pragmático inauténtico renuncia a su visión moral.

Como descubrió Wirthlin, la autenticidad es importante en política. Cuando se renuncia a la autenticidad, se renuncia a los valores y se renuncia a la verdad.

Cuando los valores que uno defiende no están de moda, ser auténtico significa ser valiente, y ser valiente no significa ser imprudente, ni ofender a los votantes. Este libro quiere ayudar a que los valientes tengan éxito, ayudándoles a entender los *marcos*.

3

MARCOS Y CEREBROS

El *framing* o «enmarque» no se refiere prioritariamente a la política, los mensajes políticos o la comunicación. Es algo mucho más fundamental que eso: los *frames* o marcos son estructuras mentales que le permiten al ser humano entender la realidad y, a veces, crear lo que entendemos por realidad.

El descubrimiento y el uso de los marcos resultan de gran relevancia para la política. Si tenemos en cuenta que nuestra cultura política está obsesionada con los medios de comunicación, con la rápida transmisión de mensajes, y que se basa en el debate público, es de crucial importancia que entendamos cómo enmarcar las cuestiones y cómo hacer uso de los marcos.

Los marcos políticos son una aplicación práctica de la ciencia cognitiva. Los marcos facilitan nuestras interacciones más básicas con el mundo: estructuran nuestras ideas y nuestros conceptos, conforman nuestra manera de razonar e incluso inciden en nuestra percepción y en nuestra manera de actuar. Por lo general, nuestro uso de los marcos es inconsciente y automático; los utilizamos sin darnos cuenta.

El destacado sociólogo Irving Goffman fue uno de los primeros en advertir la existencia de los marcos y de cómo estructuran nuestras interacciones con el mundo. Goffman analizó instituciones, como hospitales y casinos, y usos sociales, como los juegos de seducción o el ir de compras. Descubrió algo ciertamente relevante: las instituciones y las situaciones sociales están conformadas por estructuras mentales (marcos) que determinan nuestro comportamiento en esas instituciones y situaciones.[1]

Para describir este fenómeno, utilizó la metáfora de «la vida como una obra de teatro». Por ejemplo, pensemos en el marco del hospital, con sus papeles claramente delimitados: *médicos*, *cirujanos*, *enfermos*, *celadores*, *pacientes*, *visitas*, *recepcionistas*, *conserjes*, etc. Hay lugares en los que, como en los escenarios, se producen los distintos acontecimientos: los *quirófanos*, la *UCI*, la *sala de recuperación*, la *sala de espera* y las *habitaciones de los pacientes*. Hay decorados y atrezzo: la *mesa de operaciones*, el *instrumental quirúrgico*, las *vendas*, las *sillas de ruedas*, etc. Y hay acciones convencionales: operaciones, medir la temperatura y la presión sanguínea, consultar gráficos, vaciar orinales, etc.

El marco del hospital tiene también una lógica interna porque hay relaciones y jerarquías preestablecidas entre los personajes: los doctores son superiores a las enfermeras, que son superiores a los celadores; todos los cirujanos son doctores, pero no a la inversa; los cirujanos realizan operaciones en el quirófano.

Por el contrario, el marco del hospital excluye ciertos tipos de comportamiento, porque determina lo que es apropiado y lo que no lo es: los celadores o los familiares no operan; los cirujanos no vacían orinales; las operaciones no se hacen en la sala de espera; las visitas llevan flores a los pacientes pero los cirujanos no llevan flores a los celadores.

Los guiones de las distintas acciones y escenas tienen una lógica y un orden lineales: hay que registrarse en recepción; se prepara todo lo necesario antes de operar; las visitas se hacen después de la operación. No se contempla la posibilidad de registrarse después de la operación: el marco lógico lo excluye.

Son miles los marcos en los que, en el día a día, desarrollamos nuestras actividades convencionales: desde salir con alguien hasta coger un autobús, desde sacar dinero de un cajero hasta comer en un restaurante. Muchos marcos incorporan un lenguaje que no tiene sentido fuera del marco: *cirujano*, *UCI*, *camarero*, *conductor de autobús*, *número PIN*. Sin operaciones, un cirujano no tendría sentido, de la misma manera que no lo tendría un camarero sin restaurante.

Los marcos también estructuran nuestras instituciones políticas: elecciones, tribunales, órganos legislativos y administrativos... En el marco que define el Tribunal Supremo, los papeles semánticos contemplan la existencia de un fiscal general y ocho fiscales asociados. La estructura del guión contempla el atender a las vistas orales, decidir por votación y redactar la sentencia, por ese orden. En los decorados y entre los accesorios encontramos togas, salas de audiencia, un martillo, etc.

Las disputas políticas pueden centrarse en cómo interactúan los marcos y en si un marco prevalece sobre otro. ¿Puede el FBI registrar el despacho de un diputado para buscar pruebas de corrupción? Es decir, ¿incluye el marco policial la jurisdicción sobre el Congreso?

Las estructuras de los marcos aparecen también a una escala más pequeña. Charles Fillmore, uno de los lingüistas más destacados, ha estudiado cómo los marcos cotidianos funcionan en los procesos judiciales. Por ejemplo, el verbo «acusar» se define dentro de un «marco de acusación» y se conjuga en función de unos papeles semánticos: acusador, acusado, delito y acusación. El acusador y el acusado son personas (físicas o jurídicas), el delito es una acción y la acusación es un acto verbal, una declaración. El acusador asume que el delito es ilegal e inmoral y declara que el acusado cometió el delito.

Analicemos esta frase: «Los demócratas acusan a Bush de espiar ilegalmente a los ciudadanos de los Estados Unidos». Los acusadores son los demócratas; el acusado es el presidente; el delito, espiar ilegalmente a los ciudadanos de los Estados Unidos, y la

acusación, el acto de denunciarlo. El verbo «acusar» está compuesto por dos elementos: uno declarado, y el otro presupuesto. El acusador presupone la maldad (ilegalidad o inmoralidad) del delito y declara que el acusado cometió un delito.

La palabra «espiar» viene acompañada de su propio marco, en el que hay un espía, un espiado y el acto de espiar, es decir, el intento subrepticio de obtener información útil sobre la persona espiada. El espía no sólo vigila las acciones de otro; el trabajo del espía consiste en buscar cualquier cosa que pueda interpretarse como sospechosa o reveladora. En resumen, el espía está llevando sus marcos de comprensión y acción a las actividades cotidianas del espiado. Una actividad «inocente» para quien la está haciendo puede resultarle sospechosa al espía.

Lo interesante de la frase antes mencionada es que Bush no negó que se espiara. Respondió afirmando que no fue ni ilegal ni inmoral, que no fue *malo*, sino que se obró *correctamente*, y bajo el amparo de su condición de comandante en jefe. De este modo, Bush intentaba debilitar el marco, haciendo que el marco no fuera adecuado para explicar lo ocurrido.

Los marcos institucionales de Goffman y los marcos de los procesos judiciales de Fillmore tienen la misma estructura: papeles o roles semánticos, relaciones entre roles y un guión preestablecido.

Los estudios en torno a los marcos, tanto en ciencia cognitiva como en lingüística, se suelen centrar en los aspectos cotidianos de la vida.[2] Nuestro principal cometido en el Instituto Rockridge es analizar los marcos en el contexto de la actividad política: ¿cómo podemos aplicar los descubrimientos de la lingüística y de las ciencias cognitivas a la política? ¿Se utilizan los marcos para fines políticos sin que se sepa? Si cambiamos los marcos, ¿podemos ayudar a descubrir verdades importantes sobre distintos asuntos políticos?[3]

MARCOS PROFUNDOS: «LA GUERRA CONTRA EL TERRORISMO»

En los últimos treinta años, los conservadores se han gastado más de 4.000 millones de dólares en crear una red de *think tanks* y de institutos de formación. Con la ayuda de estas plantillas de intelectuales de derechas, han conseguido dominar los marcos y han revolucionado la política estadounidense.

Han sabido usar con eficacia los marcos de superficie, como, por ejemplo, las estructuras mentales asociadas al marco «la guerra contra el terrorismo». Estos marcos se basan en marcos léxicos, es decir, en los marcos conceptuales que asociamos con las palabras ‘guerra’ y ‘terrorismo’ en su acepción común. Los marcos de superficie están asociados con frases, como «la guerra contra el terrorismo», que activan y dependen de marcos profundos. Estos últimos son los marcos básicos que constituyen una

cosmovisión moral o una filosofía política. Los marcos profundos definen el «sentido común» global del ser humano. Sin los marcos profundos, los de superficie no podrían salir a la luz. Los eslóganes no tienen sentido si los marcos profundos adecuados no están previamente asentados.

Analicemos más detenidamente el ejemplo de la «guerra contra el terrorismo». Los estadounidenses no han conseguido entender el significado de este marco conservador. Inmediatamente después del 11-S, hubo un breve debate sobre si tratar o no los actos terroristas como un problema de seguridad internacional (por ejemplo, el secretario de Estado Colin Powell lo sugirió[4]). De haberse optado por este marco, la solución habría pasado por el Tribunal Internacional de Justicia: formalizar una acusación contra Bin Laden y contra los integrantes de Al Qaeda, crear una coalición internacional para detenerlos, redoblar los esfuerzos diplomáticos, reunir información y usar al ejército para «acciones de policía». En resumen, llevar a Bin Laden ante el Tribunal Internacional de Justicia para condenarlo por crímenes contra la humanidad.

Esta idea no tuvo éxito. Casi de inmediato, la máquina de mensajes de la administración Bush y de la derecha empezó a promover la noción de «guerra contra el terrorismo». El marco conceptual asociado con «la guerra» tiene unos papeles semánticos predeterminados: ejércitos, lucha, cruzada moral, comandante en jefe, ocupación de territorio, rendición del enemigo y patriotas que apoyan a las tropas. La «guerra» exige acciones militares. Cuando se está en guerra, todo lo demás es secundario.

Si a la «guerra» se añade el «terrorismo», se produce una metáfora en la que el «terrorismo» se convierte en el ejército enemigo. Y, como en cualquier guerra, hay que derrotar al enemigo. Pero el «terrorismo», el «terror», no es un ejército de verdad, es un estado mental y, como tal, no se puede vencer en un campo de batalla. Es una emoción. Por otra parte, el marco de la «guerra contra el terrorismo» se perpetúa a sí mismo: el hecho mismo de estar en guerra aterroriza a los ciudadanos y la reiteración de este marco crea aún más miedo. De ahí que la «guerra contra el terrorismo» no tenga final, porque no se puede vencer, derrotar ni apresar una emoción.

Una evidente ventaja estratégica de este marco es que la palabra «guerra» remite al artículo II de la Constitución, que, en caso de guerra, concede al presidente poder absoluto en su calidad de comandante en jefe. Y autoriza al ejército a realizar una función esencialmente policial: llevar a los delincuentes ante la justicia. Pero también anula la necesidad del proceso judicial, porque en la guerra se da por hecho que el enemigo es culpable, y se dispara a matar.

Se trata de un poderoso marco de superficie, del que se derivan no pocas consecuencias. Entonces, ¿por qué se implantó esa frase, si tenemos en cuenta la confusión que generaba? ¿Por qué se sigue utilizando a día de hoy?

El marco de superficie funciona porque depende de marcos conservadores profundos. Es una expresión «con sentido». Los conservadores vienen defendiendo desde hace tiempo que el ejército puede—y debe—usarse para conformar la política exterior: la fuerza de nuestro país está en el tamaño y la capacidad de nuestro ejército. Han defendido una política basada en el principio de la justicia retributiva; es decir, castigar a los criminales, obviando las causas sistémicas del crimen. La «guerra contra el terrorismo» activa marcos profundos, y los políticos, los medios de comunicación y la gente siguen usando la frase porque los marcos conservadores profundos se han impuesto.

Si los marcos progresistas profundos hubieran estado articulados y presentes en la mente del público, la idea de «guerra contra el terrorismo» nunca habría tenido sentido. Si consideráramos que nuestra fuerza está en la capacidad diplomática de formar consensos y coaliciones internacionales, y si reconociéramos que matar y herir a civiles en acciones militares incita a que haya más terroristas y más actos terroristas, no habríamos contado con el ejército para resolver el problema. Si los marcos progresistas profundos hubieran sido mayoritariamente aceptados en el momento del 11-S, los estadounidenses habrían entendido la expresión «guerra contra el terrorismo» como una poderosa metáfora pero no como un guía práctica de acción, como sí puede serlo la expresión «guerra contra la pobreza». Habrían analizado el 11-S como un grave problema de criminalidad—como crimen internacional organizado—y habrían intentado detener a los criminales—con los medios adecuados, como investigar cuentas bancarias, colocar espías en sus organizaciones, etc.—para llevarlos ante la justicia.

Toda insistencia es poca a la hora de resaltar la importancia de los marcos profundos (de los marcos que enmarcan los valores morales y los principios). Asentar marcos profundos exige un esfuerzo de largo alcance. Un esfuerzo muy distinto del de crear mensajes a corto plazo sobre una cuestión puntual y mucho más importante. Si los marcos profundos no están asentados, los eslóganes no tienen estructura, no resuenan porque no remiten a ningún marco profundo. (Una de las experiencias más frustrantes que conocemos en el Instituto Rockridge se produce cuando se nos pide ayuda para crear un lema a propósito de un tema puntual para un grupo de activistas: resulta difícil explicar que los eslóganes y las frases sirven de poco si se dicen en un vacío de valores.)

¿Hasta qué punto están los marcos profundos asentados en el inconsciente colectivo? Para cultivar nuevos marcos profundos hay que estar a la ofensiva con los valores y principios, repetirlos una y otra vez. No se puede hacer con una sola campaña publicitaria, con un solo grupo o en una sola campaña electoral. No puede funcionar como parte de un juego de tácticas o de respuestas rápidas; estos juegos son esencialmente reactivos y no proactivos. Se tiene que hacer a lo largo del tiempo, planeando con antelación y tal vez como parte de muchas campañas cortas. Y tienen que trabajar conjuntamente y en ámbitos transversales muchas organizaciones.

Para más información sobre los marcos de superficie—como el de la «reducción de impuestos»— puede consultar *No pienses en un elefante* o visitar nuestra página web, www.rockridgeinstitute.org.

MARCOS QUE DEFINEN TEMAS: IRAK Y LA INMIGRACIÓN

Del mismo modo que los marcos estructuran y definen instituciones sociales, también definen temas. Un marco que define temas caracteriza el problema, reparte las culpas y reduce las posibles soluciones. Más importante aún, los marcos que definen temas inhiben preocupaciones relevantes si éstas quedan fuera del marco.

Los marcos que definen temas existen en una profundidad intermedia, es decir, entre los marcos de superficie que dan forma a los eslóganes a propósito de una cuestión, y los marcos profundos que enmarcan los valores, los principios y los conceptos fundamentales, y que son transversales a varias cuestiones.

Tomemos el caso de Irak como ejemplo de marco que define un tema. Los conservadores tomaron la iniciativa de enmarcar el asunto calificándolo como «guerra». Este marco tiene implicaciones muy reales, sobre todo si consideramos la idea extendida de que los Estados Unidos sólo luchan por causas justas. Si lo que está ocurriendo en Irak se considera una «guerra», entonces tiene que ser una guerra justa, con independencia de los motivos y maneras por los que se inició. Tiene que ser una guerra contra el mal, pues, de lo contrario, no estaríamos en ella. Y debemos luchar hasta el final, por penoso que resulte.

En el marco de la «guerra», la expresión «dejarlo y salir corriendo» tiene sentido: es la acusación típica de los conservadores ante las propuestas que piden la retirada de las tropas o establecer un calendario de retirada o, cuando menos, fijar objetivos en Irak. Éste es el marco que se asocia con el concepto de «dejarlo y salir corriendo»:

> Se está librando una guerra contra el mal. Luchar requiere valor y coraje. Los que están comprometidos con la causa son valientes. Los que abogan por «dejarlo y salir corriendo» sólo están interesados en salvar su pellejo, no en la causa moral; son unos cobardes. El «salir corriendo» pone en peligro la causa moral y las vidas de las valientes tropas que la defienden. Los que tienen valor y convicción se mantienen firmes y luchan.

El marco de la «guerra» no sólo define lo que está pasando en Irak, sino que también limita las soluciones. En una guerra, «dejarlo y salir corriendo» es de cobardes e inmoral.

El marco de la «guerra» es una trampa y los que se oponen a «mantener el frente abierto» han caído a menudo en ella. John Murtha replicó a la acusación de que optaba por el *cut and run* (‘dejarlo y salir corriendo’) con un *stay and pay* (‘quedémonos y

paguemos [las consecuencias]') y John Kerry con *lie and die* ('sigamos mintiendo y muriendo'). El senador Jack Reed habló de «un plan para quedarse en Irak para siempre».

¿En qué se equivocan estas respuestas? Primero, la gramática—X + Y—remite al marco de la expresión «dejarlo y salir corriendo» y lo refuerza. Además, se trata de respuestas interesadas, de un «salvemos *nuestro* pellejo» que aceptan implícitamente el marco de la «guerra» para señalar que conviene salir de allí. Nosotros «pagamos», nosotros «morimos», estaremos allí para siempre. Esto no deshace el marco de «dejarlo y salir corriendo», un marco—y esto es lo importante—que presupone que se trata de una guerra contra el mal, no de una guerra interesada. Acepta el marco pero opta por salvar el pellejo: una opción que, dentro de este marco, supone una respuesta inmoral y de cobardes. Los defensores de la retirada de nuestras tropas cayeron en la trampa.

El marco de la guerra es falso y por su causa se han perdido muchas vidas humanas. Necesitamos cambiar el marco y decir la verdad: se trata de una ocupación, no de una guerra.

El marco «ocupación»—como marco que define un tema—redefine los términos del debate y permite dar cabida a preocupaciones más reales. En una ocupación, hay preguntas de orden pragmático: ¿somos bienvenidos? ¿Le estamos haciendo más daño que bien a los iraquíes? ¿Hasta qué punto nos estamos haciendo daño a nosotros mismos? Y la cuestión no es si hay que retirar las tropas, sino cuándo. En una ocupación, el problema no es el enemigo. El problema es cuándo hay que irse. Las soluciones que «suenan razonables» en una ocupación son totalmente distintas de las soluciones «razonables» en una guerra.

Además, el marco de la ocupación se ajusta a la verdad. La guerra se acabó cuando Bush anunció, a bordo de un portaaviones, y delante de una pancarta que rezaba «misión cumplida», el fin de las operaciones militares. En una guerra hay un ejército que lucha con otro por un territorio. Nuestros militares vencieron al ejército de Sadam poco después de la invasión de marzo de 2003. Entonces acabó la guerra y empezó la ocupación. Nuestras tropas estaban entrenadas para luchar en una guerra, pero no para ocupar un territorio cuyos idioma y cultura desconocen, donde no tienen suficientes efectivos, donde se enfrentan a una insurgencia, donde se libra una guerra civil y donde la mayoría de los iraquíes quiere que se vayan.

Otro ejemplo de marco que define un tema es el de la inmigración. También aquí, los conservadores tomaron la iniciativa y definieron el problema como «inmigración ilegal». Los papeles en este marco son los inmigrantes y las agencias de los Estados Unidos que tratan la inmigración (en el Departamento Nacional de Seguridad). La causa principal del problema son los inmigrantes, y la causa secundaria es la incapacidad de las agencias gubernamentales para impedir que los inmigrantes crucen la frontera.

Con este marco, los inmigrantes, al cruzar la frontera, cometen un delito y son, por tanto, unos delincuentes; «le quitan el trabajo a los estadounidenses», usan los servicios sociales, ahogan económicamente a los gobiernos locales y «quitan el dinero de los bolsillos de los contribuyentes». Las «soluciones» que permite plantear este marco son las siguientes: detener a los inmigrantes para deportarlos; conceder la nacionalidad a los que llevan mucho tiempo en el país y deportar a los que llevan aquí menos de dos años; crear un programa de «trabajadores temporales» para contratar legalmente a trabajadores por un corto período de tiempo, denegándoles muchos derechos básicos y la posibilidad de optar a la nacionalidad estadounidense.

Este marco obvia muchas consideraciones progresistas, como que muchos inmigrantes sin papeles desempeñan un trabajo esencial, que no se les reconocen sus derechos fundamentales, que las políticas comerciales han generado más desempleo en México o que nuestra economía reduce los sueldos todo lo que puede.

Veamos qué ocurre si cambiamos el marco y definimos el tema como un problema de «contrataciones ilegales». Ahora el problema radica en los empresarios que contratan a trabajadores sin papeles para pagar sueldos más bajos o para no pagar impuestos. Visto así, los empresarios están bajando los sueldos, perjudicando a los trabajadores estadounidenses y explotando a los inmigrantes, muchos de los cuales han huido de circunstancias penosas en sus países.

Las posibles soluciones que se derivan de este marco son varias: multar o condenar a los empresarios que contratan a trabajadores sin papeles o buscar la manera de que estos trabajadores dispongan de papeles y puedan trabajar con la debida protección de la ley. Así pues, los trabajadores inmigrantes y los estadounidenses se unirían en la defensa de sueldos dignos, en lugar de dividirse oponiendo sus respectivos intereses para provecho de un sistema que les reduce los sueldos a todos.

Hay otras maneras de enmarcar este tema que permiten resaltar los valores progresistas. Por ejemplo, un marco de «gratitud al inmigrante» que reconoce su aportación, le ofrece servicios sociales y posibilidades de lograr la nacionalidad. Un marco de «mano de obra barata» que recalca las circunstancias que están dañando a los trabajadores estadounidenses: tener el trabajo no como un valor sino como una materia prima cuyo coste conviene reducir para maximizar los beneficios. Un marco de «crear emigración» que llame la atención sobre las causas de la emigración hacia los Estados Unidos: personas que dejan sus países debido a la pobreza y/o la opresión política y, en algunos casos, debido a la política comercial estadounidense que empobrece a la gente en otras partes del mundo. Cualquier solución dentro de este marco exigiría reconsiderar nuestra política exterior hacia esas naciones y nuestra política «de libre comercio».[5]

Lo que estos ejemplos demuestran es algo sencillo: los marcos no sólo definen temas, problemas, causas y soluciones; también ocultan temas y causas relevantes. Por otra parte, también demuestran que las políticas y los programas sólo tienen sentido dentro de unos marcos que definan los temas.

MARCOS Y MENSAJES

Entre los numerosos tipos de marcos—además de los marcos de superficies, los profundos y los que definen temas—están los de mensaje, que los expertos en comunicación conocen bien. Son de distintos tipos, y cada uno tiene sus propias reglas: discursos y debates políticos, publicidad, noticias, editoriales o comentarios. Lo que tienen en común son algunos roles semánticos: mensajeros, receptores, temas, mensajes, medios e imágenes.

Lo más importante del mensaje es el mensajero. En la campaña electoral de California del 2005, los mensajeros más efectivos entre los que se opusieron a las propuestas del gobernador Arnold Schwarzenegger de reformar el gobierno del estado fueron las enfermeras y los bomberos. Eran íntegros y resultaban creíbles.

Como mensajero, George W. Bush es extremadamente consciente de su público y a menudo le dedica mensajes ocultos a sus bases. El atrezo importa: para parecer un tipo corriente, Bush difunde imágenes de sí mismo utilizando una motosierra en su rancho. El medio—la radio, la televisión o los periódicos—tiene una importancia crucial. En la televisión, las imágenes son más importantes que las palabras. En los anuncios impresos, la primera impresión suele ser más importante que el texto.

ENSEÑANZAS DE LAS CIENCIAS COGNITIVAS

1. El uso del marco es en gran medida inconsciente. Los marcos operan en el sistema nervioso central, de ahí que la gente no suela saber que están usando marcos, y menos aún qué tipo de marcos. De este modo, la máquina de mensajes de los conservadores puede imponer sus marcos sin que la gente—progresista o no—sea consciente de ello. Por ejemplo, el marco de la «guerra contra el terrorismo» lo impusieron los conservadores, pero los periodistas independientes y los progresistas lo usan sin ponerlo en tela de juicio. La revista *Time* usó el titular «¡Ilegales!» para un artículo sobre la inmigración. Los demócratas han usado el marco de «la rebaja de impuestos» sin ser conscientes de que socavaban sus propias ideas sobre fiscalidad.

2. Los marcos definen el sentido común. El «sentido común» varía de una persona a otra, pero depende siempre de los marcos que estén asentados en el cerebro y de cuántas veces se usen y evoquen. Distintas personas pueden tener distintos marcos en sus cabezas, de ahí que el «sentido común» pueda variar mucho de una persona a otra. Sin embargo, al lograr que sus marcos dominen el discurso público, los conservadores han conseguido cambiar el «sentido común» y los progresistas les han dejado hacerlo. Los progresistas deberían saber reconocer los marcos que se han impuesto como de «sentido común» pero que, no obstante, esconden los problemas más importantes.

3. La repetición asienta los marcos en el cerebro. Una de las partes más graciosas del *Daily Show* de John Stewart son esos vídeos de dirigentes y portavoces de la derecha en los que se les oye repetir las mismas palabras una y otra vez en un mismo día. La

técnica de repetir unas mismas palabras para expresar una idea es efectiva. Las palabras vienen acompañadas de marcos de superficie. A su vez, estos marcos de superficie remiten a los marcos profundos activos. Cuando se repiten una vez tras otra, las palabras apuntalan los marcos profundos y refuerzan las conexiones neuronales en los oyentes.

4. La activación vincula los marcos de superficie con los marcos profundos e inhibe los marcos opuestos. Cuando se activan los marcos de superficie, los marcos profundos que les dan sentido también se activan. La activación de marcos profundos conservadores—el sistema moral conservador y sus consiguientes principios políticos y económicos— inhibe el sistema moral progresista y sus principios.

5. Los marcos profundos asentados no se transforman de la noche a la mañana. Los cerebros no cambian rápidamente. Limitarse a usar el lenguaje progresista con los marcos de superficie progresistas no convencerá necesariamente a la gente. Los marcos profundos deben establecerse previamente para que los marcos de superficie surtan efecto. ¡La persistencia es la clave!

6. Diríjase a los biconceptuales como lo hace con sus bases. El cerebro permite visiones morales diferentes—e incompatibles—con las que regir distintos aspectos de la vida. Es probable que la moralidad con la que alguien se comporta un sábado por la noche en una discoteca no sea la que aplica el domingo por la mañana en misa. En política, usamos el término «votantes indecisos» para referirnos a los biconceptuales que pueden aplicar una visión moral, ya sea conservadora o progresista, a su comprensión de la política. Esto significa que cualquiera de las dos concepciones—cualquier conjunto de marcos profundos—puede ser activada a la hora de tomar una decisión política.

Los conservadores intentan activar los marcos profundos conservadores de los biconceptuales activando los marcos conservadores de superficie vinculados con los marcos profundos. Como hemos visto, hablan al centro dirigiéndose a sus bases. Los progresistas tienen que hacer lo mismo. Si los progresistas «se acercan a la derecha» adoptando posiciones conservadoras, están activando y reforzando los marcos conservadores profundos, es decir, los valores y posicionamientos conservadores.

7. Los hechos por sí solos no nos harán libres. El cerebro sólo asimila los hechos si un marco les da sentido. Pensamos y razonamos utilizando marcos y metáforas. Esto significa que argumentar sólo en términos de hechos—cuántas personas no tienen seguridad social, cuántos grados se ha calentado la Tierra en la última década, cuándo se produjo el último aumento del salario mínimo—caerá en saco roto. Esto no quiere decir que los hechos no sean importantes. Son extremadamente importantes. Pero no tienen sentido sin un contexto.

8. Limitarse a negar el marco del adversario no hace más que reforzarlo. El título del libro *No pienses en un elefante* lo dice todo: dile eso a alguien y pensará en un elefante. Como cualquier palabra, «elefante» se define por un marco que contiene una imagen mental del elefante e información importante sobre los elefantes: tienen una trompa, cuerpos inmensos, grandes orejas, etc. La palabra evoca el marco, por mucho

que se le pida a alguien que no piense en un elefante. Cuando el ex presidente Nixon dijo: «No soy un chorizo», todo el mundo se lo imaginó como un ladrón. Cuando el senador Joe Lieberman dijo: «No soy George Bush» en un debate con Ned Lamont, todo el mundo lo vio como George Bush.

En algunos casos el uso del marco del adversario puede ser efectivo. Si se es hábil, se puede socavar un marco desarrollando sus inferencias hasta el absurdo. Por ejemplo, cuando los republicanos presentaron el «Contrato con América» en 1994, los demócratas respondieron advirtiendo a la gente contra «la letra pequeña».

EL PROBLEMA DEL RACIONALISMO

Dominar el análisis de los marcos significa tomar conciencia de nuestra propia mente y de la mente de los demás. No es una tarea sencilla. No nos educaron para tener conciencia de los marcos, las metáforas y las visiones morales. Nos educaron en la creencia de que sólo existe un sentido común y que es el mismo para todo el mundo. No es así. Nuestro sentido común está determinado por los marcos que adquirimos inconscientemente, y el sentido común de una persona puede ser para otra una perversa ideología política. Lo que sabemos del funcionamiento de la mente no es fácil de comprender, menos aún cuando siguen vigentes falsas ideas sobre la mente.

El descubrimiento de los marcos exige reconsiderar el racionalismo, una teoría que surgió con la Ilustración hace más de trescientos cincuenta años. Decimos esto llenos de admiración hacia la tradición racionalista. Al fin y al cabo, el racionalismo está en la base de nuestro sistema democrático. El racionalismo sostiene que la razón nos hace humanos, y que todos los seres humanos son racionales. De ahí que podamos gobernarnos a nosotros mismos y no necesitemos reyes ni papas para hacerlo. Y puesto que somos iguales en razón, el mejor gobierno es la democracia. Hasta aquí, todo bien:

Pero el racionalismo trae consigo algunas teorías sobre el funcionamiento de la mente que son falsas.

- La ciencia cognitiva ha demostrado que gran parte del pensamiento es inconsciente; sin embargo, el racionalismo sostiene que todo pensamiento es consciente.
- Sabemos que pensamos utilizando mecanismos como los marcos y las metáforas. Por otro lado, el racionalismo sostiene que todo pensamiento es verbal y refleja literalmente el mundo, lo cual excluye toda consideración sobre marcos, metáforas y cosmovisiones.
- Sabemos que desde cosmovisiones distintas se piensa de manera distinta, y que a partir de los mismos hechos se llega a conclusiones completamente diferentes. Sin embargo, el racionalismo sostiene que todos tenemos una misma racionalidad, que

existe una razón universal. Algunos aspectos de la razón son universales, pero muchos no lo son, puesto que cambian de una persona a otra, según las visiones y los marcos profundos de cada uno.

- Sabemos que la gente razona utilizando marcos lógicos y metáforas que no se ajustan a la lógica clásica. No obstante, el racionalismo considera que el pensamiento es lógico y sigue la lógica clásica.

El racionalismo sostiene que la gente vota basándose en su intereses materiales, que es consciente de los motivos de su voto, que le puede decir a un encuestador cuáles son sus principales preocupaciones y que votará al candidato que mejor pueda resolver esas preocupaciones.

Pero gracias a Wirthlin sabemos que no es así (véase capítulo 1). La teoría racionalista de los electores no es correcta. Sin embargo, los analistas progresistas proceden como si lo fuera. Y los candidatos progresistas aceptan sus consejos. Se presentan con listas cerradas de propuestas inspiradas en las encuestas y se comportan como si Wirthlin no hubiera descubierto nada.

Si se cree en el racionalismo, se cree que los hechos nos harán libres, es decir, que basta con proporcionar toda la información sobre los hechos, y la gente, sin necesidad de marco alguno, razonará hasta dar con las conclusiones pertinentes. Sabemos que no es así: si los hechos no se ajustan a los marcos, la gente se quedará con sus marcos (que están físicamente en sus cerebros) e ignorará, olvidará o razonará en contra de los hechos. Los hechos tienen que estar enmarcados de manera que tengan sentido y puedan convertirse en elementos del razonamiento.

Si fuéramos políticos racionales, creeríamos que los marcos, las metáforas y las cosmovisiones morales no inciden en la definición de los problemas y de sus soluciones. Creeríamos que todos los problemas y todas las soluciones se definen objetivamente con absoluta independencia de las visiones del mundo. Creeríamos que las soluciones son racionales y que los instrumentos para alcanzarlas incluyen la lógica clásica, la teoría de la probabilidad, la teoría del juego, el análisis coste-beneficios y otros aspectos de la teoría de la acción racional.

Creeríamos asimismo en la teoría clásica de las categorías y dividiríamos las distintas políticas en categorías, creando ámbitos compartimentados de acción. De este modo, las políticas educativas estarían separadas de las políticas sanitarias, de las medioambientales, etc.

El racionalismo impera en el mundo progresista. Y ésa es una de las razones por la que los progresistas han perdido terreno ante los conservadores.

Las campañas políticas basadas en el racionalismo descuidan los aspectos simbólicos, morales y emocionales, es decir, todo lo que debería enmarcar las campañas políticas. Una racionalidad verdaderamente comprensiva debe tener en cuenta estos aspectos políticos cruciales de nuestra vida mental. Debemos reconocer la racionalidad

tal y como es y entender cómo funciona de verdad. Si se cree que las campañas políticas se deciden con listas cerradas de propuestas específicas carentes del menor valor simbólico, se está dejando de entender el sentido real de la política estadounidense.

EXPRESAR NUESTROS VALORES

Para salir de la trampa del racionalismo, los progresistas tienen que entender los valores implícitos más profundos en los que creen y hacerlos explícitos. No es una tarea fácil.

Los candidatos progresistas no han sabido transmitir sus propuestas. Tienen dificultades para expresar sus valores y sus principios políticos. Pero los progresistas sí tienen propuestas—a menudo, muchas—y sí tienen valores y principios políticos. ¿Por qué no se limitan a exponerlos? Cuando no se sabe expresar propuestas, acaba pareciendo que no se tienen propuestas. ¿Qué está pasando aquí? ¿Cómo es posible que gente inteligente y preparada haga política para defender sus propuestas sin ser capaces de transmitirlas?

Desde el punto de vista de la ciencia cognitiva, la respuesta es sencilla. Nuestros sistemas conceptuales son inconscientes. Lo normal es que no podamos acceder directamente a los sistemas inconscientes de ideas. Como resultado de esto, los progresistas suelen «sentir» que una propuesta es correcta—o equivocada—, pero no consiguen decir exactamente por qué lo sienten así, es decir, cuáles son exactamente los principios morales desde los que valoran una propuesta como correcta... o equivocada.

De ahí que a los progresistas les cueste argumentar en términos morales las propuestas que tienen por correctas. Con este libro aspiramos a ayudar a que las razones implícitas se expliciten, a colmar las lagunas existentes en las formas progresistas de argumentar, y a ayudar a los progresistas a expresar los valores y los principios en los que realmente creen.

ENMARCA O PIERDE

De un tiempo a esta parte se está difundiendo entre los progresistas la idea de que no conviene esforzarse en articular nuestros valores y principios, ni en difundir la visión progresista, porque las cosas van tan mal para los conservadores que ellos solos se autodestruirán.

Proceder de esta manera es un tremendo error. Sabemos que el cerebro cambia más radicalmente en circunstancias traumáticas que en circunstancias normales. Pero la cuestión es: ¿en qué dirección se producirá el cambio? ¿Cómo quedará enmarcado el trauma? Y, ¿quién lo enmarcará?

Si los progresistas no dicen nada cuando las políticas conservadoras hayan provocado el desastre, serán los conservadores quienes enmarquen el desastre, y es seguro que no lo enmarcarán como un fallo de su filosofía conservadora. Distorsionarán

la naturaleza de las causas y echarán la culpa a los progresistas.

Pero si no consiguen echar la culpa a los progresistas, los conservadores tendrán otras opciones. Recordemos sus distintas respuestas a las diversas crisis que ha provocado la administración Bush: fue un fallo de inteligencia; nos equivocamos, pero la intención era buena; fue un error táctico; nadie lo podría haber previsto; se hizo todo lo que se pudo; hubo interferencias que estamos eliminando... Pueden reconocer que hubo incompetencia, y limitarse a sustituir a los incompetentes por personas aparentemente más competentes. También han argumentado que no han sido lo suficientemente conservadores, de modo que han reenmarcado el problema en términos aún más conservadores. Pero si un coro potente y efectivo de voces progresistas logra hacerse oír, los conservadores no podrán volver a enmarcar los problemas y salvarse de la derrota. Por eso no podemos estar callados.

Cuando la filosofía conservadora provoca algún desastre, los progresistas tenemos que hacer hincapié en ello, gritarlo por todo lo alto, contar con portavoces que lo denuncien por todas partes y lo repitan hasta que quede grabado en los cerebros de la gente y se convierta en un asunto de permanente debate público. Cuando hay unas víctimas, unos villanos conservadores y unos héroes progresistas, debe quedar claro quién es quién.[6]

CAMBIAR EL MARCO: RECONQUISTAR LAS PALABRAS

Los conservadores se han esforzado en redefinir sus palabras, es decir, en cambiar el marco asociado con una palabra con el fin de ajustarla a una visión conservadora. Han logrado cambiar el sentido de algunos de nuestros conceptos más importantes y nos han robado nuestro lenguaje.

Sobre todo, han redefinido la palabra «progresista». Le han dado la vuelta. Y lo que antes era—y aún debería ser—una etiqueta que se lleva con orgullo, ahora genera rechazo. Analicemos las diferencias entre las connotaciones que los conservadores le dan a la palabra y el sentido real de la misma que deberíamos defender y amar de todo corazón.

Para los conservadores: los progresistas aumentan la presión fiscal y derrochan el dinero público, te quitan el dinero que has ganado con el sudor de tu frente y se lo dan a los vagos. Los progresistas engreídos son unos elitistas que os miran desde lo alto. Los progresistas de Hollywood no tienen valores familiares. Los medios de comunicación progresistas tergiversan los hechos. Los progresistas de izquierdas se oponen al libre comercio. Los progresistas pacifistas son unos cobardes antipatrióticos que no saben defender nuestro país. Los progresistas laicos quieren acabar con la religión.

Los progresistas opinan sobre sí mismos lo siguiente: los progresistas amantes de la libertad fundaron nuestro país y consagraron nuestras libertades. Unos progresistas justos y comprometidos acabaron con la esclavitud y dieron el voto a las mujeres. Los

trabajadores progresistas lucharon por los derechos de los trabajadores: la jornada de ocho horas, el fin de semana, los planes de salud y las pensiones. Progresistas valientes arriesgaron sus vidas por el reconocimiento de los derechos civiles. Progresistas solidarios consiguieron que los ancianos más vulnerables tengan acceso a la Seguridad Social y a Medicare. Unos liberales preclaros implantaron la educación universal. Los progresistas amantes de la naturaleza han conservado nuestro medio ambiente para nuestro disfrute. Nadie ama la libertad y la vida más que los progresistas. Aunque los conservadores digan que el progresista está solo, nosotros los progresistas sabemos que estamos todos juntos.

Pero son muchos los casos de manipulación de los marcos por parte de la derecha. Siguen algunos ejemplos de palabras que tenemos que reconquistar.

Patriotismo

Para los conservadores: los patriotas no critican al presidente ni sus estrategias bélicas. Hacerlo significa debilitar nuestra nación y nuestras tropas. Revelar programas del gobierno secretos, e incluso ilegales, es un acto de traición. Hay que modificar la Constitución para perseguir penalmente el desprecio a la bandera.

Para los progresistas: la mayor prueba de amor hacia tu país es trabajar para mejorarlo. Esto supone oponerse a las políticas con las que no se está de acuerdo y a los líderes que las promueven. Los tiempos de guerra no justifican estados de excepción. En primer término, le debemos lealtad a los principios democráticos consagrados por nuestra Constitución, no a los dirigentes políticos.

Estado de derecho

Para los conservadores: los delincuentes deben ser castigados duramente. Si eso supone que haya dos millones de personas encarceladas, que así sea. Si la policía tiene que maltratar a unas cuantas personas o saltarse algunos preceptos constitucionales, que así sea. Los tribunales dejan libres a demasiados delincuentes por «cuestiones de procedimiento». La tipificación de las penas debe prevalecer sobre la indulgencia de jueces y jurados. Como comandante en jefe, el presidente es la máxima autoridad. Es libre de respetar o no leyes nacionales o internacionales, según lo estime conveniente, en la lucha contra nuestros enemigos. Algunas libertades civiles pueden limitarse en nombre de esa lucha.

Para los progresistas: nadie está por encima de la ley. El presidente debe ceñirse a sus poderes constitucionales y aplicar las leyes aprobadas por el Congreso; la policía y los jueces tienen que respetar los derechos constitucionales de todos los ciudadanos. Los criminales deben ser perseguidos, pero la sociedad tiene que moderar su deseo de venganza con sabiduría y compasión. En los juicios civiles, el acceso a los tribunales

tiene que ser igual para todos. Las empresas y los individuos son responsables de los daños que cometen. Los Estados Unidos tienen que respetar el derecho internacional y los tratados de los que son parte.

La seguridad nacional

Para los conservadores: vivimos en un mundo aterrador. Los fanáticos quieren hacernos daño. Tenemos que responder con todos los medios que estén a nuestro alcance, incluidos la tortura y el encarcelamiento indefinido y sin juicio, contra los sospechosos de actuar contra nosotros. Tenemos que luchar contra el enemigo sin reparar en el coste que suponga en vidas humanas, dinero, alianzas complicadas o en nuestra reputación internacional. La fuerza militar es nuestra principal arma.

Para los progresistas: el mundo es aterrador, pero por razones que van más allá de la amenaza del terrorismo. Podemos luchar contra el terrorismo de manera mucho más sabia y sin invadir naciones extranjeras con falsas excusas. El terrorismo es un problema internacional; podemos luchar mejor contra él colaborando con otras naciones que actuando solos. Debemos erradicar el terrorismo con los instrumentos de la lucha contra el crimen organizado internacional, en vez de usar el ejército. Por otro lado, debemos ser conscientes de que nuestra seguridad también está amenazada a largo plazo por el cambio climático y la contaminación, por nuestra dependencia energética, por la creciente brecha entre ricos y pobres y por las deficiencias de nuestro sistema de educación pública.

Los valores de la familia

Para los conservadores: la obediencia y la disciplina son los principales valores de la familia. La educación sexual en las escuelas, el derecho al aborto y los matrimonios gais ponen en peligro la obediencia y la disciplina. Son un ataque a la familia.

Para los progresistas: la empatía y la responsabilidad con uno mismo y con los demás son los principales valores de la familia. Los padres respetuosos, cariñosos y que prestan su apoyo tienen familias sanas. La cobertura sanitaria, la educación, los alimentos y los sistemas sociales son necesarios para el bienestar de la familia. La familia se define por la presencia de personas respetuosas, comprometidas y que se dan apoyo, no por los géneros.

La vida

Para los conservadores: el aborto es un acto inmoral que niega la vida. Debe prohibirse.

Para los progresistas: defender la vida significa acabar con la alta tasa de mortalidad infantil de los Estados Unidos extendiendo los cuidados pre y posnatales. Significa cuidar de los individuos a lo largo de toda su vida. Significa un sistema sanitario asequible que mejore la vida y la esperanza de vida de 45 millones de estadounidenses que no tienen seguro médico privado. Significa mejorar la calidad del aire que respiramos y del agua que bebemos. Significa mejorar las escuelas y la vida familiar para que los jóvenes puedan realizarse. Significa atajar esa violencia que en nuestra sociedad acaba con tantas vidas. Significa desarrollar la investigación con células madre, en vez de destruir las esperanzas de millones de estadounidenses para proteger un grupo minúsculo de células que, en cualquier caso, serán desechadas.

Reconquistar estas y otras palabras es una empresa a largo plazo. La derecha no nos las arrebató de la noche a la mañana, y tampoco las reconquistaremos de un día para otro. Pero podemos reconquistarlas. Tenemos que pronunciarlas constantemente. Y debemos pronunciarlas dentro de los contextos en los que los progresistas las entienden.

Imaginemos a todos los progresistas del país diciendo sistemáticamente algo así como: «Defiendo la vida. Por eso defiendo el derecho de las mujeres a recibir cuidados prenatales y el derecho de todos los niños a ser vacunados y a recibir asistencia médica cuando estén enfermos. Defiendo un planeta que respete todas las formas de vida».

O tal vez esto otro: «Soy un patriota. Por eso me opongo a que el gobierno espíe a los ciudadanos estadounidenses sin orden judicial y sin autorización del Congreso».

Repetir estas ideas es esencial para redefinir las palabras y reconquistarlas. Los progresistas tienen que decir cosas como éstas cuando hablan con sus amigos, cuando escriben cartas al editor, cuando escriben en sus *blogs* y cuando se presentan a elecciones. Una vez iniciado el proceso, si estas palabras se repiten constantemente, su significado volverá a ser para la gente el que había sido siempre. No será fácil, pero debe hacerse.

4

LA NACIÓN COMO FAMILIA

No es una casualidad que nuestras creencias políticas estén estructuradas según nuestro concepto de familia. Nuestra primera experiencia de gobierno la tenemos en el seno de la familia. Nuestros padres nos «gobiernan»: nos protegen, nos dicen lo que podemos hacer y lo que no, se aseguran de que dispongamos del dinero y de los recursos necesarios, nos educan y nos hacen cumplir con nuestras tareas domésticas.

De ahí que resulte natural que muchas naciones se conciban metafóricamente como familias: la Madre Rusia, la Madre India, la Madre Patria, la Patria. En los Estados Unidos, tenemos Padres Fundadores, hijas de la Revolución, al Tío Sam, y mandamos a nuestros hijos e hijas a la guerra. En la distopía *1984*, de George Orwell, la voz del Estado totalitario se llamaba Gran Hermano.

Como señala George Lakoff en su libro *Moral Politics* (1996), esta metáfora de la nación-como-familia conforma nuestra visión política[1] directa pero no conscientemente. Pero, a diferencia de otros marcos más modestos, la metáfora de la nación-comofamilia puede estructurar toda nuestra visión del mundo, organizar sistemas completos de marcos en nuestros cerebros. Esto es fruto de un descubrimiento empírico sobre el modo de pensar la política. Utilizando modelos cognitivos y la teoría cognitiva de la metáfora (para más detalles, véase *Moral Politics*), Lakoff formuló la metáfora de la nación-como-familia como una superposición entre nación y familia: la patria es el hogar; los conciudadanos, los hermanos; el gobierno (o el jefe del gobierno), el padre. Las obligaciones del gobierno con respecto a los ciudadanos son las mismas que las de un padre hacia un hijo: dar seguridad (protegernos), hacer leyes (decirnos lo que podemos hacer y lo que no), administrar la economía (asegurarse de que tenemos lo necesario) y proporcionar escuelas públicas (educarnos).

Esta metáfora explica muchas de las diferencias entre progresistas y conservadores en todo tipo de cuestiones, desde el aborto al uso de las armas, desde la regulación medioambiental a los procesos judiciales, desde el «matrimonio gay» al impuesto de sucesiones. ¿Por qué? La respuesta es sencilla: los estadounidenses tenemos dos modelos ideales muy distintos de la familia: la familia del «padre estricto» y la familia de los «padres protectores». De aquí se siguen dos sistemas morales diametralmente opuestos a la hora de dirigir una nación, dos ideologías que especifican no sólo cómo hay que gobernar la nación, sino también cómo debemos vivir nuestras vidas.

Pero recordemos que casi todos somos biconceptuales: ambos modelos están grabados en nuestras mentes, y ambos pueden usarse activamente (en política, en la vida diaria) o pasivamente (viendo películas). Estos modelos son culturales y, puesto que vivimos en la misma cultura, son los dos modelos que conocemos.

Ser conservador en algunos aspectos de la vida— por ejemplo, en religión—significa que se usa el modelo del padre estricto para comportarse en ese ámbito. Ser progresista en algunos aspectos de la vida significa que se usa el modelo del padre protector para proceder en ese ámbito. Los conservadores puros y los progresistas puros usan un sólo modelo para gobernar todos los aspectos de sus vidas.

Los dos modelos se contradicen; una misma persona no los puede aplicar a una misma situación simultáneamente. En términos cerebrales, se inhiben mutuamente: activar el uno significa inhibir el otro.

Éste es el modelo desarrollado en *Moral Politics*. Se trata de una construcción teórica de la ciencia cognitiva que permite explicar muchos aspectos de la vida política estadounidense.

Explica también la naturaleza de la pureza ideológica—por qué los conservadores puros se oponen al aborto, el control de armas, la reforma de la responsabilidad civil, la regulación medioambiental, los «matrimonios gais», y están a favor de reducir los impuestos, etc.—, mientras que los progresistas puros tienen opiniones opuestas. El modelo elaborado en *Moral Politics* explica las visiones políticas de los progresistas y de los conservadores puros y los modos de razonar que les caracterizan.

El modelo también da cuenta de un fenómeno político muy importante. ¿Por qué los cristianos fundamentalistas suelen ser conservadores de derechas y no progresistas? Por ejemplo, ¿por qué James Dobson, de Focus on the Family, un educador infantil de la Coalición Cristiana, influye tanto sobre la política de derechas? Dobson es un destacado defensor del modelo del padre estricto.[2] ¿Por qué es conservador y no progresista? El modelo de la «política moral» lo explica.

Los cristianos fundamentalistas ven a Dios como un padre estricto, y el modelo que rige su religión y su vida familiar también estructura su visión política. Como veremos en el capítulo 6, los conservadores y los progresistas dan distintos significados a los conceptos políticos más fundamentales: justicia, libertad, igualdad, responsabilidad, integridad, seguridad. La distinción entre estricto y protector en los modelos de familia explica estas diferentes acepciones de los conceptos políticos centrales.

Resulta fundamental saber distinguir entre los modelos mentales y los nombres que les damos. Poner nombres no es una ciencia exacta. En general, con nombres sencillos no nos podemos hacer una idea cabal de la riqueza de los modelos. Por ejemplo, el modelo del padre estricto denota el rigor con el que el padre castiga al niño díscolo. Pero el modelo es mucho más complejo, y el término «padre estricto» no refleja las ideas de mercado «libre» o disciplina individual, ni muchos otros aspectos de la política conservadora.

Lo mismo puede decirse del modelo del padre protector. «Protección» denota aspectos como empatía y cuidado, pero no remite directamente a nociones como responsabilidad o fuerza, ni a las implicaciones de la protección, la libertad, la justicia, etc.

Se puede intentar calificar estos modelos con muchos otros nombres, pero las limitaciones propias del acto de nombrar siempre generarán una discrepancia entre el nombre y el modelo.

EL MODELO DE LOS PADRES PROTECTORES

En este modelo hay dos padres, ambos igualmente responsables del desarrollo moral de sus hijos. Su obligación primaria es querer a sus hijos y protegerlos para que sus vidas sean felices. La protección tiene dos aspectos: la empatía y la responsabilidad, tanto con respecto a uno mismo como hacia los demás. Recordemos que para cuidar de los demás, hay que saber cuidar de uno mismo. De ahí que los padres eduquen a sus hijos para que sepan cuidar de los demás, lo que implica que los hijos tengan empatía con los demás, responsabilidad hacia sí mismos y sentido de la responsabilidad social. Esto es lo contrario de la indulgencia o de malcriar con excesivos mimos.

Los padres protectores tienen autoridad sin ser autoritarios. Establecen límites justos y razonables y los discuten con sus hijos. La obediencia nace del amor hacia los padres, y no del miedo al castigo. Entre los padres y los hijos se produce una comunicación abierta y respetuosa. Para legitimar su autoridad, los padres explican sus decisiones. Los padres aceptan como un rasgo positivo el que los niños les cuestionen, pero se reservan las decisiones finales.

Los padres protegen a sus hijos de las amenazas exteriores como una manifestación natural de amor y cariño.

LA VISIÓN PROGRESISTA

Si aplicamos el modelo de los padres protectores a la política, tendremos como resultado la moral y la filosofía política progresistas. Aunque el pensamiento progresista puede ser muy complejo en lo relativo a sus desarrollos específicos, es, en definitiva, bastante sencillo en lo que se refiere a sus valores morales y sus principios generales.[3]

La moralidad progresista, al igual que el modelo de padres protectores, se basa en la empatía y en la responsabilidad.

La empatía es la capacidad de conectar con otras personas, sentir lo que sienten los demás, ponerse en el lugar de otro y, en definitiva, sentirse cerca de los demás.

La responsabilidad significa actuar basándose en esta empatía (responsabilidad con uno mismo y hacia los demás).

De la empatía y de la responsabilidad se sigue una serie de valores progresistas. Estos son los valores que definen el pensamiento progresista y estructuran las posiciones progresistas en cualquier ámbito. Todos estos valores suponen que se actúa basándose en la empatía para conseguir lo siguiente:

- La protección (para las personas amenazadas o desfavorecidas).
- La realización personal (para que nuestras vidas tengan sentido).
- La libertad (porque para realizarse hay que ser libre).
- Oportunidades (porque para tener una vida plena hay que tener la oportunidad de conocer aquello que le confiere sentido y da satisfacción).
- La equidad (porque la inequidad puede mermar la libertad y las oportunidades).
- La igualdad (porque la empatía se dirige a todos).
- La prosperidad (porque un mínimo de riqueza material es necesario para llevar una vida realizada y poder disponer de vivienda, alimento y salud).
- La comunidad (porque nadie lo puede conseguir solo y las comunidades son necesarias para tener una vida realizada).

Recordemos que hay que cuidar de uno mismo si se quiere actuar de manera responsable hacia los demás. Para la moralidad progresista, no hay ninguna contradicción entre actuar para cuidar de sí mismo y para ayudar a los demás, puesto que no se puede cuidar de los demás si no se cuida de uno mismo. La vieja dicotomía entre el interés personal y el altruismo es falsa, dado que el autosacrificio radical imposibilita actuar para los demás.

De estos valores progresistas se siguen de manera natural cuatro principios políticos básicos. Estos principios, en gran medida inconscientes, constituyen siempre la base de los razonamientos políticos.

El principio del bien común

Franklin Roosevelt dijo en el discurso inaugural de su segundo mandato: «En nuestras ambiciones personales, somos individualistas. Pero obrando por el progreso económico y político de la nación, o mejoramos todos o nos hundimos todos, como un solo pueblo». En resumen, el bien común es necesario para el bienestar individual. Los ciudadanos juntan su patrimonio común en beneficio del bien común: para construir una infraestructura que beneficie a todos y que ayude a realizar los objetivos individuales. (Warren Buffett observó que no se habría enriquecido de haber vivido en Bangladesh, donde los sistemas bancario y bursátil dejan mucho que desear.[4])

Éstas son algunas de las cosas que se costean con el dinero de los contribuyentes (con el patrimonio común): el sistema de autovías estatales, el sistema de satélites, el sistema de la seguridad (policía, bomberos y ejército), el sistema bancario y el sistema judicial. Casi todas las empresas dependen de los préstamos de los bancos (sistema

bancario), del cumplimiento de los contratos (sistema judicial), de la red de comunicaciones (Internet y sistema de satélites) y del transporte de mercancías (sistema de carreteras).

El patrimonio común proporciona protección para todos: policía, ejército, bomberos y tribunales.

Permite la realización personal y crea oportunidades, mejorando de ese modo el bien común: escuelas, universidades, parques naturales, carreteras e infraestructura bancaria para crear empresas. Cuanto más dinero se gana, más se tiende a usar el patrimonio común y más responsabilidad se tiene para contribuir a su mantenimiento. Ésta es una importante base moral de la fiscalidad progresista.

El patrimonio común crea libertades para el bien común. La libertad está consagrada en nuestra Constitución, la protegen los tribunales y la potencia el patrimonio común. La red de servicios sociales nos libera de la necesidad. La Declaración de Derechos nos reconoce muchas otras libertades.

El principio del bien común promueve la justicia y la igualdad. Un gobierno progresista lucha contra la discriminación y trabaja a favor de los desfavorecidos. Opera basándose en el principio de que estamos todos en el mismo barco, de que nadie está solo. Estar en el mismo barco significa que compartimos tanto los beneficios del trabajo de todos al servicio del bien común, como las responsabilidades.

Usar el patrimonio común para el bien común genera prosperidad y refuerza los lazos de comunidad.

En las empresas, el principio del bien común se refleja en las prácticas empresariales éticas. Una empresa ética no hace daño ni a los individuos, ni a las comunidades, ni al medio ambiente. Aporta beneficios reales a sus clientes, así como a sus trabajadores y sus comunidades. Un gobierno progresista actúa para apoyar a las empresas éticas y para desanimar, incluso perseguir, a las empresas inmorales.

El principio del bien común significa también preservar la propiedad común y los recursos comunes: los monumentos nacionales, los parques, las costas, los ríos, los océanos y los arroyos; el espectro electromagnético (utilizado para la radio, la televisión y otras formas de comunicación); los conocimientos científicos; nuestra herencia genética, e Internet. Estos bienes benefician a todos y tienen que seguir siendo públicos para las generaciones venideras.

La expansión del principio de libertad

Los valores morales progresistas llevan a los estadounidenses—y los han llevado a lo largo de la historia—a exigir la ampliación de las formas fundamentales de la libertad. Estas formas incluyen el derecho al voto, los derechos de los trabajadores, la educación

pública, la salud pública, la protección de los consumidores, los derechos civiles y las libertades civiles. La expansión de estos derechos es un fiel reflejo del significado de los valores estadounidenses tradicionales.[5]

El principio de la dignidad humana

La empatía se basa en el reconocimiento de la dignidad humana, y la responsabilidad supone actuar en su defensa.

Este principio sustenta una amplia gama de argumentos progresistas: contra la tortura, por la prevención activa del genocidio, por la lucha contra la pobreza, por los derechos de la mujer, contra el racismo, etc.

Como país, tenemos que decidir cuáles son los límites de la dignidad humana. Sustento, vivienda, educación y un sistema sanitario son derechos básicos de todas las personas. Los progresistas, conforme a su creencia en la dignidad humana, consideran necesario garantizar estos derechos a todos nuestros ciudadanos.

El principio de diversidad

La empatía—que supone identificarse y conectar social y emocionalmente con el otro—implica asimismo practicar una ética de la diversidad en nuestras comunidades, escuelas y lugares de trabajo. La diversidad enriquece a las comunidades y crea oportunidades para que los ciudadanos se realicen en sus vidas.

La «diversidad» se ha convertido en una clave progresista para luchar contra la discriminación por razón de raza, etnia, religión, género u orientación sexual. Estas formas de discriminación han sido tan generalizadas y sus efectos son tan duraderos que han reducido las posibilidades de que la sociedad se enriquezca gracias a la diversidad.

La diversificación de mercados en el sector de la energía o de la agricultura, por ejemplo, protege ante la escasez en un sector con el excedente o la producción de otro sector. Si podemos acceder a una diversidad de fuentes energéticas, no sufriremos tanto las consecuencias de la subida de los precios del petróleo o del gas. La diversidad biológica garantiza que los monocultivos no desaparecerán por alguna epidemia y permite disfrutar de las maravillas de la naturaleza. La diversidad artística y musical estimula la creación de nuevas formas de arte y música.

Analicemos ahora el modelo opuesto, el del «padre estricto», y la gama muy distinta de valores y principios que se siguen de él.

EL MODELO DEL PADRE ESTRICTO

Una familia tiene dos padres, un padre y una madre. Vivimos en un mundo peligroso, donde hay una competición continua que inevitablemente produce ganadores y perdedores. La familia necesita un padre fuerte que la proteja de los muchos males del mundo y que la haga ganar en esas competiciones.

Desde el punto de vista moral, existen el bien y el mal absolutos. El padre estricto es la autoridad moral de la familia; sabe diferenciar el bien del mal, es un individuo inherentemente moral y dirige a su familia. No se cuestionan la autoridad del padre ni sus decisiones. La obediencia al padre es un hecho moral; la desobediencia es inmoral.

La madre apoya y defiende la autoridad del padre pero no es lo suficientemente fuerte para proteger a la familia e imponer el orden moral por sí sola. Da afecto a los hijos para mostrar amor, premiar el comportamiento adecuado y reconfortar tras el castigo.

Los niños nacen indisciplinados. El padre les enseña la disciplina y la diferencia entre el bien y el mal. Cuando los niños son desobedientes, el padre tiene la obligación de castigarlos, dando incentivos para evitar el castigo y ayudando a los niños a desarrollar una disciplina interna que les permita comportarse debidamente. Este «amor duro» es la única manera de enseñar moralidad. Los niños que son lo suficientemente disciplinados para ser morales podrán utilizar esta disciplina de mayores para buscar su interés personal en el mercado y prosperar.

Una vez más, se trata del modelo en su versión más pura. En las familias reales es habitual que haya, por ejemplo, un padre estricto y una madre protectora. Los hermanos pueden identificarse con el padre o la madre y crecer según cada modelo.

La filosofía conservadora pura es la aplicación del modelo del padre estricto—y sólo este modelo—a la política. Muchas personas que se definen como «conservadoras» son, en realidad, biconceptuales: por ejemplo, conservadores en lo económico y progresistas en lo que se refiere a las libertades civiles, o viceversa. Estas diferencias entre conservadores parciales definen las antiguas divisiones dentro del movimiento conservador: libertarios, conservadores fiscales, conservadores sociales, fundamentalistas religiosos y, últimamente, los neoconservadores.

Lo novedoso de la política conservadora es su intento de eliminar a los progresistas parciales de los puestos de responsabilidad, y lograr así que sólo queden conservadores puros que apliquen el modelo del padre estricto a *todos* los ámbitos.

Otra novedad es la aparición de los conservadores autoritarios, que aplican el modelo del padre estricto no sólo a todas las políticas ¡sino a gobernarse a sí mismo! La administración de George W. Bush se ha puesto por encima del Congreso (eligiendo qué partes de qué leyes acepta) y por encima de la justicia (luchando para evitar el control judicial). El propio Bush se ha comportado como la máxima autoridad moral—como el que toma las decisiones—no sólo en la administración sino también en el grupo republicano del Congreso, en el Partido Republicano e incluso en los medios de comunicación conservadores. Muchos conservadores de la vieja guardia no eran

autoritarios en sus propias comunidades ni en el gobierno de la nación. Por ejemplo, John W. Dean, que trabajó en la administración Nixon, considera que la administración Bush es tan autoritaria que roza el fascismo.[6]

LA VISIÓN CONSERVADORA

La moralidad conservadora se centra en cuestiones de autoridad y control, ya sea autocontrol (disciplina) o control de los demás.

La autoridad tiene que ser legítima y moralmente buena. Las autoridades tienen el poder y, puesto que son inherentemente buenas, lo usan legítimamente para ejercer el control. La autoridad política ha sido votada o elegida y por ello tiene una autoridad moral legítima, que debe ser respetada.

Otros valores se siguen de estos dos componentes fundamentales:

La *disciplina*. El autocontrol es una calidad esencial. La autoridad moral exige disciplina interna, que se aprende mediante el castigo cuando se hace algo malo. Una autoridad incapaz de castigar el mal es una autoridad moralmente fracasada.

Esta visión tiene consecuencias políticas. Por ejemplo, conseguir algo sin habérselo ganado debilita la disciplina y, por lo tanto, la capacidad de comportarse con arreglo a una moral. Si uno no prospera es porque no es lo suficientemente disciplinado para prosperar y, por tanto, merece ser pobre. Los programas sociales, que le dan cosas a la gente que no se las ha ganado, desincentivan la disciplina y, por lo tanto, la moralidad. En definitiva, los programas sociales fomentan la inmoralidad y deben ser eliminados.

La *propiedad*. La propiedad adquirida en el mercado o por otros medios legítimos pertenece al que la posee, y cada cual es libre de usarla como quiera. Cada cual gasta su dinero mejor que el gobierno. El único uso admisible del patrimonio común al servicio del bien común debe tener como finalidad la obtención de seguridad física. El afán de lucro fomenta la eficiencia en los negocios. El gobierno, que no tiene afán de lucro, es ineficiente, derrochador y obstaculiza el funcionamiento del mercado con sus leyes, sus impuestos, los sindicatos y los tribunales de justicia.

La *jerarquía*. La jerarquía económica, social y política es un hecho natural, porque algunas personas tienen más talento y más disciplina que otras y, en consecuencia, merecen estar más arriba. Esto es equidad (y no igualdad), una posición más alta ganada en virtud del mérito (talento y disciplina). La igualdad de oportunidades produce una jerarquía basada en el mérito. Y puesto que el mercado es natural y justo y permite que los buenos triunfen, el éxito es un indicador del mérito. Esto vincula directamente la democracia con la meritocracia.

La filosofía conservadora no reconoce ningún principio progresista. Por ejemplo, según ella, el «principio del bien común» entorpece el mercado libre, es decir, el sistema que premia la disciplina. Para los conservadores, las libertades que los progresistas quieren ampliar—sobre todo el emanciparse de la necesidad—no se pueden llamar

«libertades». La mayoría de los conservadores rechaza el «principio de la dignidad humana» porque cree que los seres humanos no tienen una dignidad inalienable sino que tienen que demostrar, con la disciplina, su valía. Si no pueden proveerse por sí solos, es su problema. Hay algunas excepciones: los creyentes, que van a misa, son trabajadores incansables y respetan los valores familiares conservadores, son los «pobres respetables», que merecen la caridad privada. Pero la «valía» no se confiere a cualquiera por el mero hecho de pertenecer a la humanidad.

Finalmente, se le concede escasa relevancia al «principio de diversidad»: lo importante es el mercado basado en el mérito, el éxito en virtud de la competitividad.

En contraposición a los principios progresistas, los conservadores tienen los siguientes principios:

El principio de autoridad moral

La moralidad consiste en obedecer a las autoridades morales legítimas: Dios (o el pastor o el sacerdote), la ley, el presidente si se trabaja en el gobierno, los padres si se es niño, el profesor si se es estudiante, el entrenador si se es deportista, el general si se es soldado, etc.

El principio de responsabilidad individual

Todos somos individualmente responsables de nuestro destino. Si se tiene éxito, es porque nos lo hemos merecido; si se fracasa, es culpa nuestra. Cada uno por su cuenta, y nada de mimos y ayudas: así tiene que ser.

El principio del mercado libre

El mercado libre promueve la eficiencia, crea riqueza, es natural y moral y premia la disciplina individual. Puesto que la riqueza puede proporcionar muchas libertades, el mercado libre es un mecanismo de libertad en el que el gobierno no debería interferir. El gobierno interfiere de cuatro maneras: con las normas, los derechos de los trabajadores (seguridad en el trabajo, pensiones, horas extras, etc.), los impuestos (quita las ganancias de mercado) y la acción popular en denuncias colectivas contra empresas que cuestan dinero. Las necesidades de la gente— salvo la seguridad física—deben quedar cubiertas por el mercado.

El principio del hombre hecho a sí mismo

Con disciplina, todos podemos hacernos a nosotros mismos. Al gobierno no le compete ayudar a los que, por falta de disciplina y de moralidad, se queden atrás. La caridad es un acto de virtud individual, no una responsabilidad de gobierno.

EL PRINCIPIO CAUSAL: LA POBREZA Y EL TERRORISMO

Revisando los argumentos conservadores y progresistas, hemos podido percibir otra importante regularidad. Los conservadores suelen razonar en términos de causas directas, por acción individual, mientras que los progresistas suelen hacerlo en términos de causas sistémicas y motivos complejos.

Dos ejemplos claros de esta diferencia son el terrorismo y la pobreza.

Los conservadores ven el terrorismo en términos sencillos: los responsables del mismo son unas personas malvadas cuyo comportamiento es tan inexcusable que no merece la pena ni analizarse. Lo más que elaboran los conservadores es la idea de que los terroristas «odian nuestras libertades».[7]

Los progresistas se suelen preguntar por las causas sistémicas más profundas del terrorismo. Aunque los progresistas están de acuerdo en que se trata de un comportamiento inexcusable, tienen en cuenta los factores que pueden causar odio hacia los Estados Unidos: nuestra presencia militar en países islámicos, la ausencia de escuelas no religiosas en esos países, nuestro apoyo a monarquías autoritarias en muchas naciones árabes o nuestro apoyo activo a Israel.

Las diferentes maneras de entender la causa del terrorismo dan pie a soluciones distintas. Los conservadores se limitan a responder con la fuerza. Los progresistas sopesan si las soluciones a largo plazo requieren algo diferente de la acción militar, como por ejemplo entablar una «lucha de las ideas» en Oriente Próximo. En esta lucha, se pueden barajar distintas opciones, desde presionar para que aliados como Arabia Saudí se democraticen a trabajar de forma más decidida en la resolución del conflicto entre Israel y Palestina.

En lo que se refiere a las causas de la pobreza, los conservadores no vacilan en culpar a los pobres. El sueño americano está ahí para quien sea disciplinado, moralmente recto y ambicioso. Los pobres son por definición vagos e inmorales, no ambicionan nada.

Los progresistas perciben una serie de factores más complejos: las desventajas educativas, los prejuicios culturales, las secuelas del racismo y determinadas instituciones, del mismo modo que algunas políticas gubernamentales también contribuyen a la pobreza endémica. A los progresistas les preocupan las crecientes diferencias entre ricos y pobres, mientras que los conservadores lo ven como la consecuencia natural de un mercado libre y justo.

La dicotomía entre causa directa y causalidad sistémica se da en multitud de ámbitos, como la delincuencia, la salud pública, el medio ambiente, las relaciones internacionales, la inmigración y muchos más.

Estos distintos puntos de vista son predecibles, y son el producto de los distintos modelos de familia. En el modelo del padre estricto, los hijos reciben órdenes directas y son castigados directamente si no obedecen. Sus transgresiones son individuales y también lo es el castigo. Ésta es una visión coherente con el fundamentalismo, según el cual los pecados del individuo—o su falta de pecados—determinan si va al cielo o al infierno. En el modelo de los padres protectores, los hijos desarrollan su moralidad en virtud del apego y la empatía, sentimientos que exigen la capacidad de adaptarse a situaciones complejas y a los factores contextuales.

Los progresistas se enfrentan a un desafío: en nuestra cultura de eslóganes, resulta más difícil convencer con argumentos y razonamientos complejos. La respuesta debe ser no caer en la tentación de optar por soluciones simplistas e ineficientes para resolver problemas complejos. En el capítulo 8 ofrecemos algunas indicaciones para tratar estas cuestiones complejas con argumentos consistentes, auténticos y basados en valores.

CUESTIONES IDENTITARIAS: LOS HOMOSEXUALES Y EL ABORTO

¿Por qué alguien que disfruta de una relación heterosexual estable, duradera y amorosa debe sentirse amenazado si una pareja gay o lesbiana que disfruta de una relación similar contrae matrimonio?

Imaginemos a un conservador puro con su cosmovisión conformada por el modelo de padre estricto, cosmovisión que aplica a todos los aspectos de su vida. Esa cosmovisión define su identidad: su idea del bien y del mal, de Dios, de lo que es un buen padre, y de cómo administrar una empresa. Define incluso su masculinidad y su feminidad, su identidad sexual.

El modelo del padre estricto es un modelo basado en la diferencia de géneros. Hay un marido masculino y una esposa femenina. Los padres de este modelo no pueden ser lesbianas ni homosexuales. Legitimar los matrimonios homosexuales es deslegitimar el modelo del padre estricto. La «defensa del matrimonio» es en realidad una defensa del modelo del padre estricto. Estar en contra de los «matrimonios homosexuales» significa defender una identidad definida por el modelo del padre estricto.

La cuestión del aborto funciona de la misma manera. En el modelo puro del padre estricto, el padre es la autoridad moral. Controla las decisiones relativas a la reproducción. Decide si utiliza anticonceptivos, si quiere tener hijos y si su mujer puede abortar. Es responsable de la sexualidad de su hija y decidirá si es necesario darle una educación sexual, si puede tener relaciones sexuales y si puede usar anticonceptivos. Y si queda embarazada fuera del matrimonio, decide si aborta o no.

También la idea de que el aborto es un asesinato viene del modelo del padre estricto, según el cual existe la idea de un bien absoluto y un mal absoluto. Esto significa que todas las categorías contempladas por la ley moral están claramente definidas, especialmente la categoría del ser humano. En términos filosóficos, estas condiciones se llaman «esencias» y, por definición, las esencias no cambian. Por ello la esencia del ser humano que está presente en el momento del nacimiento, también tiene que estar presente justo antes del parto, y el día anterior, y también la semana antes. ¡Está presente desde su concepción! En consecuencia, el aborto es el asesinato premeditado de un ser humano para beneficio propio. ¡Un asesinato!

EL POPULISMO CONSERVADOR

Por lo general, los progresistas no han sabido comprender la naturaleza del populismo conservador. No entienden cómo los conservadores pobres—o de clase media—pueden votar en contra de sus propios intereses económicos. El estereotipo sostiene que los populistas conservadores no son muy inteligentes, no están bien informados y que los conservadores ricos los están engañando. El antídoto, según los progresistas, consistiría en decirles la verdad. Dadles la información adecuada y haced que entiendan los hechos económicos tal y como son y se convertirán todos en populistas económicos y votarán a los progresistas. Es una quimera.

El populismo conservador es de naturaleza *cultural*, no económica. De ahí la «guerra cultural» lanzada por los conservadores. Los populistas conservadores tienen la moralidad del padre estricto y una identidad basada en ella. Suelen pensar la política en términos de causalidad directa, no de causalidad sistémica. Pero, lo que es más importante, la máquina conservadora los ha convencido de que están siendo oprimidos ¡por la élite progresista! Creen que los «progresistas-caviar», los izquierdistas de Hollywood, los progresistas amantes del *sushi* y de las fiestas nocturnas los menosprecian. Creen que los medios de comunicación progresistas les mienten, que los liberales les roban su dinero para derrocharlo desde las administraciones, que los progresistas ecologistas amenazan sus propiedades, que los sindicatos progresistas ahogan sus empresas y que los progresistas gais y lesbianas amenazan a sus familias. La palabra que más usan para calificar sus aspiraciones políticas es «libertad»; es decir, para ellos, librarse de la opresión de una élite política y cultural.[8]

Explicarles de manera racional cómo pueden mejorar su bienestar económico no les hará cambiar de opinión.

He aquí la única esperanza: acerquémonos a los que son biconceptuales e identifiquémonos con sus valores progresistas parciales. Los conservadores están destruyendo la tierra que aman, los fundamentalistas conservadores están atacando su

cristianismo progresista, los conservadores están atacando sus propios cuerpos y los cuerpos de sus familias. Son muchos los argumentos que pueden transmitirse en este sentido.

Si no reconocemos la existencia de la moralidad adscrita al modelo del padre estricto en la cultura estadounidense y no entendemos su funcionamiento, no existirá ninguna posibilidad de activar los aspectos progresistas de la gente.

5

LA MORALIDAD Y EL MERCADO

Los conservadores no paran de decirlo: «que se encargue el mercado». La salud pública: que se encargue el mercado. La Seguridad Social: dejarla al mercado. La crisis climática: que la resuelva el mercado. El financiamiento de las campañas electorales: que lo haga el mercado. El salario mínimo: que lo fije el mercado.

El mercado desempeña un importante papel incluso en nuestra política exterior. La guerra de Irak también tenía que ver con abrir los mercados iraquíes. Muchos de los esfuerzos del gobierno en materia de relaciones internacionales se dedican a fomentar los «mercados libres», mediante «políticas de libre comercio». La privatización y la desregulación tienen esa misma motivación: que se encargue el mercado. Los Estados Unidos tienen una economía de mercado. Los progresistas suelen desenvolverse bien en los mercados, no pocos con gran éxito, y lo celebran. Pero los progresistas—incluso los ricos—no suelen compartir la idea de dejarlo todo en manos del mercado.

¿Por qué es así? ¿Es que «el mercado» no significa lo mismo para conservadores y progresistas? ¿Están hablando de cosas distintas? Y, si es así, ¿de qué están hablando? ¿Y por qué se considera que los conservadores son los únicos—o, al menos, los mejores—defensores del mercado?

Como hemos visto, los modelos de familia estructuran nuestra comprensión no sólo del gobierno y de las políticas nacionales, sino también de una multitud de instituciones sociales. El mercado es una de ellas.

Hay una versión conservadora mayoritariamente compartida del mercado y una versión progresista en gran medida implícita, que se entiende de forma intuitiva pero que pocas veces se explicita. Es importante que entendamos la diferencia.

Los mercados son instituciones para el intercambio de «bienes y servicios» que pueden ser casi cualquier cosa, incluyendo dinero y acciones. Otros productos incluyen la conveniencia, la identidad (íntimamente ligada a las marcas comerciales) y los seguros de riesgo. Incluso el trabajo de cada uno se considera un producto que uno mismo—o el sindicato—vende en el mercado del trabajo.

La premisa clásica es que los mercados son espacios en los que todo el mundo intenta maximizar su ganancia, con los vendedores intentando maximizar precios y los compradores intentando minimizar costes. Esto nos lleva a la idea de que el mercado

«determina el valor» y fija el precio, lo que el comprador está dispuesto a pagar y lo que el vendedor está dispuesto a aceptar.

La idea central, esbozada por Adam Smith, es que todo el mundo está, o debería estar, intentando maximizar su ganancia. Gracias a lo que Smith llamó «la mano invisible», es decir, gracias a un hecho natural, el mercado maximiza el beneficio para la totalidad de los compradores y vendedores, y ayuda así a todo el mundo y a la nación en su conjunto.[1]

Éste es el modelo idealizado del mercado. Se considera moral porque se considera natural que todo el mundo quiera maximizar su beneficio: el sistema que describió Smith sería un reflejo fiel del funcionamiento del mundo, o al menos del mundo económico.

La idealización da por buenas muchas premisas que los economistas saben que no son ciertas: hay una competencia casi perfecta, tanto el comprador como el vendedor disponen de toda la información necesaria, las condiciones de acceso son iguales para todos, los vendedores no pretenden inflar los precios, el comprador y el vendedor tienen el mismo poder, y ambos actúan racionalmente.

Estas premisas son falsas, y el que sean falsas plantea serias dudas acerca de las pretendidas naturalidad y moralidad de muchos mercados. No obstante, tanto progresistas como conservadores dan por cierta esta idealización.

Éstas son premisas sobre el funcionamiento supuestamente real del mundo económico. Pero cuando nos preguntamos por los valores—¿cómo debería funcionar el mercado?—, las respuestas dadas desde los modelos de familia estricta y protectora son muy diferentes. Y las limitaciones de la idealización se hacen más visibles.

LA IDOLATRÍA CONSERVADORA

En el modelo del padre estricto, el «mercado libre» desempeña un papel destacado e implícito. El mercado es un sistema competitivo que premia con la ganancia a los disciplinados y castiga a los indisciplinados (e inmorales) con la pobreza. El mercado es un instrumento de moralidad. Puesto que se considera que el «mercado libre» es natural, moral y justo, se puede aplicar la lógica del padre estricto: si no prosperas, significa que no eres disciplinado; si no eres disciplinado, no puedes ser moral, y, si no eres moral, mereces la pobreza.

El mercado es al fundamentalismo económico lo que Dios es al fundamentalismo religioso: Dios premia a las personas disciplinadas que siguen sus mandamientos y castiga a los pecadores, que son indisciplinados y rebeldes. Al igual que en el fundamentalismo religioso, el mercado de los conservadores es radicalmente individualista. Tú y sólo tú eres responsable de si vas al cielo o al infierno, de si tienes éxito o fracasas en el mercado. Como Dios, el mercado te premia o te castiga, según sea tu disciplina.

La visión conservadora de la economía trae consigo una serie de inferencias.

Considera que el afán de lucro maximiza la eficiencia, de modo que el mercado satisface cada vez mejor las necesidades individuales. Considera que el gobierno es ineficiente y derrochador, y entorpece el funcionamiento del mercado libre idealizado de cuatro maneras:

- con la regulación, que condiciona lo que los individuos y las empresas pueden hacer para obtener beneficios;
- con los impuestos, que se consideran una usurpación de beneficios;
- con los derechos de los trabajadores y de los sindicatos, que reducen los beneficios de los inversores y de las empresas;
- con la responsabilidad civil ante terceros, que permite denuncias colectivas que acaban, con el pago de indemnizaciones, reduciendo los beneficios de las empresas y de los inversores.

En consecuencia, la derecha está a favor de la desregulación, en contra de la fiscalización, de los sindicatos y de los derechos de los trabajadores, y a favor de la reforma de la responsabilidad civil.

Tanto para el pensamiento económico conservador como para la religión conservadora, la Tierra está ahí para que el ser humano la utilice en su provecho. Las cosas que no estén privatizadas o integradas en el proceso de producción carecen de valor. De ahí que todo lo que pueda privatizarse deba integrarse en el proceso productivo. El bien común—la naturaleza como herencia común de todos los seres humanos que debe protegerse del uso y provecho individuales—no existe.

LA MORALIDAD PROGRESISTA

Para los progresistas—cuyos principios rectores son la empatía hacia los demás y la responsabilidad hacia uno mismo y los demás—los mercados tienen que servir para que la gente sea libre: libre de la necesidad, libre del daño, libre del miedo, y libre para satisfacer sus necesidades y hacer realidad sus sueños. En resumen, el papel de los mercados es servir al bien común, permitir que quien trabaja gane un salario digno; ayudar a alcanzar la libertad de la necesidad, del daño, de la ignorancia, de la intolerancia y del miedo; preservar el mundo natural y servir a la democracia.

Los progresistas se centran en aquellos aspectos en los que los mercados se alejan de la idealización, allí donde los mercados no logran cumplir con las expectativas y se hace necesaria la intervención del gobierno. Teniendo en cuenta los objetivos que atribuyen al mercado, los progresistas son muy conscientes de los fallos y excesos reales o potenciales del mismo y consideran que el gobierno debe intervenir para que los mercados funcionen y sirvan al bien común.

Todo aquello que los conservadores radicales ven como una interferencia nociva del gobierno, los progresistas lo consideran como un apoyo absolutamente necesario del gobierno para que el mercado alcance sus objetivos:

- La regulación nos protege contra los productos nocivos y el fraude de empresas irresponsables o criminales.
- La fiscalidad genera un patrimonio común con el que construir infraestructuras comunes que todos necesitamos para hacer realidad nuestros sueños y satisfacer nuestras necesidades. La fiscalidad progresista es justa: los que se benefician más del patrimonio común tienen que pagar más para sostenerlo.
- Los derechos de los trabajadores y de los sindicatos equilibran el poder de negociación de los contratos colectivos y aseguran centros de trabajo seguros, saludables y éticos.
- La acción popular por responsabilidad civil es un recurso de protección para disuadir a las empresas irresponsables que causan daños.

Como se ha señalado antes, el principio del bien común es clave: el patrimonio común tiene que destinarse a construir autovías, desarrollar Internet y el sistema de satélites, proteger el sistema bancario, regular el mercado de valores y apoyar el sistema judicial, que garantiza el cumplimiento de los contratos. Ninguna empresa podría existir sin el uso de los bienes comunes. Esta infraestructura común es esencial para que los mercados existan y se desarrollen. Y los que se benefician de los mercados tienen la obligación moral de mantener el patrimonio común.

Los progresistas consideran que los mercados sirven a un propósito moral (un propósito moral progresista). Y tienen presente una verdad que la ideología conservadora ignora: los mercados no pueden desarrollarse y servir al bien común sin la intervención constructiva del gobierno. Esto es lo que los conservadores ignoran cuando hablan de «mercado libre».

LA MITOLOGÍA DEL MERCADO LIBRE

La idealización conservadora del «mercado libre» está muy alejada de la realidad. Y la realización del ideal traería consigo no pocos males. Lo que contempla el marco conservador del mercado libre es lo siguiente:

> Los mercados son libres cuando el gobierno no los regula ni interfiere en ellos. Gracias a la «mano invisible», los mercados maximizan la eficiencia y la riqueza para todos. La «intervención» del gobierno en el mercado sofoca la libertad, genera ineficiencia y despilfarro y merma la rentabilidad. Buscar la ganancia en el mercado es natural, moral y justo. Puesto que los mercados maximizan los beneficios para todos, contribuyen a la libertad. Por lo tanto, preservar los mercados libres es una causa moral.

Aunque suene bien, el «mercado libre» es un mito. ¡Eso lo saben bien los conservadores! Saben que la regulación y la participación del gobierno en el mercado pueden ser beneficiosas. Por ejemplo, los más acérrimos defensores del mercado libre en el Congreso y en la administración no dudaron, después del 11-S, en ayudar a las compañías aéreas con 15.000 millones de dólares, con el argumento de que el transporte aéreo es vital para la nación.[2] Año tras año, destinan una importante cantidad del presupuesto federal a las empresas privadas de armamento, transfiriendo riqueza pública a propietarios privados. Gastan decenas de miles de millones de dólares en apoyar la industria del petróleo.[3] Destinan ayudas a las empresas agroindustriales para mantener sus beneficios altos y los precios de los alimentos bajos.[4] Desde hace generaciones, han subastado el uso de recursos públicos como las ondas radioeléctricas, la tierra, el agua o las reservas de petróleo a empresas privadas para que los exploten.

Éstos son casos de redistribución de la riqueza hacia arriba (transferencias de riqueza desde los contribuyentes a los ricos propietarios, administradores y accionistas). Estas intervenciones en el mercado promueven lo que los conservadores consideran el interés nacional.

Pero cuando el gobierno interviene en nombre de los trabajadores, de los consumidores o del medio ambiente, los conservadores se escandalizan e invocan el marco del «mercado libre» porque estas intervenciones no cuadran con su filosofía política. El «mercado libre» es un eslogan que utilizan para socavar las reglas esenciales que hacen que el mercado funcione en beneficio del bien común. Ya es hora de acabar con los mitos del «mercado libre».

Mito 1: sólo un «mercado totalmente libre» es perfecto. Pensemos en cómo sería un mercado totalmente libre, es decir, un mercado sin la intervención del gobierno. Las empresas farmacéuticas podrían comercializar cualquier medicamento, sabiendo que no habrá ni controles ni denuncias. El único incentivo para que una empresa minera proteja a sus trabajadores sería el de evitar que mueran demasiados, para poder así disponer de mano de obra, no tener que aumentar los costes laborales y no generar descontento. Una empresa petrolífera eliminaría el plomo de la gasolina sólo por una cuestión de imagen pública. Los inicios de la Revolución Industrial eran parecidos a este mundo «ideal», y fueron tiempos muy duros para los trabajadores. Un «mercado libre» significa que las empresas pueden apropiarse de los bienes comunes y hacer que los demás paguen por sus beneficios.

Mito 2: las personas son actores racionales. Una premisa básica del «mercado libre» es que los consumidores son «racionales» y actúan siempre para maximizar su propio interés. La ciencia cognitiva y la psicología han demostrado que las personas no piensan así en realidad. Los marcos, las metáforas, los estereotipos y otros mecanismos cognitivos no lógicos intervienen de manera notable en las decisiones. Los consumidores no toman decisiones basándose en precisos análisis coste-beneficio, sino que se basan en

premisas simplificadas, en distintas valoraciones del riesgo y del beneficio, en actitudes distintas según gasten dinero «encontrado» o dinero ganado, etc. Esto pone a los consumidores en desventaja en el mercado cuando tratan con empresas altamente eficientes.

Mito 3: las condiciones en el mercado son equitativas. Las empresas tienen dos tipos de empleados: los activos (directivos y creativos) y los insumos (personas intercambiables que están disponibles en el «mercado del trabajo»). Los beneficios aumentan si se reduce el coste de los insumos; por lo tanto, el objetivo de aumentar los beneficios tiende a bajar los sueldos. Desde la dinámica del mercado, quien busca empleo quiere vender su trabajo, y la empresa quiere comprar ese trabajo lo más barato posible. El desempleo mejora la rentabilidad produciendo competitividad entre los que buscan empleo, lo cual reduce los «precios», es decir, los sueldos. En esta situación, los individuos que buscan trabajo tienen muy poca, o ninguna, capacidad de negociar sus sueldos. El poder está en manos del empresario. Los sindicatos ayudan a equilibrar este poder, influyendo en el mercado en cuestiones laborales y aumentando así el precio del trabajo. El salario mínimo establece el sueldo de lo que los empresarios pueden pagar por el trabajo. En el mercado «libre» ideal, que no existe, no se manifiesta esta diferencia de poder. Los conservadores que se oponen a los sindicatos y al salario mínimo sostienen que, en el «mercado libre», sólo el mercado debe fijar los salarios, y cualquier otra intervención es injusta. En los mercados reales, las «condiciones de igualdad» entre los trabajadores y los empresarios son todo menos iguales.

Mito 4: el balance contable de una empresa refleja los costes reales. Es habitual que las empresas externalicen costes y hagan que el gobierno y el contribuyente paguen por ellos. Muchas empresas no pagan por sus residuos y contaminan el aire o el agua, de modo que trasladan el coste al erario público. Muchas empresas extraen recursos—petróleo, minerales y madera—de tierras que pertenecen al gobierno pagando por ello una mínima parte de lo que pagarían en un mercado libre. Son recursos públicos, y el «coste real» lo está asumiendo la sociedad. Otras empresas hacen que la gente trabaje para ellas de manera gratuita. Por ejemplo, cuando llamamos a un número de «atención al cliente» y tenemos que esperar una eternidad hasta que nos atienden, la empresa está usando nuestro tiempo para no tener que contratar a más telefonistas: estamos trabajando para la empresa. Lo mismo ocurre cuando una empresa le dice al cliente que busque la información en la web: el gasto se traslada al tiempo y esfuerzo del cliente. Éstas son maneras de «externalizar» los costes reales y de conseguir más beneficios. Los progresistas que quieren acabar con la externalización de los costes están proponiendo, en definitiva, que los mercados se parezcan más a los «mercados libres».

Mito 5: todo, incluso la vida, tiene un justo valor monetario. ¿Cómo puede un mercado asignar un justiprecio a la vida humana? ¿Y a una especie en peligro de extinción? ¿O a un ecosistema? ¿A la belleza? En un mercado absolutamente libre, el valor lo determinan la oferta y demanda, y el cálculo se efectúa mediante el análisis

coste-beneficio. Las empresas de seguros de vida asignan un valor en dólares a una vida humana. Las empresas utilizan el análisis coste-beneficio para determinar cuán seguros serán un coche o un fármaco. Los seguros privados utilizan el análisis coste-beneficio para determinar si «merece la pena» enviar a un paciente a un especialista o hacerle un TAC. El marco del «mercado libre» da por sentado que se trata de «costes justos» y que el proceso siempre es moral. En realidad, no existe lo que se llama un «precio justo» para estas cosas.

Mito 6: los mercados están fuera del ámbito de los juicios morales. La visión conservadora sostiene que los mercados libres sin restricciones son inherentemente justos y naturales (e inherentemente morales, puesto que maximizan el beneficio de todos). Pero como hemos visto, las decisiones de las empresas afectan a la salud humana y a la vida, a la supervivencia de las especies, etc. Éstos son factores morales y no podemos permitirnos ignorarlos.

Mito 7: todo el mundo puede hacerse a sí mismo. Nuestra economía se estructura en torno a una mano de obra barata, pues depende de gente que trabaja en cocinas, sirve mesas, cuida jardines, limpia mataderos o recoge hortalizas. Muchos trabajadores no pueden optar a mejores empleos, porque no hay buenos empleos para todos, ni capital inicial para emplearlos a todos. Y si pudieran hacerse a sí mismos, ¿quién haría esos trabajos?

EL GOBIERNO CONTRA EL MERCADO

El marco del «mercado libre» no es una descripción inocente, ya que viene acompañado de importantes consecuencias morales: la privatización y la desregulación son virtudes que implican «menos gobierno». Esto es una falacia: en realidad, implican un gobierno menos responsable.

Analicemos una idea relativamente nueva: la llamada gobernanza o buen gobierno. En general, la gobernanza tiene que ver con la adopción de decisiones. En algunas esferas, la gobernanza se resuelve mejor con autonomía personal, permitiendo que cada individuo tome las decisiones que afectan a su propia vida—dónde quiere vivir, qué quiere leer, qué ropa quiere ponerse o qué alimentos quiere comer— siempre y cuando estas elecciones no limiten la capacidad de los demás de tomar sus decisiones. En otras esferas, la gobernanza se resuelve mejor dentro del mercado; por ejemplo, para determinar el precio de los bienes de consumo. Las sociedades comunistas y socialistas han demostrado que las economías planificadas no funcionan muy bien. En la esfera pública, las decisiones deben adoptarse mediante prácticas democráticas: quiénes serán nuestros líderes, dónde y cómo se gastarán los impuestos recaudados, cómo cuidar nuestro medio ambiente o cuáles son los mínimos exigibles para poder operar en los mercados.

Pero estamos asistiendo a un peligroso desplazamiento en el poder de decisión. Es el resultado de la insistencia de los conservadores en privatizar y desregular. Por ejemplo, los seguros médicos y las empresas farmacéuticas están decidiendo qué tipo de cuidados médicos podrá tener la gente y cuánto costará. (La nueva ley sobre prescripción de medicamentos impide a Medicare negociar los precios con las empresas farmacéuticas.) Las empresas automovilísticas están decidiendo cuánto CO2 podemos emitir a la atmósfera y en qué medida nuestros coches serán ecológicos. La industria energética decide qué tipo de energía podemos usar, cuál es su impacto medioambiental y cuánto costará. Las empresas privadas que realizan los tests escolares determinan qué y cómo han de aprender nuestros hijos.

Son decisiones morales que afectan al bien común. Como tales, deberían ser objeto de debates públicos, y las personas que acaban tomando las decisiones deberían ser conocidas y asumir públicamente sus responsabilidades. En definitiva, son decisiones que debería tomar un gobierno elegido democráticamente, y no las empresas privadas; decisiones que deberían tomarse (en principio) en nombre del interés general (aunque sabemos que se puede manipular al gobierno para favorecer intereses privados). Pero cuando se privatizan funciones gubernamentales y se desregulan industrias, estas decisiones caen en manos de los consejos de administración de las empresas y se adoptan teniendo en cuenta las futuras ganancias de los accionistas. Puesto que la obligación legal de las empresas consiste en maximizar los beneficios de sus accionistas, y puesto que gastar en seguridad pública u otros aspectos reduce beneficios, los consejos de administración tienen motivos legales para no trabajar por el bien común.

La privatización y la desregulación son una «externalización por subcontratación» de las funciones del gobierno democráticamente elegido en beneficio de las corporaciones empresariales cuya misión consiste en hacer beneficios. De esta manera la democracia se convierte en una *corporocracia*.

EL BENEFICIO Y LA DIGNIDAD HUMANA

Por desgracia, la visión conservadora del «mercado libre» desregulado ha acabado seduciendo la imaginación de los estadounidenses, porque los conservadores han sabido comunicar con eficacia esta idea durante mucho tiempo. Expresiones como «mercado libre» o suposiciones como la de «gastas tu dinero mejor que el gobierno» fijan el debate en términos conservadores, haciendo que sea difícil, si no imposible, que los progresistas transmitan sus ideas.

¿Qué marco alternativo podemos utilizar? ¿Cómo podemos centrar el debate en cuestiones que son importantes para nosotros y no para los conservadores?

El contrapunto al principio conservador del mercado libre está en los principios progresistas de la dignidad humana y del bien común. Nos interesa un mercado que esté al servicio de los valores humanos y no unos seres humanos que estén al servicio del

mercado.

Tomemos el ejemplo de la salud pública. Los conservadores creen que la gente debería recibir la asistencia sanitaria que proporciona el mercado y que, ya sean muchos o pocos los cuidados que se precisen, éstos se recibirán en función de la capacidad de pago de cada uno. Para los conservadores, la sanidad pública es esencialmente un recurso productivo, como el algodón o el carbón. Por el contrario, los progresistas consideran que debe existir una buena sanidad pública disponible para todos por el mero hecho de ser estadounidenses o de ser personas. Esto significa tomarse en serio la dignidad humana. La salud de una persona no puede estar sujeta a los caprichos del mercado, sobre todo si tenemos en cuenta la enorme riqueza de nuestro país. Los progresistas también consideran que los ciudadanos sanos son la base de una nación sana. Al fin y al cabo, las enfermedades se contagian, y el no curar a algunos de nosotros puede llevar a que la enfermedad se propague entre muchos de nosotros.

Para los conservadores, incluso el medio ambiente está sometido al mercado. Creen que el mercado tiene que determinar, en función del análisis coste-beneficio, cuánto cuestan el aire y el agua no contaminados. Un medio ambiente limpio es ni más ni menos que otro recurso productivo. Esta visión elimina la responsabilidad de preservar conjuntamente el medio ambiente para nuestros hijos. Los progresistas consideran que el aire y el agua no contaminados son un derecho inalienable de todo ser humano; se trata, una vez más, de la dignidad humana y del bien común.

Con respecto a la educación, los conservadores creen que el mercado debe decidir cuánta educación se puede recibir. No debería existir la educación gratuita. Aplican la lógica de la «competitividad» y de la «elección del consumidor» a la educación. Los progresistas consideran que, en nombre de la dignidad humana y por el buen funcionamiento de una democracia, todos los estadounidenses deben recibir una buena educación.

Lo mismo vale para el bienestar social, la seguridad social, el transporte, etc. Una vez tras otra, la visión conservadora del mercado libre sostiene que no existen mínimos, que es inevitable que haya perdedores. Esto es muy distinto a la visión progresista, según la cual los mercados tienen que respetar la dignidad humana y servir al bien común, sin que esto suponga renunciar al afán de lucro. Los sueños de cada persona dependen del bien común.

LOS FALLOS DEL MERCADO

Hace treinta años, el 1 por 100 más rico de la población poseía menos de una quinta parte de la riqueza de los Estados Unidos. Hoy en día, según el último informe de la Reserva Federal, tiene más de un tercio.[5] ¿Qué hay de malo en ello? Los conservadores

dicen que nada: es una consecuencia natural del mercado libre, y es justo. Si usted o sus antepasados han acumulado 1.000 o 10.000 millones de dólares en el mercado libre, pues es justo.

Pero con esto damos por sentado que lo ha ganado solo o que sus antepasados también lo han conseguido sin ayuda de nadie, tan sólo con su propio esfuerzo. Pero el principio del patrimonio común al servicio del bien común indica que nadie puede conseguirlo solo, y que cuanto más se gana, más se aprovecha el patrimonio común y más responsabilidad se tiene en mantenerlo.

Otra manera de considerar esta cuestión es entender que no todo el dinero es «propio» (dinero que cada uno ha ganado solo y sin ayuda de nadie). Una gran fortuna sólo se acumula usando el dinero de los demás, en forma de infraestructuras financiadas por el contribuyente, transferencias directas de riqueza desde el contribuyente al individuo mediante subvenciones públicas, deducciones fiscales, contratos exclusivos, etc. Éstas son transferencias de riqueza desde el contribuyente a los ricos, y así tendrían que considerarse. Las infraestructuras financiadas por todos son una de las glorias del capitalismo estadounidense. Están allí para que todos las puedan usar, pero quien tiene más riqueza, tiene la responsabilidad de aportar una cantidad proporcional para mantener esas infraestructuras y que otros también las puedan usar. El impuesto de sucesiones es la mejor forma de contribuir. No se paga en vida. Y nuestros herederos, que no ganaron este dinero, reciben de todas formas la mitad del patrimonio.

Hace algunos meses, el Instituto Rockridge recibió una carta de un treintañero residente en Hawaii, donde creció y siempre ha vivido. Ahora ya no se lo puede permitir. Son tantas las personas adineradas que han comprado allí sus segundas residencias, que ningún sencillo trabajador puede comprarse una casa en ese mercado, ni puede pagar el alquiler de un apartamento. En resumen, los ricos están invirtiendo su dinero en recursos escasos, como segundas residencias situadas en lugares preciosos. Esto limita el acceso a las cosas más bonitas pero escasas a los muy acaudalados. Cuando el tsunami destruyó los hermosos pueblos de pescadores en el sur de Asia, en no pocos lugares se construyeron luego hoteles con playas privadas y mansiones para ricos, y los pescadores tradicionales se quedaron sin sus hogares de toda la vida. La gente corriente que vivía en bellos parajes de Luisiana antes del huracán Katrina podría sufrir la misma suerte. Una vez más, se trata de transferencias de riqueza en provecho de los ricos. Pero no es sólo una cuestión de dinero: también está en juego el acceso a las escasas maravillas de la vida cotidiana, en primer lugar la vivienda.

Empezamos este capítulo con la falsa idealización de los «mercados libres» en la que creen los conservadores, para los cuales la competición casi perfecta existe, los compradores y los vendedores son iguales, existe la libertad de elección, etc.

Pero las desviaciones del modelo ideal están por todas partes. La continua concentración empresarial—las «fusiones y adquisiciones»—en casi todos los sectores ha limitado enormemente la competencia y ha aumentado los precios, así como los beneficios, mediante la transferencia de más riqueza desde la gente corriente hacia los ricos. La desregulación ha concentrado en las empresas una información que los consumidores desconocen cada vez más: las empresas y no los consumidores saben qué medicamentos son dañinos, qué coches se estropearán antes o qué pintura se desconchará. Las grandes empresas han aumentado sus cuotas de mercado frente a las pequeñas empresas. Los precios concertados se han extendido y son cada vez más sofisticados. No hay libertad de elección en la compra de medicamentos vitales. Wal-Mart es mucho más poderoso que todos sus empleados que no tienen reconocido el derecho a sindicarse. Y cualquier vendedor sabe que los consumidores no actúan racionalmente. El «mercado libre» no es libre.

Los mercados tienen funciones morales y existen para atender valores y principios morales. Los conservadores han definido los mercados para que encajen con su visión moral del mundo. Los progresistas se han quedado rezagados. Es hora de actuar.

6

VALORES FUNDAMENTALES

Los modelos de las visiones conservadora y progresista se basan en principios claramente divergentes. Y, sin embargo, una y otra vez, vemos que los políticos conservadores y los progresistas hablan de los mismos valores: justicia, igualdad, responsabilidad, libertad, integridad y seguridad. A menudo existe acuerdo sobre el significado de esas palabras. No obstante, todas nuestras diferencias políticas, compartimos, en definitiva, muchos más ideales en cuanto ciudadanos estadounidenses de lo que cabría pensar cuando escuchamos las tertulias televisadas.

Sin embargo, en algunos casos, los conservadores y los progresistas difieren claramente sobre el significado de un valor.

Por ejemplo, cuando el congresista por Pennsylvania John Murtha propuso a finales del 2005 acabar con la ocupación de Irak, los progresistas lo consideraron un valiente: apoyaba a las tropas estadounidenses que se enfrentaban a una situación imposible. Por su parte, los conservadores pensaron que Murtha era un cobarde que optaba por el «dejarlo y salir corriendo» y no apoyaba a nuestras tropas. Lo que para una persona fue una muestra de valor, fue cobardía para otra.

Otro ejemplo es lo que podríamos llamar el movimiento «del derecho a casarse», que considera que los matrimonios entre personas del mismo sexo pertenecen al ámbito de la libertad personal. El gobierno no debería entrometerse en la que quizá sea la decisión personal y moral más importante de la vida: con quién se casa uno. Los progresistas lo comparan con la ampliación de los derechos que se produjo con la derogación de las leyes que prohibían los matrimonios entre razas.

George W. Bush también considera que tiene que ver con la «libertad», pero su razonamiento apuntó a la conclusión opuesta el 5 de junio de 2006, cuando el Congreso aprobó una enmienda constitucional para prohibir el «matrimonio gay»:

> En nuestra sociedad libre, las decisiones sobre una institución social fundamental como la del matrimonio debe tomarlas el pueblo. El pueblo estadounidense se ha pronunciado con claridad sobre este asunto a través de sus representantes electos y en las urnas. En 1996, el Congreso aprobó la Ley de Defensa del Matrimonio por una amplia mayoría de los dos partidos, tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado, y el presidente Clinton firmó esa ley. Desde entonces, diecinueve estados han celebrado referendos para modificar sus constituciones en el sentido de proteger la definición tradicional del matrimonio. En todos los casos, las enmiendas se aprobaron con mayorías claras, con una media del 71 por 100.[1]

Para la visión progresista del mundo, esto es un asunto de libertad personal que no compete al gobierno. Para la visión conservadora, el gobierno tiene la autoridad moral de decidir, y la libertad es el ejercicio del voto por parte de los representantes electos.

Esta divergencia se da porque los conceptos expresados con palabras como «libertad» son «conceptos disputados en su definición». Un concepto disputado es una noción que significa distintas cosas para distintas personas. El politólogo británico W. B. Gallie, usando ejemplos como «el arte» y «la democracia», fue el primero en describir sus características a finales de los años cincuenta.[2] Gallie y otros, sobre todo lingüistas, han constatado que los siguientes conceptos se repiten con cierta regularidad:

- Estos conceptos tienen un núcleo irrefutado que suele ser ampliamente aceptado (una manifestación típica del concepto sobre la que hay acuerdo en calificarla con ese concepto).
- Estos conceptos son valorativos; es decir, expresan determinados valores y la discusión que suscitan se plantea en el ámbito valorativo.
- No obstante, los conceptos no disputados tienen una estructura compleja, y cada variación en esa estructura puede dar pie a una versión disputada del concepto.

Los filósofos y los científicos creían que si un concepto era objeto de disputa en su definición era porque carecía de una lógica interna: cada cual tenía un punto de vista arbitrario sobre su definición. Pero puesto que la gente usa una y otra vez conceptos disputados de manera comprensible para los demás, esto sugiere que sí hay una lógica de la que se pueden sacar conclusiones. Esa lógica existe, como han demostrado los científicos cognitivos Alan Schwartz y George Lakoff.[3]

Fijémonos en seis valores básicos y veamos cómo se disputan su definición progresistas y conservadores; podremos observar igualmente cómo estas diferencias se corresponden con los principios políticos y los modelos familiares expuestos en el capítulo 4.

LA JUSTICIA DISTRIBUTIVA

Existe un principio electoral que vincula la justicia con la igualdad: es justo que cada voto tenga el mismo peso. Ningún voto vale por dos, y se cuentan todos los votos.

Es un principio básico con el que todo el mundo está de acuerdo, siempre y cuando dejemos de lado casos complejos. En las elecciones de Florida, ¿había que aceptar el voto por correo de los militares destinados en el extranjero, cuando esos votos se emitieron después de las elecciones y se sabía que el resultado estaba muy reñido? Allí donde se usaron las famosas papeletas «mariposa», ¿había que repetir el voto? ¿Cómo recontar las papeletas mal perforadas? El concepto disputado es aquí la propia definición de voto.

Si excluimos la definición disputada del voto, la lógica de la justicia aplicada al principio electoral queda clara. En términos generales, podemos decir que el núcleo no disputado del concepto de justicia es que la justicia es una «distribución imparcial».

La mayoría de los conservadores y de los progresistas estarían de acuerdo con este principio. Sin embargo, la idea de justicia contiene otros conceptos que sí pueden ser disputados: ¿cómo se define la imparcialidad? ¿Como un proceso de distribución de cosas? ¿De qué cosas, y a quién? ¿Cómo sería el proceso de distribución?, etc.

Según se aplique el modelo del padre estricto (conservador) o el modelo de los padres protectores (progresistas), obtendremos respuestas muy distintas. Estos modelos son los que explican la disputa en torno a la definición de justicia.

Véanse como ejemplo los programas de medidas de discriminación positiva para la admisión de alumnos en institutos y universidades públicas.

Para los progresistas, las medidas de discriminación positiva están motivadas por la empatía y son justas y correctas.

Ante todo, empatía hacia afroamericanos y los indios nativos, que a menudo viven en comunidades que aún sufren las consecuencias de la discriminación del pasado.

A continuación viene la empatía hacia las minorías pobres, que padecen discriminación cultural y que reciben peor educación, o no disponen de los conocimientos culturales necesarios para tener éxito en el mundo empresarial.

En tercer lugar, la empatía hacia las minorías, que no suelen tener fácil el acceso al ejercicio de determinadas profesiones (médicos, enfermeras, dentistas y abogados), a los servicios sociales o a la estructura empresarial (banqueros, agentes inmobiliarios o de bolsa).

Las medidas positivas están diseñadas para atender la misión moral de que todas las personas, sea cual sea su raza o etnia, reciban una educación superior. Las universidades forman parte del patrimonio común—incluso las universidades privadas, que reciben mucho dinero en forma de subvenciones gubernamentales y de reducciones de impuestos por su condición de organizaciones sin ánimo de lucro—y deberían servir al bien común; es decir, deberían atender a todos los sectores de la sociedad.

Con medidas positivas, los institutos y las universidades pueden formar a estudiantes de distintos orígenes, para que vuelvan a sus comunidades convertidos en médicos, abogados, profesores, trabajadores sociales, empresarios y ejecutivos. Esto mejoraría los niveles económicos y educativos y, por lo tanto, el bienestar de esas comunidades a largo plazo. Las medidas positivas son medidas de justicia, y corrigen una injusticia generalizada.

Para los conservadores, la justicia tiene que ver con la idea del hombre hecho a sí mismo. Si no lo ha conseguido, es culpa suya. Si la gente trabaja, puede lograrlo. Todo el mundo pasa por el mismo proceso; de ahí que sea un proceso justo. Para los

conservadores, las medidas positivas son injustas e inmorales, puesto que le dan a la gente algo (el acceso a la educación) que no se ha ganado.

Los conservadores ven el acceso a la educación desde un marco distinto al de los progresistas: como individuos que compiten por un premio, es decir, por la admisión en una universidad que les permitirá ganar dinero en el futuro. Al tratarse de una competición, el proceso debe ser justo e imparcial: debe basarse en la iniciativa y la disciplina individuales, y la imparcialidad queda asegurada si se evalúa exclusivamente con arreglo a criterios «objetivos», es decir, las calificaciones de los estudiantes en los exámenes.

Desde esta perspectiva, la empatía progresista es irrelevante. Las necesidades de las comunidades son irrelevantes. La discriminación cultural es irrelevante. La discriminación padecida en el pasado también es irrelevante. Lo único relevante es la disciplina individual, la iniciativa y los logros reflejados en las notas de los exámenes.

Esta diferencia quedó claramente de manifiesto en la Propuesta 209 de 1996, la «Iniciativa de Derechos Civiles de California»,[4] que establece que:

> El Estado no discriminará negativamente, ni dará un trato preferente a ningún individuo o grupo por motivos de raza, sexo, color, etnia u origen nacional en el empleo público, en la educación pública ni en los concursos públicos.

Parecería que quedaba abolida toda discriminación, y muchos progresistas votaron a favor porque aceptaron el modo conservador de enmarcar el acceso a la educación: como una competición entre individuos. Desde ese marco, las medidas positivas serían discriminatorias.

Lo cierto es que la Propuesta 209 acabó con los programas diseñados para eliminar la discriminación y consagró la discriminación sistemática. En resumen, la Propuesta 209 se aprobó porque «justicia» es un concepto disputado, los conservadores explotaron la ambigüedad de su definición y los progresistas cayeron en la trampa del marco conservador.

LA LIBERTAD

A lo largo de nuestra historia, los estadounidenses hemos luchado por la ampliación de las libertades: el derecho al voto, los derechos civiles y las libertades asociadas al desarrollo de los sistemas de educación pública, de salud pública, autovías, parques, bibliotecas o investigación científica. Se trata de libertades progresistas.

Pero han sido distorsionadas en nombre de un concepto muy diferente de libertad, en nombre de una «libertad» conservadora radical que se ajusta a la actual ideología conservadora. Los conservadores han ocupado las palabras «libertad», «libre» y «libertades». En enero de 2005, en el discurso inaugural de su segundo mandato, Bush

utilizó cuarenta y nueve veces estas palabras en veinte minutos.[5] En la página web de Jerry Falwell[6] y de James Dobson[7] no hay otra palabra que «libertad»: Universidad de la Libertad, Consejo de la Libertad, Alertas por la Libertad...

La «libertad» es un caso tipo de concepto disputado en su definición.

La noción no disputada de libertad puede definirse (grosso modo) como la capacidad de hacer lo que uno quiere, siempre y cuando no se interfiera en la libertad de los demás. Esto incluye la libertad de movimientos, la libertad de perseguir objetivos, la libre voluntad o la libertad política, es decir, que los ciudadanos elijan libremente quién gobierna un Estado; por otro lado, el gobierno, por ley, no puede interferir en las libertades básicas de los ciudadanos. Ésta es una definición mínima ampliamente aceptada.

Por otra parte, lo que se puede considerar como interferencia en las libertades individuales responde a una lógica, una lógica que se remite a nociones como coacción, daño, propiedad, oportunidad, equidad, justicia, derechos, responsabilidad, naturaleza o competición. Esta lógica se puede resumir como sigue:

- La coacción y el daño (y el miedo a los mismos) interfieren con la libertad individual.
- La propiedad y el dinero amplían la libertad individual. Quitar la propiedad y el dinero supone limitar nuestra libertad.
- La oportunidad es consustancial a la libertad.
- La injusticia interfiere con la libertad, al quitarnos lo que nos pertenece por derecho.
- La justicia contribuye a la libertad, puesto que aleja la injusticia, la coacción y el daño.
- Los derechos dan libertades de acceso; quitar el acceso es interferir con la libertad.
- La responsabilidad se ejerce, generalmente por otros, para que los propios derechos sean posibles. Por lo tanto, la libertad de acceso requiere que otros asuman su responsabilidad.
- La naturaleza no puede interferir con la libertad; sólo pueden hacerlo las personas. Si en un terremoto nos rompemos una pierna, el terremoto no ha interferido en nuestra libertad. Pero si un capo de la Mafia nos rompe la pierna, sí ha interferido en nuestra libertad.
- La competición no afecta a la libertad: el ganador de una competición no está interfiriendo en la libertad del perdedor.

Ésta es la lógica básica de la noción compartida de libertad, siempre y cuando nos atengamos a los significados no disputados de coacción, daño, propiedad, naturaleza, competición, etc. La definición de libertad pasa a ser objeto de disputa cuando estos conceptos entran en conflicto.

Para entender bien la disputa, analicemos qué constituye una «interferencia» en la libertad. ¿Tengo derecho a decir lo que quiera, aunque sea obsceno, o tienen los demás derecho a no ser ofendidos (interferidos)? ¿Debemos extender las libertades a los demás

para darles oportunidades? Si no tengo ropa, ni comida, ni vivienda, ¿soy libre? ¿Cuánta propiedad es necesaria para la libertad? ¿Tenemos que sacar más impuestos de los que más tienen para mejorar las libertades de los que menos tienen? Como podemos ver, la noción de libertad se complica en seguida.

Estas preguntas revelan que la definición de libertad puede ser muy disputada. Pero, como pasa con la justicia, la lógica de las respuestas depende de que se siga uno de los dos modelos paternos expuestos en el capítulo 4. Aplicar un modelo u otro a estas cuestiones dará como resultado respuestas diferentes y dos formas muy distintas de «libertad».

Si aplicamos la moralidad del «padre estricto» a los componentes de la libertad, tendremos la libertad conservadora; si aplicamos la moralidad protectora, tendremos la libertad progresista.

Por ejemplo, los progresistas y los conservadores reconocen que la propiedad puede mejorar la libertad. Los progresistas, basándose en el «principio de la dignidad humana», consideran que emanciparse de la necesidad es una libertad fundamental: así, para asegurar la libertad de los sin techo debemos contar con una red de seguridad social. De ahí que los progresistas consideren que la Seguridad Social, el bienestar y una cobertura sanitaria universal extienden la libertad.

Los conservadores tienen un planteamiento opuesto. Parten de la idea de que la autodisciplina es lo fundamental. Para ellos, no tener propiedades indica una carencia de disciplina y, por lo tanto, una falta de moralidad. Por ello, darle a la gente cosas que no se ha ganado crea dependencia, hace a las personas dependientes de los programas de ayudas sociales, las mantiene en la pobreza y les quita la libertad. No sólo eso, sino que los impuestos destinados a la Seguridad Social y a la cobertura sanitaria universal infringen la libertad del contribuyente, puesto que al quitarle su dinero reducen su libertad.

Lo que los progresistas consideran libertades esenciales, los conservadores lo consideran interferencias en lo esencial.

Consideremos los diferentes planteamientos existentes con respecto al mercado.

El argumento progresista

Los progresistas sienten empatía por las personas que sufren la pobreza en la nación más rica del mundo, y creen que la dinámica de la economía puede negar los derechos de la gente. Por ejemplo, si se trabaja ochenta horas semanales para ganar el salario mínimo de 5,15 dólares por hora, el mercado está interfiriendo en la libertad: la libertad de la necesidad, la libertad de oportunidades. Por ello, los progresistas consideran que el mercado es una cuestión de libertad. De acuerdo con el «principio del bien común», los progresistas creen asimismo que la Seguridad Social, la cobertura sanitaria universal y el

acceso a la educación universitaria—todos ellos, componentes del patrimonio común—pueden ayudar a que aquellos que se han empobrecido mejoren su nivel de vida y contribuyan de esta manera a liberarse de la necesidad.

El argumento conservador

Por el contrario, los conservadores creen que el mercado es un sistema «natural». Y como fenómeno «natural», el mercado—al igual que un terremoto o una tormenta—no puede interferir en la libertad de la gente. El gobierno no debería fijar precios «artificiales». Una ley que establezca que un empresario y un empleado no pueden acordar un contrato por menos de 5,15 dólares por hora está interfiriendo en el funcionamiento natural de la libertad.

La moralidad «estricta» de los conservadores estima que lo único que exige el mercado es disciplina. La disciplina es el mecanismo por el que se adquiere una propiedad. La propiedad es un añadido a la libertad de cada uno. La falta de disciplina significa falta de propiedad. La falta de propiedad significa falta de libertad.

En el libro *Whose Freedom*?, George Lakoff analiza estos y otros ejemplos de cómo la moralidad estricta y la protectora interpretan la libertad de diferentes maneras.

LA IGUALDAD

En casos sencillos, la igualdad es bastante fácil de entender. Dos y dos son tres más uno. «Dos más dos» y «tres más uno» definen la misma cantidad. Cuando se divide una tarta entre seis niños, cada niño recibe un trozo del mismo tamaño. Si un grupo relativamente pequeño de personas vota, la igualdad significa «una persona, un voto».

Por tanto, en casos sencillos, la igualdad tiene un núcleo irrebatible: la igualdad es igualdad de distribución.

Las cuestiones que sí suscitan disputa son: ¿qué es lo que se distribuye?, ¿a quién?, ¿cuál es el proceso de distribución?, ¿qué se considera como equiparable?, ¿quién hace la distribución?, y ¿con qué criterio práctico?

Las cosas se complican aún más si hablamos de igualdad social, política o legal, donde lo que se distribuye son votos, derechos, propiedad, acceso a Internet, admisiones universitarias, empleos, acceso al asesoramiento legal, licencias matrimoniales, tratamientos médicos, etc. En religión, la igualdad se refiere al igual acceso a Dios, en oposición al acceso mediado por un sacerdote o un pastor. En política, se refiere a qué votos cuentan, cómo hay que contarlos, quién puede presentarse, quién tiene acceso a los representantes electos, etc. En derecho, la igualdad ante la ley significa que todo el mundo tiene que recibir el mismo trato, sin que haya diferencias por razón de riqueza o rango.

Para entender lo disputada que está la definición de la igualdad en política, recordemos el debate constante entre progresistas y conservadores en torno a la igualdad de oportunidades y la igualdad de resultados.

Los conservadores aceptan la libertad de oportunidades, pero desde los marcos profundos conservadores, es decir, considerando que el mercado está abierto a todo el mundo y que, por lo tanto, no es necesario hacer nada más, excepto quitar al gobierno de en medio. Todo es una cuestión de iniciativa individual, de responsabilidad individual y de realización personal. Los conservadores hablan de «equidad»: una jerarquía del mérito, en la que el mérito se define por el éxito conseguido en el mercado. La equidad sustituye la igualdad de resultados por la jerarquía del mérito.

Para los progresistas, la empatía nos lleva a identificarnos con las necesidades de los demás. Un ejemplo perfecto es el discurso del presidente Lyndon B. Johnson en 1965, en la inauguración del curso escolar en la Universidad Howard:

> No basta con abrirle las puertas a la oportunidad; todos los ciudadanos tienen que tener la posibilidad de cruzar esas puertas... No buscamos la equidad legal sino la capacidad humana, no sólo la igualdad como un derecho y una teoría, sino la igualdad como un hecho y la igualdad como un resultado... De ahí que la igualdad de oportunidades sea esencial pero no suficiente; no basta.[8]

Los progresistas sentimos empatía hacia los demás, nos identificamos con ellos. Los hombres y las mujeres de todas las razas nacen con la misma *gama* de posibilidades. No con las mismas posibilidades, pero sí con la misma gama. Por eso, la igualdad de resultados no significa resultados idénticos sino la misma gama de resultados. Por ello creemos que si hay igualdad de oportunidades (como tiene que haber en democracia y en un sistema capitalista justo), tendría que haber igualdad en la distribución de los resultados. Es decir, con igualdad de oportunidades, debería haber el mismo número per cápita de médicos, abogados, científicos en la comunidad afroamericana que en la población en su conjunto; los ingresos medios en los hogares afroamericanos deberían ser iguales que los de la población en su conjunto. Sin embargo, esto no es lo que ocurre. Partiendo de la premisa de la «misma gama de posibilidades», los hechos revelan que no existe una igualdad real de oportunidades.

El marco de la «misma gama de posibilidades» es un marco común entre los progresistas. Tiene una función determinante en los argumentos progresistas clásicos. Primero, define los límites del racismo: negar ese marco y sostener que algunas razas tienen una gama más amplia de posibilidades que otras, significa ser, de hecho, racista. Segundo, partiendo de ese marco, la constatación de resultados distintos es una prueba fáctica de los efectos del racismo, del pasado o del presente. Los resultados están documentados estadísticamente en las tasas de mortalidad infantil, diferencias de ingresos, tasas de desempleo, etc.

Para rebatir el argumento conservador según el cual estos hechos demuestran que existen unas diferencias raciales en las posibilidades innatas que nada tienen que ver con el racismo, Lyndon B. Johnson, en su discurso en la Universidad Howard, habló de las consecuencias del racismo sobre las posibilidades. Obsérvese que dio por hecho que las causas no eran individuales sino sistémicas y complejas, tanto presentes como pasadas:

> Pero la posibilidad no es sólo producto del nacimiento. La posibilidad se desarrolla o se atrofia en virtud de la familia en la que se vive, del vecindario en el que se vive, de la escuela a la que se acude y de la pobreza o la riqueza del entorno. Esto es el resultado de centenares de fuerzas ocultas que influyen en el niño y finalmente en el hombre.
>
> Sabemos que las causas son complejas y sutiles...
>
> Primero, los negros están atrapados—como también lo están muchos blancos—en una pobreza heredada, sin opciones de salida. Carecen de formación y de aptitudes. Están encerrados en barrios marginales. No disponen de una asistencia sanitaria digna. La pobreza pública y la privada se combinan para limitar sus capacidades...
>
> Estamos intentando atajar estos males con nuestro programa contra la pobreza, nuestro programa por la educación, nuestra asistencia médica y nuestros programas de salud y una docena más de programas de la Gran Sociedad que atacan las raíces de esta pobreza.
>
> Pero hay una segunda causa, mucho más difícil de explicar, más arraigada aún, y más desesperada en su fuerza. Es la herencia devastadora de las causas de esta pobreza: un siglo de opresión, odio e injusticia.
>
> Porque la pobreza de los negros no es la pobreza de los blancos... Estas diferencias no son diferencias raciales. Son simple y llanamente las consecuencias de una antigua brutalidad, de la injusticia del pasado, del prejuicio de hoy en día.

Hemos seleccionado este discurso de Johnson para demostrar que los marcos y los argumentos progresistas sobre la igualdad no han cambiado en las cuatro últimas décadas, no obstante el paso del tiempo.

Los conservadores, por su parte, sí han operado un cambio al sustituir la igualdad por la equidad (la distribución basada en el mérito, en los merecimientos). Como era de esperar, los conservadores y los progresistas difieren en la definición del mérito en virtud de sus respectivos sistemas morales.

Para los conservadores, el mérito es el resultado de la disciplina. Puesto que su sistema moral aboga por que el premio sea proporcional a la disciplina y la capacidad, el mérito refleja la disciplina y la capacidad: horas trabajadas, productos fabricados o empresariado audaz son el reflejo de la disciplina de la persona y mecanismos para distribuir los recursos de manera equitativa (por el mercado, no por el gobierno).

Para los progresistas, el mérito se entiende desde el punto de vista de la protección: quien está en situación de necesidad merece ser ayudado. Esto satisface el principio de la «dignidad humana», y asegura que nadie se quede rezagado. Cumple también con el «principio del bien común», dado que las necesidades de los bienes públicos son necesidades legítimas que merecen nuestra atención, y no sólo las necesidades de un individuo.

Los ámbitos en los que últimamente se están centrando los conservadores para hablar de igualdad son los de la cultura y los valores familiares. John McWhorter sostiene que la razón del escaso éxito de los afroamericanos es la cultura negra, que no valora la educación; de ahí que los niños afroamericanos crezcan sin esforzarse en la escuela, ni en la vida.

David Brooks sostiene que son dos los problemas culturales que entorpecen la igualdad de resultados. El primero es la crisis de la familia nuclear que, según dice, ha provocado una falta de apego entre hijos y padres. El segundo es que la cultura de hoy ya no tolera el aplazamiento de la gratificación. Se trata de dos argumentos conservadores que vienen a decir que el gobierno tampoco podría hacer nada en favor de la igualdad de los afroamericanos. El mensaje es que la comunidad afroamericana tiene que resolver sus problemas por sí misma, aprender a decir «ya está bien» y empezar a fijarse en los empresarios, los dirigentes políticos y los intelectuales en lugar de admirar a jugadores de baloncesto, raperos, chulos y criminales. La parte encubierta del razonamiento de McWorther y Brooks es que usan los valores del modelo protector—la responsabilidad y el respeto al conocimiento—en contra de la función progresista del gobierno.[9]

No en vano, la preocupación por el apego familiar no conduce a Brooks a criticar las prácticas educativas conservadoras, como las de Focus on the Family de James Dobson, que promueve una educación basada en el modelo del padre estricto y está abiertamente vinculado a la política conservadora.

LA RESPONSABILIDAD

La diferencia entre las definiciones conservadora y progresista de la responsabilidad quedan bien reflejadas en la diferencia entre dos marcos de superficie que usamos los anglófonos para comprender el mundo. Esto resulta muy esclarecedor, puesto que esta diferencia entre marcos de superficie es fácilmente perceptible y remite directamente a nuestro sistema moral. Consideremos estas dos maneras de hablar de la responsabilidad:

- Cargar con el peso de una responsabilidad.
- Cumplir con una responsabilidad.

En la primera expresión, la responsabilidad es una carga que lleva una sola persona a lo largo de su vida. Esta carga dificulta el desenvolvimiento vital y, si la persona es demasiado débil para cargar con la responsabilidad, la culpa es suya y sólo suya. En la segunda expresión, hay un vacío que se debe llenar. Si la persona no lo puede hacer, entonces no es la persona adecuada para hacerlo, y otra persona más capacitada debería asumir la responsabilidad.

La responsabilidad progresista remite al marco de superficie de «cumplir con una necesidad», por empatía y usando el patrimonio común para el bien común. Un ejemplo claro es el del huracán Katrina.

Cuando se produce un desastre, los progresistas reaccionan generalmente con empatía hacia los afectados. El Katrina suscitó empatía por las víctimas. La visión progresista implica que todos ayuden en la medida de sus posibilidades. Y puesto que nuestro gobierno tiene poder para reunir los recursos colectivos, una manera de cumplir con nuestra responsabilidad de proteger a los demás es pagando impuestos. El gobierno destina parte de esos impuestos a atender las desgracias causadas por los desastres naturales. Si el gobierno lo hace, podemos seguir con nuestras responsabilidades personales: el trabajo, el cuidado de nuestras familias, etc. Los impuestos que pagamos también deberían haberse destinado a reforzar los diques.

La respuesta de los conservadores al Katrina fue asombrosamente diferente: en lugar de responsabilizar a Bush y al secretario de Seguridad Nacional, Michael Chertoff, fueron delegando las culpas: se llegó incluso a culpar a las víctimas por haber elegido vivir en Nueva Orleans. Siguiendo el principio conservador de la «responsabilidad individual», sólo se es responsable de uno mismo; de ahí que para los conservadores no resulte descabellado culpar a las víctimas. No se puede culpar a Bush si el gobierno no es responsable de la seguridad de los diques. Por ejemplo, Joe Allbaugh, antiguo director de la Agencia para Situaciones de Emergencia (FEMA) y director de la campaña electoral de Bush y Cheney de 2000, sostuvo ante el Subcomité de Créditos del Senado que había que reducir las subvenciones destinadas a la FEMA, ya que no era una agencia esencial para la seguridad de los estadounidenses. No asumió ninguna responsabilidad.

La responsabilidad conservadora también tiene dos vertientes: los que hacen las reglas y los que las siguen. Los líderes tienen la doble responsabilidad de imponer la disciplina (la autoridad moral), es decir, las reglas, y de repartir premios y castigos. Para el resto de nosotros, la responsabilidad consiste sencillamente en seguir las reglas y maximizar el bienestar personal: el nuestro y el de los demás.

El ejemplo del Katrina se ha convertido en una importante piedra de toque porque pone de manifiesto el efecto de las dos actitudes relativas al papel del gobierno en nuestras vidas y sobre el disputado concepto de responsabilidad.

LA INTEGRIDAD

La lógica básica de la integridad tiene una doble vertiente. Por un lado, significa decir lo que uno cree y luego actuar de forma consecuente. Y, por otro, significa la aplicación consecuente de un principio.

- La integridad progresista es la aplicación consistente del modelo protector.
- La integridad conservadora es la aplicación consistente de la severidad.

Puede parecer sencillo, pero estas dos frases denotan una notable diferencia en la interpretación de lo que es la integridad.

En la disciplina, la constancia es fundamental. La disciplina se aplica siempre de la misma manera, sin tener en cuenta las circunstancias. La persona disciplinada debe entender que toda acción tiene unas consecuencias directas e inmediatas, y que las consecuencias son siempre las mismas. La atención está centrada aquí en la constancia del proceso, en la *identidad/repetición* de la acción.

Sin embargo, para aplicar consistentemente la empatía hay que tener en cuenta las necesidades de las personas que reciben protección, no el proceso en sí. Para seguir siendo empático, hay que aplicar siempre el mismo nivel de atención. A veces esa atención requiere acciones diferentes o acercamientos distintos, según sean las circunstancias.

Volviendo a la política, podemos ver esta diferencia en cómo percibieron conservadores y progresistas la integridad del llamamiento de John Murtha a retirar las tropas de Irak. Para los progresistas, Murtha fue valiente y habló con empatía hacia el pueblo iraquí y, también, hacia nuestras tropas. Sabía que sería el blanco de duras críticas por hacerlo, pero, aun así, dijo lo que creía. Su compromiso con el principio de protección es un buen ejemplo de la visión progresista de la integridad.

Para los conservadores, el que Murtha, en un primer momento, apoyara la guerra para luego cambiar de opinión era exactamente lo contrario a la valentía y denotaba una total falta de integridad. Consideran que la posición inquebrantable de la administración Bush con respecto a Irak es una muestra de integridad. Lo que no consiguen ver en el caso de Murtha es que su apoyo inicial a la guerra se basaba en que creyó, con la información falsa que se difundió entonces, que con la intervención se protegería a los Estados Unidos y a los iraquíes. Y el compromiso de Murtha, en definitiva, no cambió, pues su llamamiento a la retirada seguía basándose en la preocupación por la seguridad de los estadounidenses.

Al igual que sucede con la justicia, la igualdad o la libertad, la integridad tiene significados muy distintos para los conservadores y para los progresistas. La cosmovisión conservadora vincula la disciplina a la integridad, de modo que integridad significa acciones reiteradas, que no cambian con las circunstancias. La integridad progresista es el resultado de vincular el principio de la protección a la integridad, es un compromiso constante con la protección que puede exigir medidas distintas según sean las circunstancias.

LA SEGURIDAD

Se suele acusar a los progresistas de preocuparse poco por la seguridad. No obstante, esta acusación no tiene una base objetiva sustentada en el análisis de las políticas progresistas, sino que es el resultado del dominio que la interpretación conservadora de lo que es la seguridad ejerce sobre el discurso público. En efecto, la seguridad también es un concepto disputado.

El núcleo irrefutable de la seguridad es ofrecer protección mediante la fuerza.

Pero la fuerza propiamente dicha es un concepto discutido, como podemos demostrar comparando dos situaciones. En la primera, imaginemos un muro que rodea una ciudad sitiada. Si el muro es fuerte, resistirá el ataque, y protegerá a la gente que está dentro de la ciudad. El muro es un poder que protege contra el uso de la fuerza.

En la segunda situación, imaginemos un puño intentando perforar un tabique. Si la persona es fuerte, atravesará el tabique. Esto es poder mediante el uso de la fuerza.

La primera situación representa la seguridad progresista: la seguridad por la protección. La segunda, la seguridad conservadora: la seguridad por el uso de la fuerza.

La respuesta de ambas ideologías ante la amenaza del terrorismo refleja esta diferencia. La respuesta progresista consiste en proteger nuestros puertos, nuestros puntos estratégicos y las infraestructuras, y en que nuestras tropas estén protegidas. Los progresistas abogaron por que los fondos federales se utilizaran para incrementar la seguridad portuaria, por ejemplo, y le exigieron al Departamento de Seguridad que protegiera los puntos estratégicos contra eventuales ataques terroristas, y que su presupuesto fuera transparente.

La estrategia de los conservadores fue claramente diferente. Su idea de la seguridad fue atacar.

Algunos progresistas votaron a favor del uso de la fuerza en Afganistán y en Irak porque creyeron que ambas guerras reforzarían la seguridad de los Estados Unidos. Cuando el ataque a Irak resultó no ser un asunto de protección sino una demostración de fuerza, los progresistas que habían apoyado la guerra se sintieron engañados. Y cuando la guerra de Irak llegó a su fin y dio paso a la ocupación del país, el asunto de la protección quedó definitivamente relegado, y los progresistas exigieron la retirada de las tropas, para protegerlas.

La idea conservadora de la seguridad en el territorio nacional se basa en un sistema judicial que dicte duras penas a los criminales (otro ejemplo de demostración de fuerza). La pena es necesaria para imponer la disciplina; de ahí, también, la insistencia de los conservadores en endurecer las penas a los reincidentes

La seguridad progresista se basa en la protección, de ahí que la seguridad interior revista una forma muy distinta. La mejor manera de prevenir el crimen no es la disuasión pura y dura (que, al menos en el caso de la pena de muerte, no funciona). La seguridad consiste en la aplicación sistemática de los principios progresistas.

La tasa de criminalidad es más baja cuando la pobreza es menor, de ahí que para darle seguridad a las comunidades haya que darle oportunidades a la gente y asegurar una vida decente para todos, es decir, extender el «principio de la dignidad humana». Por lo tanto, la prosperidad es crucial para la seguridad.

El «principio del bien común» exige que las comunidades seguras tengan buenas infraestructuras. Esto supone financiar no sólo la policía y los bomberos, sino también departamentos como la FEMA, el cuerpo de ingenieros militares, el Instituto Nacional de Meteorología y la sanidad pública, así como buenas escuelas y una cobertura sanitaria universal. Así pues, unas infraestructuras sólidas son cruciales para la seguridad.

El concepto de «seguridad» tiene las mismas características que todos los conceptos disputados que hemos mencionado. Los progresistas y los conservadores tienen distintos puntos de vista sobre su definición—y sobre el peso relativo de la fuerza y de la protección—, y estas diferencias son una consecuencia directa de sus diferentes visiones del mundo.

En este capítulo hemos articulado los valores progresistas básicos. El análisis de cada uno de estos valores ha demostrado que no basta con pronunciar las palabras «igualdad» o «responsabilidad», porque tanto los conservadores como los progresistas tienen sus propios puntos de vista sobre estos valores. Es necesario explicar cómo entendemos cada una de estas palabras. Sólo así podrán los progresistas recuperar los valores que los conservadores han usurpado y proponer su visión del país.

7

INICIATIVAS ESTRATÉGICAS

Pensar desde un punto de vista progresista es algo más que razonar con arreglo a la lógica, articular una visión del mundo o usar marcos y metáforas. El pensamiento más poderoso es el pensamiento estratégico. No se trata sólo de pensar adelantándose al futuro, sino de cambiar el contexto del pensamiento y de la acción. Se trata de desencadenar muchas cosas, poniendo en marcha tan sólo una cosa. Se trata de reconfigurar el futuro haciendo una cosa ahora. Los conservadores han sabido usar el pensamiento estratégico; los progresistas, no.

Las iniciativas estratégicas son propuestas políticas en un ámbito determinado que, sin embargo, tienen un impacto que va más allá del cambio directamente promovido. Son de dos tipos. El primero es el de la iniciativa multifacética, donde un cambio político específico incide en muchas áreas, y provoca una serie de resultados con tan sólo un cambio inicial.

La rebaja de impuestos, por ejemplo, es una iniciativa estratégica multifacética promovida por los conservadores. Con ella, no sólo se bajan los impuestos, sino que se matan todos los pájaros de un tiro: elimina tanto los programas sociales como la función protectora y reguladora del gobierno, que es el objetivo fundamental del movimiento conservador.

Otra iniciativa estratégica multifacética conservadora es la reforma de la «responsabilidad civil» que se ha presentado de tal manera que parece que tan sólo se han limitado los honorarios de los abogados y las cuantías de las indemnizaciones por daños y perjuicios. En realidad, supone entorpecer la capacidad del sistema judicial civil a la hora de disuadir a las empresas para que no causen daños a terceros, toda vez que los honorarios de los abogados son un elemento clave del funcionamiento del sistema. Por otra parte, si llegara a aplicarse, reduciría una de las principales fuentes de financiación de las campañas electorales de los candidatos progresistas, que es precisamente la que representan las donaciones de los abogados civiles.

Por parte de los progresistas, una iniciativa estratégica multifacética es la inversión en fuentes de energías renovables para mejorar la política medioambiental, aumentar la seguridad, crear empleo, desarrollar el Tercer Mundo y estimular la economía. George Lakoff ya analizó esta iniciativa en *No pienses en un elefante*.[1]

Un segundo tipo de iniciativa estratégica es la «iniciativa dominó». Con vistas a un objetivo más amplio, se hace un primer cambio político que provoca que los pasos siguientes resulten más fáciles o inevitables. El llamado *aborto por parto parcial* es una iniciativa conservadora «dominó» para prohibir el aborto. El cheque escolar *(school voucher)* es una maniobra similar para privatizar poco a poco el sistema educativo y conceder a las escuelas religiosas financiación pública y mayor peso educativo. El presidente Bush vetó la Ley sobre Investigación con Embriones porque la veía como el primer paso hacia la aceptación del aborto.

Las iniciativas estratégicas conservadoras tienen una característica: no explicitan sus objetivos reales. Por ello, cuando los líderes conservadores hablan de «rebaja de impuestos», nunca dirán que su meta final es eliminar las políticas progresistas y los programas sociales. Suelen definir estas metas estratégicas en privado, dentro de las paredes de sus *think tanks*, en las sesiones políticas y en reuniones cerradas. Así, en 1983, el Cato Institute publicó un artículo sobre la conveniencia de privatizar la Seguridad Social.[2] Aunque la propuesta no era secreta, el debate público en torno a los seguros privados de vida se enmarcó de tal modo que parecía que la privatización reforzaba la Seguridad Social pública, cuando la meta real era destruirla.

Pero esta necesidad de engañar tiene un lado positivo. Nos indica que los estadounidenses somos demasiado progresistas como para apoyar objetivos estratégicos como las rebajas fiscales y las privatizaciones. Los estadounidenses no quieren que se despoje al gobierno de sus funciones en la defensa del interés público. De ahí que muchas iniciativas estratégicas de los conservadores encubran sus metas: de lo contrario, la mayoría de los estadounidenses no las apoyaría.

Por otro lado, presentan sus iniciativas en términos positivos; de este modo, sus propuestas fiscales se presentan como «desgravaciones fiscales». Los conservadores enmarcan la propuesta como una ayuda a los individuos: les devuelven su dinero para que se lo gasten como quieran. De esta manera, la «rebaja fiscal» aparece como una política progresista: el gobierno ayuda a la gente y se muestra compasivo con ella.

Una manera de contrarrestar esos fines encubiertos es debatirlos abiertamente: ir más allá del marco que les dan los conservadores para señalar públicamente cuáles son sus fines reales.

Quizá no exista un asunto más importante que la guerra de Irak para demostrar cómo una iniciativa estratégica que se enmarca en términos progresistas encubre, de hecho, un objetivo a largo plazo de carácter conservador.

LA GUERRA DE IRAK

La justificación explícita de la invasión de Irak es conocida. Esa justificación se hizo en el marco de «la guerra»:

- Encontrar y destruir las armas de destrucción masiva.
- Derrocar a Saddam Hussein y liberar al pueblo iraquí para que instaurase su propia democracia.
- Permitir a los empresarios iraquíes crear un mercado libre.
- Utilizar los beneficios del petróleo iraquí para desarrollar infraestructuras para el pueblo de Irak.
- Hacer que Irak se convirtiera en un modelo de libertad, libre comercio y democracia en Oriente Medio.

Todos estos objetivos son, en términos generales, progresistas: de ahí el amplio acuerdo que la invasión suscitó al principio. Los estadounidenses querían creer que se estaba haciendo lo correcto, que se estaba promoviendo una sociedad libre y abierta, y que se estaban dando muestras de empatía hacia el pueblo iraquí. Al fin y al cabo, son los progresistas los que promueven la ayuda internacional, la protección de los derechos humanos y la idea de que los recursos de un país tienen que beneficiar a los ciudadanos de ese país. La administración Bush enmarcó la invasión de Irak en términos de misión humanitaria para ganarse así el apoyo de los progresistas y de los biconceptuales.

Sin embargo, al igual que ocurre con las «rebajas fiscales», la aventura iraquí esconde unas metas estratégicas que no suelen mencionarse públicamente pero que muchos progresistas han entendido. Y al intuirlas y comprender que las metas humanitarias no se lograrían o quedarían relegadas por las metas estratégicas, muchos progresistas se opusieron y se oponen a la invasión. Entre las metas estratégicas de la administración Bush que estaban detrás de la invasión de Irak figuran las siguientes:

- Demostrar que el orden mundial puede ser reconducido en beneficio de los Estados Unidos usando la fuerza militar y desplegando fuerza suficiente para intimidar a otros países de Oriente Medio.
- Usar la guerra—vinculada a la «guerra contra el terrorismo»—para autorizar poderes de excepción y reforzar el control político que el presidente y la administración ejercen sobre el país.
- Reducir el gasto en programas sociales para aumentar el presupuesto militar, y transferir la riqueza nacional y el poder a las empresas de defensa y a la industria petrolífera.
- Convertir Irak en un «estado cliente» controlable.
- Acceder a la segunda reserva mundial de petróleo.
- Establecer bases militares permanentes en el corazón de Oriente Medio para tener una posición estratégica, sobre todo frente a Irán.
- Usar la guerra para unificar la nación ante las elecciones de los Estados Unidos.
- Permitir que las empresas estadounidenses controlen gran parte de la economía iraquí.

- Privatizar las funciones militares para: *a)* reforzar el poder de las fuerzas armadas, *b)* incrementar los beneficios de las empresas armamentísticas, y *c)* encubrir acciones como la tortura y la corrupción.
- Sentar el predominio y la independencia de los Estados Unidos en los asuntos internacionales, ignorando la voluntad de nuestros aliados de la OTAN y de las Naciones Unidas.

Ninguna de estas metas es progresista, de ahí que los que promovieron la guerra no las mencionaran a menudo. Los estadounidenses son demasiado progresistas como para aceptarlas. Sin embargo, muchas de estas metas están enunciadas en publicaciones de los *think tanks* y en las revistas de derechas. Muchos de los arquitectos de la guerra—el vicepresidente Cheney, el ex secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el ex subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz, el embajador de los Estados Unidos en Irak, Zalmay Khalilzad, I. Lewis Libby (ex director del gabinete de Cheney), William Kristol (director del *Weekly Standard*) y el gobernador de Florida J. Bush, entre otros—apoyaron explícitamente esta agenda estratégica como parte integrante del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano en 1997.[3]

Si consideramos que estas metas estratégicas son el principal motivo de la invasión de Irak, entonces, lo que vemos ahora en Irak no es, como afirman los progresistas de manera insistente, el fruto de la «incompetencia».[4] Los arquitectos conservadores de la guerra y los responsables sobre el terreno tienen mucho menos interés por la misión humanitaria de la guerra que por estas metas estratégicas.

Los progresistas suelen caer en la «trampa de la lista de propuestas»: optan por iniciativas políticas limitadas, haciendo propuestas sobre temas concretos, presentando una multitud de programas específicos pero sin que ninguno recalque—o promueva—sus valores. A diferencia de los conservadores, los progresistas no tenemos iniciativas estratégicas multifacéticas de gran alcance.

Y precisamente porque actuamos programa a programa, tema por tema, no hemos logrado unirnos en un solo movimiento. Los ecologistas, los sindicatos, las feministas, los defensores de la sanidad pública, de los consumidores, de los inmigrantes, etc., trabajan en sus respectivos proyectos, con sus propios recursos, sus publicaciones, sus grupos de presión, etc.

Los temas y programas que estos grupos defienden son ciertamente importantes, pero actuando por separado no se puede ganar.

Sólo se ganará si actuamos de acuerdo con una estrategia. Tenemos que empezar a identificar iniciativas multifacéticas de largo plazo, que abarquen varios ámbitos, que unifiquen a los grupos progresistas y a las bases, que expresen nuestros valores comunes y que defiendan todas nuestras metas simultáneamente.

Y debemos actuar con estas iniciativas a nivel federal, estatal, regional y local.

Y a diferencia de los conservadores, podemos actuar estratégicamente sin esconder nuestras metas finales. Nuestras iniciativas promueven claramente el bien común. Nadie nos verá desmantelando el gobierno, reforzando la hegemonía estadounidense o actuando en detrimento del bien común.

Aunque son muchas las iniciativas estratégicas progresistas que nos pueden unir, vamos a analizar cuatro posibilidades a modo de ejemplo: elecciones limpias, alimentos sanos, empresas éticas y transporte para todos. Nuestro objetivo aquí no es fijar pautas ni dar una lista de medidas legislativas con las que promover estas iniciativas, sino desarrollar estos ejemplos para ilustrar el alcance que pueden tener estas iniciativas y cómo pueden promover los valores progresistas, así como ofrecer una oportunidad para que los progresistas colaboren y trabajen juntos como un movimiento.

ELECCIONES LIMPIAS

La mayoría de los estadounidenses sabe que la política no es del todo limpia, y que no lo es por la influencia corruptora del dinero. El reciente escándalo DeLay-Abramoff es tan sólo el último ejemplo. El libro *Hostile Takeover*, de David Sirota, ilustra cómo las corporaciones empresariales utilizan las donaciones políticas como inversión en futuros favores gubernamentales.[5] Nuestro sistema de financiación de las campañas electorales—un sistema que legaliza los sobornos y el quid pro quo—es el principal causante de esta situación.

Muchos políticos—tanto conservadores como progresistas—han abogado por la «reforma de la financiación de las campañas electorales», porque saben que los estadounidenses la reclaman. Pero la miríada de medidas legislativas adoptadas por el Congreso se ha limitado a abordar aspectos menores del problema. Algunas de esas medidas ni siquiera se han aplicado. Ha llegado el momento de que los progresistas aprovechen esta situación para apoyar con firmeza una iniciativa estratégica sin duda crucial: elecciones limpias.

La idea es sencilla: plena financiación pública para candidatos cualificados. Es decir, darle a los candidatos que demuestran tener un amplio apoyo social una subvención para llevar a cabo sus campañas. Si los candidatos aceptan los fondos públicos, tendrán que rechazar las donaciones privadas.

Una financiación pública transparente iguala las condiciones de los candidatos y garantiza que las elecciones serán justas, al eliminar la perversa influencia del dinero privado. Las elecciones son un bien común, y tendrían que financiarse con el patrimonio común.

Unas elecciones limpias no sólo reducirían el gasto electoral y atajarían la corrupción, sino que influirían en casi todas las cuestiones políticas, ya que incidirían en el funcionamiento básico de nuestro gobierno. Esta iniciativa ha sido calificada como «la reforma que hace posibles todas las demás reformas».

De hecho, unas elecciones limpias ahorrarían dinero público, mucho dinero público. Aunque esta medida suponga un gasto, se ahorraría mucho porque los cargos electos ya no tendrían que utilizar fondos públicos para devolverle—a veces, multiplicado por cien o mil—el favor a sus patrocinadores. Las «devoluciones» se suelen hacer mediante subvenciones, contratos públicos, modificaciones en las normativas, desgravaciones fiscales, etc., mecanismos por los que los intereses privados se sacian en el abrevadero público. Quizá las elecciones limpias sean la mejor manera de acabar con el gasto gubernamental en favores a las empresas, grandes transferencias desde el erario público a acaudalados accionistas. Lo público gana porque deja de perder.

Otro ámbito en el que lo público sale ganando es el de las propuestas que defienden el bien común y no el beneficio empresarial. Cuando los grupos progresistas proponen reformas—y poco importa lo populares o lo atentas al bien público que sean—, éstas suelen toparse con una dura resistencia en el Congreso (o en los consejos estatales o locales) porque las industrias invierten en nuestros cargos electos para que bloqueen esas propuestas.

Si queremos una cobertura sanitaria universal, tenemos que acabar con la influencia de las aseguradoras privadas y de las empresas farmacéuticas. Si queremos una política medioambiental sensata, tenemos que cerrar el grifo de las donaciones políticas que reparte la industria petrolífera, la de la madera, el carbón o la energía nuclear. Si queremos salarios decentes y condiciones laborales aceptables para los trabajadores, tenemos que cortar esos oleoductos de dinero que desde las grandes empresas van a acabar en los legisladores. Si queremos que nuestras comunidades tengan un desarrollo sostenible, tenemos que parar el flujo de dinero de los constructores inmobiliarios, que suelen ser los principales contribuyentes de las campañas políticas locales.

Si queremos que presupuestos locales, estatales y nacionales atiendan las prioridades de lo público —escuelas, transporte, sistema sanitario, parques, etc.—, tenemos que acabar con una influencia de los intereses privados que socava la voluntad del pueblo. Si queremos un presupuesto equilibrado y una política fiscal sanas, tenemos que acabar con las gigantescas subvenciones que se destinan a las corporaciones para agradecer las donaciones electorales. Si queremos que nuestros cargos electos hagan su trabajo, y dejen de dedicarse a recaudar fondos para la próxima campaña, tenemos que acabar con esas carreras por acumular donaciones. Si queremos tener más candidatos y candidatos que representen más opciones políticas, tenemos que acabar con las disparidades en la recaudación de donaciones.

Todo esto se consigue con unas elecciones limpias.

ALIMENTOS SANOS

Una responsabilidad fundamental del gobierno es la de fortalecer el bien común. Por ejemplo, esperamos de nuestro gobierno que mantenga nuestra agua limpia, para que podamos tener agua potable. Esperamos del gobierno que gestione y proteja nuestros bosques y parques, para que nuestros hijos puedan disfrutar de las maravillas de la naturaleza. Esperamos del gobierno que regule la producción farmacéutica, para que los medicamentos sean seguros. Aunque no siempre se cumplan estas expectativas, estos son, sin embargo, objetivos que queremos que se cumplan; son nuestros objetivos.

Lo mismo cabe decir de los alimentos.

Por desgracia, nuestro gobierno rehúye esta responsabilidad. Apoya la agricultura intensiva, cuya producción suele destinarse a la fabricación, por grandes empresas, de alimentos preparados. Estas comidas preparadas tienen pocos nutrientes y muchas calorías, y están provocando una pandemia de obesidad. Peor aún, las subvenciones gubernamentales hacen que la comida precocinada resulte más barata que las verduras frescas y la comida sana.

Estamos en plena crisis alimenticia.

Una crisis a la que el gobierno federal ha contribuido de forma activa. Por ejemplo, el gobierno federal gasta más de 20.000 millones de dólares al año en subvenciones a la producción de maíz.[6] Esto genera un excedente de maíz que se destina a producir comida preparada. El maíz se transforma en jarabe con alto contenido en fructosa o alimenta animales amontonados en explotaciones industriales cuya carne se vende luego a precios bajos.

Otras subvenciones van a la producción de otros productos agrícolas básicos—cultivados casi siempre en grandes explotaciones—como el trigo, el algodón, la soja, el tabaco o el pienso para el ganado. A menudo, son los intermediarios—y no los agricultores que trabajan la tierra—los que se benefician de esas subvenciones. Empresas agroindustriales como Archer Daniels Midland y Cargill consiguen suministros muy baratos, subvencionados por el gobierno, para la producción de comida preparada. La agricultura industrial—con alto consumo de gasolina—también recibe petróleo subvencionado por un importe de unos cuantos miles de millones de dólares al año.

Y a mayor abundamiento, los contribuyentes deben asumir el gasto de esta «externalización» de los costes de la agricultura industrial: procesando las aguas contaminadas por los pesticidas; tratando la obesidad, la diabetes y otras enfermedades relacionadas con la alimentación; descontaminando el aire de fertilizantes o gestionando los desechos...

La política del gobierno tiene mucho que ver con la variedad y la calidad de los alimentos que están a nuestro alcance. Ya es hora de que empecemos a reorientar este sistema con una iniciativa global en defensa de una alimentación sana.

Esta iniciativa exige un cambio fundamental en la política del gobierno: usar las enormes subvenciones destinadas a la industria agroalimentaria para crear un sistema alimentario sano y asequible. Esto no ocurrirá de la noche a la mañana: se trata de una

iniciativa a largo plazo que nos acabará proporcionando un sistema agrícola sostenible.

Hagamos un pacto con los agricultores del país, con los granjeros, los pescadores y con todos los que nos proporcionan los frutos de la naturaleza. A cambio de producir alimentos más sanos y de preservar la santidad de la tierra y de nuestros bienes comunes para las generaciones futuras, invertiremos en una agricultura sostenible. Esto se puede hacer en varios ámbitos: local y regional (donde empezó esta iniciativa), estatal o nacional.[7]

Esto se puede hacer de muchas maneras. Podemos ofrecer beneficios fiscales a los agricultores que limiten el uso de pesticidas y herbicidas, lo que reduciría la presencia de sustancias cancerígenas en nuestra comida. Nuestra política fiscal puede favorecer las explotaciones agrarias familiares, en lugar de las explotaciones industriales. Cuando las explotaciones pertenecen a familias, hay un interés y un orgullo personal por la calidad de la comida, por la protección del ecosistema local, etc. Muchas políticas gubernamentales se mantendrían, pero orientadas a garantizar el precio de los productos de la agricultura sostenible. El gobierno podría tener una enorme incidencia en la reducción del precio de los alimentos saludables, orgánicos, sostenibles y comercializados localmente.

Ofrecemos estas ideas como meras opciones. Los progresistas deberán decidir conjuntamente cómo articular esta iniciativa. Se trata de protección: el gobierno tendría que garantizarnos alimentos sanos. Se trata de igualdad: alimentos buenos y sanos no tienen que ser un lujo reservado a unos pocos. Se trata de diversidad: tener un sistema de policultivos y productos variados. Es una extensión de derechos: todo el mundo debe tener acceso a alimentos sanos. Es utilizar el patrimonio común para el bien común, para promover la salud pública y mejorar la calidad de vida.

Los beneficios de esta iniciativa estratégica no acaban ahí.

Tendría consecuencias positivas sobre la salud pública. La comida precocinada y las cadenas de comida rápida nos están haciendo gordos y enfermizos. Este fenómeno se manifiesta con especial intensidad en las comunidades con ingresos bajos y entre las minorías. Por culpa de enfermedades relacionadas con la alimentación, la actual generación de niños es la primera en la historia de nuestro país que tendrá una esperanza de vida más reducida que la de sus padres.[8] Por lo tanto, una iniciativa a favor de los alimentos sanos es una cuestión de clase, una cuestión de raza y una cuestión de salud pública.

La agricultura industrial consume grandes cantidades de petróleo, erosiona el suelo, contamina el aire y el agua con productos químicos, etc. Por lo tanto, esta iniciativa es también una cuestión medioambiental y de política exterior. Si cambiamos nuestro sistema de producción de alimentos, reduciremos notablemente nuestra dependencia energética.

Esta iniciativa estratégica también promovería los mercados agrícolas locales donde los agricultores puedan vender directamente sus productos: los mercados locales son un medio excelente para disfrutar de la calidad de los alimentos y crear lazos comunitarios.

Establecería también lazos entre los centros urbanos y las comunidades rurales. Por lo tanto, una iniciativa a favor de los alimentos sanos es también una cuestión cívica y una cuestión de calidad de vida.

La incidencia de las subvenciones agrícolas no acaba en nuestras fronteras. Gran parte de nuestros excedentes agrícolas se venden en el extranjero, a precios inferiores a los de mercado, puesto que están subvencionados. Esto ha forzado a muchos agricultores de subsistencia de países del Tercer Mundo a abandonar sus tierras, porque no pueden competir con los precios subvencionados. Paradójicamente, estas subvenciones han fomentado tanto la obesidad como el hambre, como ha señalado Michael Pollan:[9] nosotros engordamos mientras los extranjeros se mueren de hambre. Esos agricultores han dejado sus tierras para buscar otro trabajo, y también han emigrado, a menudo hacia los Estados Unidos. Así pues, la iniciativa a favor de alimentos sanos también sería una cuestión de lucha a escala mundial contra el hambre y la pobreza, una cuestión económica y una cuestión de inmigración.

Por último, el monocultivo industrial—el cultivo de un solo producto en una explotación agrícola—ha aumentado el tamaño de las explotaciones y mejorado su eficiencia (en términos de trabajador por hectárea, no necesariamente de producción por hectárea). Esto ha provocado un éxodo rural. Por otro lado, la homogeneidad de nuestra agricultura supone un riesgo. Si cultivamos un solo producto y practicamos la ganadería intensiva, un año con mal clima (digamos, provocado por el cambio climático) o una enfermedad (gripe aviar, enfermedad de las vacas locas) puede eliminar gran parte de la producción. Con la diversificación, podremos proteger mejor nuestro sistema alimenticio. Por ello, la iniciativa es, también, una cuestión de vitalidad rural y una cuestión de seguridad.

Asimismo, una iniciativa a favor de alimentos sanos puede unir a los progresistas. Puede unir a los ecologistas, a los defensores de los derechos laborales, a los partidarios del comercio justo, a los defensores de la justicia social, a los activistas por los derechos civiles y a muchos más.

EMPRESAS ÉTICAS

El mercado es un mecanismo para mejorar el bien común. Como vimos en el capítulo 5, se considera que el mercado fracasa si no consigue cumplir con esta expectativa. Las reglas que rigen el mercado deberían crear incentivos para mejorar el bien común, pero también deberían castigar las violaciones del bien común.

Desgraciadamente, los actuales estatutos de las corporaciones empresariales—un privilegio legal que se concede a las empresas—están muy lejos de cumplir con esas expectativas. La meta principal de las corporaciones es maximizar el beneficio de sus accionistas. Esto genera una tendencia a reducir los costes laborales y la cobertura médica de los empleados, a jugar con las leyes medioambientales y a externalizar costes

todo lo posible. El único incentivo real para que una corporación actúe en beneficio del bien común es que gane dinero con ello. Por lo general se ciñen a cuidar sus relaciones públicas: si los actos de beneficencia o a favor de las comunidades dan una buena imagen a la empresa, se hacen.

Esto no significa que todas las corporaciones sean perversas. Muchas son buenas y prestan servicios excelentes y esenciales. Y muchas personas que trabajan en esas corporaciones lo hacen con espíritu de servicio público y considerando que su misión en la empresa consiste en mejorar el bien común. Pero con demasiada frecuencia, las grandes empresas dañan el interés público porque así se lo imponen sus estatutos. Si los administradores no maximizan los beneficios corporativos, los accionistas los pueden demandar.

Esto no tiene por qué funcionar así. Los planteamientos generales en torno a las empresas éticas son de dos tipos. Uno consiste en no modificar el modelo corporativo en su esencia pero cambiar las reglas y la naturaleza del mercado donde operan las corporaciones. La idea, que defendió el fundador de Working Assets, Peter Barnes, consiste en asignar derechos de propiedad sobre los bienes comunes a todos los ciudadanos—es decir, crear un Fondo del aire, un Fondo del océano, un Fondo de la cuenca hidrográfica, un Fondo de la tierra, un Fondo de Internet, un Fondo del espectro electromagnético—y cobrar a las empresas el uso de esos bienes comunes (que en la actualidad usan de manera gratuita). Por ejemplo, para lentificar el calentamiento de la Tierra, un Fondo del aire ofertaría una determinada cantidad anual de créditos de emisión de gases de efecto invernadero y las empresas tendrían que pujar para comprar esos créditos que les autoricen emisiones dentro de los límites fijados en cada crédito. Todos los años se cerraría un poco más el grifo, consiguiendo que se emitieran cada vez menos gases de efecto invernadero a la atmósfera. Esto favorecería la reducción del calentamiento global. Contribuir a lo contrario resultaría, a la larga, muy oneroso para las empresas. El dinero obtenido mediante este sistema se podría destinar a limpiar nuestra atmósfera e invertir en energías renovables.

Como ocurre con la Reserva Federal, estos fondos los administrarían gestores federales, personas ajenas a las presiones políticas encargadas de velar por nuestro patrimonio común en beneficio del interés público y de las generaciones venideras. Los gestores tendrían la responsabilidad fiduciaria de dejar, como dijo John Locke, «lo más posible y lo mejor posible» a los demás, incluyendo a nuestros hijos.[10]

El dinero generado por estos fondos se podría destinar a limpiar el aire, invertir en energías renovables, dar formación profesional a quienes se han quedado en el paro por culpa de la subcontratación y a una multitud de proyectos que promuevan el bien común. Ésta es la idea propuesta por Barnes en su libro *Capitalism 3.0*.[11]

El otro planteamiento respecto a la empresa ética propone un cambio en las reglas corporativas de modo que en la estructura directiva de las empresas queden representados los intereses de todas las partes; es decir, también de ciudadanos,

trabajadores, comunidades, ecosistemas, etc., que sufren el impacto de la acción de las corporaciones pero no son necesariamente accionistas de las mismas. Las corporaciones deberían renovar sus estatutos de vez en cuando—digamos, cada diez años—y, al renovarlos, deberían demostrar su compromiso con los intereses de todas las partes y su responsabilidad social. De esta forma, ninguna empresa deberá sacrificar los intereses de la comunidad para obtener mayores márgenes de beneficio. Para demostrar su compromiso social, cada corporación podría aumentar los salarios, limpiar el ecosistema local, adoptar medidas para reducir la contaminación, patrocinar equipos deportivos locales y un largo etcétera.

Una iniciativa estratégica en el ámbito de las empresas éticas podría seguir uno de los dos planteamientos mencionados, o combinarlos. Esta iniciativa serviría para desarrollar la idea progresista del bien común y contrarrestar la noción conservadora del «mercado libre». Como cualquier otra iniciativa estratégica, haría converger a todos los progresistas. Por tratarse de una cuestión laboral, ya que los trabajadores tendrían una participación en la propiedad de las empresas. Por tratarse de una cuestión medioambiental, ya que cambiaría las reglas del mercado para que las empresas no dañen nuestros bienes comunes. Por ser una cuestión que atañe a las comunidades, ya que promovería la idea de que las empresas tienen que favorecer las comunidades donde están ubicadas y de las que se sirven. Y por tratarse de una cuestión de salud, ya que reduciría la contaminación.

TRANSPORTE PARA TODOS

La manera de movernos configura casi todo lo que constituye nuestra nación. Nuestra dependencia del coche contamina, perjudica la salud, condiciona la movilidad social y económica y nos hace dependientes del petróleo extranjero. Con un cambio multifacético desarrollado a lo largo de muchos años, una iniciativa de «transporte para todos» podría eliminar todos eso males. Expuesta de manera simple, la idea consistiría en coger los 70.000 millones de dólares que se destinan anualmente a subvencionar el precio de la gasolina—alimento esencial de nuestra cultura automovilística—y dedicarlos a la construcción y promoción de sistemas de transporte público. Esta iniciativa también podría financiarse con los 250.000 millones de dólares que se destinan todos los años a mantener y ampliar nuestra red de carreteras.

El transporte para todos significa desarrollar y mejorar el transporte público en los ámbitos local, regional y federal. Significa invertir en autobuses y trenes ligeros en las áreas urbanas creando redes de transporte limpio, práctico, seguro y asequible. Significa que los centros de nuestras ciudades sean más agradables para los peatones y los ciclistas. Significa desarrollar los transportes de cercanías que comuniquen los centros urbanos y los núcleos suburbanos. Significa invertir en trenes de alta velocidad, para

transportar personas, bienes y servicios de una ciudad a otra. Estas redes, que se extenderían por los centros urbanos y se conectarían con los núcleos suburbanos, unirían todas las áreas en las que ahora se usa el coche.

El transporte para todos es también una cuestión de valores. Mejorar el transporte público significa darle a todos los estadounidenses la libertad de acceder en condiciones de igualdad a las oportunidades sociales y económicas que mejoran nuestra calidad de vida. Invertir en transportes alternativos significa usar el patrimonio común para el bien común. Amplía la libertad y crea una diversidad de medios de transporte.

El transporte para todos es una iniciativa estratégica progresista con la que se conseguirían simultáneamente muchos otros objetivos.

Se trata de una cuestión económica. Aumentaría la movilidad de los bienes y de la mano de obra. Revitalizaría los barrios marginales. Generaría crecimiento e incentivaría el desarrollo.

Es una cuestión laboral. Crearía muchos puestos de trabajo: obreros, ingenieros, conductores de autobús, operadores ferroviarios, administrativos, taquilleros, etc. Muchos de estos empleos estarían sindicados, lo cual reforzaría la capacidad sindical en la negociación de convenios colectivos y en la mejora de los centros de trabajo.

Es una cuestión medioambiental. Conocemos bien la relación entre los combustibles fósiles y el medio ambiente. Los combustibles emiten gases de efecto invernadero que desestabilizan el clima. El transporte colectivo reduce la dependencia de los combustibles fósiles y ataja algunos de los peligros del calentamiento global.

Es una cuestión de salud pública. La calidad del aire que respiramos es pésima y sigue empeorando. Los gases de nuestros coches están provocando una contaminación del aire que aumenta los riesgos para la salud y mata a decenas de miles de estadounidenses cada año, sin hablar de los millones de dólares que se gastan anualmente en cuidados médicos por este motivo.[12] Y no hace falta que recordemos el daño físico, emocional y económico de los 6 millones de accidentes de tráfico que se producen todos los años. Un buen transporte público nos permitiría prescindir paulatinamente de esta tecnología sucia y peligrosa. Salvaría a millones de estadounidenses de la enfermedad y de la muerte, y ahorraría mucho gasto público en atención médica.

Es una cuestión de seguridad nacional. Vencer nuestra adicción al petróleo no sólo beneficia a la salud humana y al medio ambiente, sino que además protegería nuestra nación. Una mayor autonomía energética nos liberaría de nuestra peligrosa dependencia de una región políticamente volátil.

Con esta iniciativa, los trabajadores, los economistas, los ecologistas y los defensores de la seguridad estarían unidos en un mismo proyecto. Una inversión en una iniciativa estratégica de transporte para todos es una inversión en libertad, salud y en la economía y la seguridad nacionales.

Ya es hora de que los progresistas empiecen a pensar en términos estratégicos. Las estrategias más efectivas a largo plazo empiezan con actividades habituales: comer, desplazarse al centro de trabajo y trabajar en empresas. Empecemos por lo que configura lo cotidiano.

8

EL ARTE DE ARGUMENTAR

Veamos cómo encaja todo: las cosmovisiones, las visiones morales, los valores, los principios, los marcos y el lenguaje. Todo converge en los razonamientos políticos. Analizando los razonamientos, descubrimos que los más efectivos y exitosos tienen unas mismas características:

- Parten de premisas morales, es decir, versan sobre lo justo.
- Usan versiones de valores disputados enmarcadas dentro de determinada cosmovisión moral.
- Tienen una estructura narrativa explícita o implícita; es decir, cuentan historias con héroes, villanos, víctimas, temas conocidos, etc.
- Sirven como contraargumentos: debilitan los argumentos del contrario.
- Tienen marcos que delimitan el problema y la solución.
- Usan marcos corrientes (marcos tan conocidos que, sean verdaderos o falsos, resultan inmediatamente familiares).
- Usan un lenguaje con marcos de superficie que evocan marcos más profundos.

Nada de esto es nuevo: los lingüistas lo conocen desde hace mucho tiempo. Pero es importante que sepamos cómo funciona si queremos sacar provecho de estos conocimientos.

OBAMA Y EL IMPUESTO DE SUCESIONES

Analicemos un ejemplo de razonamiento efectivo. He aquí las palabras del senador por Illinois Barack Obama a propósito de la propuesta de reducir el impuesto de sucesiones, tal y como las publicó en su página web el 7 de junio de 2006:[1]

> Primero, llamemos a este regalo de 3.000 millones de dólares por su nombre: la «rebaja Paris Hilton». Se trata de regalarle millones de dólares a los herederos y herederas millonarios en un momento en el que los contribuyentes estadounidenses no se lo pueden permitir...
>
> Quiero que el pueblo americano elija. Si la gente quiere que el gobierno se gaste 1.000 millones de dólares —más del doble de lo que nos hemos gastado en Irak, Afganistán y la guerra contra el terrorismo—en una reducción de impuestos para multimillonarios, entonces, el Partido Republicano es su partido.

> Si el pueblo de los Estados Unidos quiere pedir prestados a los chinos unos cuantos miles de millones de dólares más, gastar miles de millones más en pagar el interés de nuestra deuda y ver cómo se reduce en algunos miles de millones de dólares el presupuesto destinado a la sanidad, la educación y el fondo para la reconstrucción de la costa del Golfo, entonces la «rebaja Paris Hilton» es la rebaja que ustedes quieren.
>
> Esta propuesta no pretende salvar las pequeñas empresas ni las explotaciones agrícolas familiares. Sí se pueden reformar los derechos de sucesión para proteger a estos estadounidenses. Podemos fijarlos en un nivel en el que ninguna empresa pequeña y ninguna explotación agrícola familiar se vea afectada, y lo podemos hacer de tal manera que no nos cueste 1.000 millones de dólares. De hecho, hemos propuesto una y otra vez que se reformen los derechos de sucesiones en ese sentido...
>
> Quisiera hacerle una sola pregunta al pueblo de los Estados Unidos. En momentos como éste, con nuestro país endeudado, luchando para financiar una guerra en Irak, otra guerra en Afganistán, la seguridad de nuestra patria, la protección de nuestras tropas, la sanidad para nuestros trabajadores y la educación para nuestros hijos; en un momento con tantas necesidades, ¿se imagina abrir la revista *Forbes* para ver la lista de los cuatrocientos estadounidenses más ricos y darse cuenta de que nuestro gobierno les ha regalado a las personas de esta lista más de 1.000 millones de dólares en exenciones fiscales?
>
> Yo sé que no me lo puedo imaginar. Y apostaría a que la mayoría de los estadounidenses tampoco se lo puede imaginar. Por ello, si los republicanos quieren plantear su «rebaja Paris Hilton» para usarla luego en su campaña electoral, que lo hagan. Porque no se me ocurre mejor manera de dejar clara la diferencia entre sus prioridades y las nuestras.

Estos comentarios tienen muchos aspectos dignos de destacar, y merece la pena que los analicemos con detenimiento. Lo que los convierte en un buen argumento progresista es la visión moral y los principios políticos que los sustentan. Primero, hay empatía: una preocupación por la nación, por la seguridad de nuestros soldados, por la salud de nuestros trabajadores y por la educación de nuestros hijos. Segundo, se entiende la fiscalidad como el uso del patrimonio común al servicio del bien común: un sistema sanitario para todos y un sistema educativo que necesita financiación.

Obama también se refiere a una imagen corriente asociada al dinero; en concreto, recurre al marco de la equivalencia económica: dos acciones económicas que parten de la misma premisa y producen el mismo resultado son dos acciones equivalentes. Obama menciona dos ejemplos:

1. No recaudar 1.000 millones de dólares en derechos de sucesión equivale a darles 1.000 millones de dólares de los contribuyentes a los ricos herederos y herederas.

2. No gastar 1.000 millones de dólares de los contribuyentes donde los ciudadanos de los Estados Unidos lo necesitan desesperadamente equivale a quitarles 1.000 millones de dólares a los ciudadanos en situación desesperada.

Si juntamos los puntos 1 y 2, tenemos el punto 3 como conclusión:

3. O se gastan 1.000 millones de dólares del dinero de los contribuyentes en necesidades apremiantes de los ciudadanos de los Estados Unidos, o se les dan 1.000 millones de dólares a los ricos herederos y herederas.

Su argumento establece un marco que define una cuestión: ¿qué es el impuesto de sucesiones?

Los millonarios estadounidenses pagarán la mitad de sus fortunas... ¡pero sólo cuando hayan muerto! La otra mitad irá a sus herederos—los Paris Hilton de este país—, que no se la han ganado con su trabajo.

Pregunta: ¿qué tendríamos que hacer nosotros, los contribuyentes, con los 1.000 millones de dólares que se nos deben? ¿Tendríamos que invertirlos en las infraestructuras educativas y sanitarias para beneficiar a los millones de ciudadanos más necesitados y trabajadores? ¿O tendríamos que darles la espalda y regalárselos a los herederos que quieren toda la fortuna— y no sólo la mitad—que no ganaron con su trabajo?

Ésta es la cuestión; y la respuesta está en la pregunta misma.

Si se tiene empatía, compromiso con el bien común y sentido de la justicia, la respuesta es evidente: como dicta el principio de justicia, hay que recibir lo que uno se merece. Las personas trabajadoras y necesitadas se merecen las escuelas y los hospitales que estos dólares pueden construir más que los herederos que no se han ganado un dinero del cual, no obstante, recibirían la mitad.

El planteamiento de Obama sigue una estructura narrativa con héroes y villanos: eliminar el impuesto de sucesiones es una amenaza a las personas más vulnerables, ya que le quita el dinero a los que más desesperadamente lo necesitan. Son las víctimas. Los villanos son los que se lo quitarían: los legisladores conservadores y las familias más ricas de este país, que se han gastado millones de dólares presionando para que se reforme el impuesto. El héroe, el salvador, es Usted, el votante, que puede cambiar el destino de la nación. Convenza a sus legisladores para que voten por lo que es moral y no les vuelva a votar si se niegan a hacer lo correcto.

Las deducciones estructuran su razonamiento y Obama las subraya claramente: mantener el impuesto de sucesiones nos permite utilizar 1.000 millones de dólares donde más se necesita—en nuestras infraestructuras de salud y de educación y en la protección de nuestras tropas—, en lugar de regalárselos a personas que ni lo necesitan ni se lo merecen.

Tú—el ciudadano, el contribuyente—puedes rescatar a decenas de millones de personas necesitadas de las garras de los villanos conservadores que quieren transferirles 1.000 millones de dólares del patrimonio común de los estadounidenses trabajadores a ricos herederos que ni se han ganado ese dinero ni lo necesitan.

Por último, los comentarios de Obama están cuidadosamente construidos para minar los argumentos de los conservadores, que suelen enmarcar los programas sociales financiados con impuestos como regalos gubernamentales a personas que no se los merecen. Obama le da la vuelta al marco de «impuestos como regalos» para producir un marco en el que las rebajas fiscales son regalos a los ricos, y los derechos de sucesiones son una transferencia de la riqueza de los contribuyentes corrientes a individuos ricos, un marco que expresa una verdad fundamental.

Merece la pena señalar que este razonamiento no es perfectamente progresista. El «principio del bien común» tiene dos partes, y este argumento sólo se refiere a la primera. Aludir implícitamente al hecho de que el patrimonio común sólo puede servir al bien común si la riqueza se gestiona desde lo público (y no por los individuos) es importante. Sin embargo, también lo es la idea de que las oportunidades que produce el patrimonio común permiten la acumulación individual de riqueza. Como tal, todo el mundo tiene la responsabilidad de contribuir al patrimonio común de forma proporcional a los beneficios que ha sacado de él. Falta esta parte del principio del bien común en el razonamiento de Obama.

No obstante, los planteamientos de Obama contienen los elementos básicos del razonamiento político que pueden aplicarse a todo tipo de cuestiones progresistas, no sólo al impuesto de sucesiones: el impuesto sobre la renta, la concesión por subasta de ondas radiofónicas, los derechos de pasto en suelo público o la privatización de tierras públicas.

La idea principal de este marco es que el dinero tiene que quedarse en el patrimonio común (o en manos del gobierno) para que se destine al bien común.

CÓMO FUNCIONAN LOS MARCOS ARGUMENTALES

Demos un paso atrás y analicemos el marco general del razonamiento, que, junto a los valores y a los nodos estructurales ya señalados, delimita la posición progresista sobre el impuesto de sucesión. Recordemos que los marcos no tienen que ver sólo con las palabras. Los marcos son las estructuras mentales gracias a las cuales entendemos el mundo e interactuamos con él. De hecho, los marcos se pueden construir incluyendo otros marcos, como ocurre con los marcos argumentales. El marco general de un argumento incluye valores morales, principios fundamentales, marcos que definen cuestiones, marcos de uso corriente, marcos de superficie y deducciones. Los marcos argumentales se pueden usar para razonar sobre muchas cuestiones. Si un marco que define una cuestión está «enchufado», podemos aplicar el mismo marco argumental a muchas cuestiones.

Tomemos el ejemplo del marco del «patrimonio común para el bien común»:

Valores morales: empatía y responsabilidad. Nos preocupa la suerte de la gente y tenemos la responsabilidad de actuar conforme a esa preocupación.

Principios fundamentales: *a)* el bien común (los objetivos individuales dependen del uso del patrimonio común para el bien común), y *b)* la justicia (es injusto quitar recursos económicos de los recursos comunes para transferirlos a individuos ricos que no los necesitan).

Marco que define una cuestión: los derechos de sucesión. (Como hemos dicho, aquí pueden incluirse otras cuestiones.)

Marco de uso corriente: el marco de equivalencia económica. No recibir el dinero que nos corresponde equivale a regalarlo. No dar el dinero que se debe equivale a llevárselo.

Deducción: para proteger el bien común, tenemos que preservar el patrimonio común.

Proceder como un progresista o un conservador significa disponer de marcos argumentales que pueden usarse no sólo a propósito de un tema, sino de muchos. De ahí que quien esté familiarizado con la política pueda comprenderlo de inmediato o elaborar un razonamiento «nuevo» en cuanto se plantea un tema nuevo. El razonamiento «novedoso» no es nuevo en realidad: es una manifestación puntual de un marco argumental general o de un marco de superficie. Pero la estructura general y el contenido del argumento son los mismos. A continuación profundizaremos en estos marcos argumentales, pero antes tenemos que referirnos a los elementos que los componen.

Los marcos de lugares comunes sirven para entender cómo funciona el mundo. Algunos son enormemente inexactos. Pero exactos o no, se usan en los razonamientos políticos. Es importante reconocerlos por tres razones: para no caer en los marcos falsos, para contrarrestarlos y para que no impidan ver el marco argumental general que hay detrás. Pueden ser muy generales, es decir, aplicables a muchos temas y ámbitos, o pueden ser relativamente específicos y ser relevantes para uno o pocos temas.

Los marcos de lugares comunes no remiten a los valores morales ni a los principios fundamentales, ni a los marcos que definen cuestiones o los marcos de superficie. Se consideran un asunto de dominio público o de sentido común. Es posible que a veces se aíslen y se debatan directamente, o que sean objeto de mofa si son falsos y ridículos.

Recordemos algunos de estos marcos habituales en los razonamientos políticos.

El marco de la «manzana podrida»: hay que quitarla para conservar las buenas. Localizado el mal, se extirpa para que no se expanda. Es una metáfora del mal y de la inmoralidad y suele referirse al comportamiento inmoral de un individuo, y no a una inmoralidad política, sistémica o cultural.

Para contener la investigación de la tortura como una práctica sistemática del ejército (como en el escándalo de Abu Ghraib) y reducir así el problema se recurrió a este marco de la manzana podrida. El ejército se limitó a quitar de en medio a unas cuantas «manzanas podridas», los militares involucrados de menor rango. Lo mismo ocurrió con el escándalo Enron: se identificó a los ejecutivos Jeffrey Skilling y Kenneth Lay como las manzanas podridas, en lugar de culpar a toda la corporación, en la que mucha gente, desde los directivos hasta los empleados medios, había cometido delitos de fraude y estafa.

El marco de «la tradición tiene razón». Este marco dice que si alguna idea ha «resistido al paso del tiempo», es que es correcta. Este marco se usa para argumentar en contra de los matrimonios entre homosexuales y lesbianas, y afirma que el matrimonio ha sido tradicionalmente una institución entre un hombre y una mujer, que eso es lo correcto y que así debe seguir siendo. Un marco parecido es el de «los electores tienen razón», que también se usa en contra del matrimonio homosexual: puesto que muchas leyes lo prohíben, tiene que ser correcto.

El marco del «salario mínimo para adolescentes». Este marco es muy específico y dice que la mayoría de las personas que cobran el salario mínimo son adolescentes en su primer empleo (cajeros en supermercados, por ejemplo) y que viven con sus padres. Esto se usa luego para argumentar en contra del aumento del salario mínimo, aduciendo que eliminaría los primeros empleos, porque los salarios serían demasiado altos. Ambos argumentos son falsos, pero se trata de un marco ampliamente aceptado.

El marco de la adaptación. Este marco se da a menudo. Dice que si algún fenómeno es natural o generalizado, no se puede luchar contra él, y lo mejor es aceptarlo y adaptarse de la mejor manera posible. La gente de izquierdas lo suele emplear para abogar por la legalización de la marihuana: la gente va a fumar porros de todos modos, y por eso lo mejor es legalizarlos. Los progresistas también lo usan en el debate sobre la educación sexual: la gente va a tener relaciones sexuales de todas formas, así que es mejor educarla e informarla sobre los comportamientos de riesgo y sobre los métodos anticonceptivos. Los defensores del aborto también recurren al marco de la adaptación: muchas mujeres con embarazos indeseados abortan, y siempre abortarán, y por eso es mejor que sea legal y seguro. Cuando era alcalde de Nueva York, Michael Bloomberg argumentó que los inmigrantes irán donde encuentren trabajo, y por eso ningún muro fronterizo impedirá que entren en el país.

El marco del precedente peligroso. Hay un punto de la escala en el que todo parece ir bien. Pero hay también alguna fuerza o tendencia que empuja y, si se va un poco más lejos en esa escala, se generará más y más movimiento en una misma dirección, hasta que se produzca un desastre o algo descabellado. Esto se utiliza en argumentos *reductio ad absurdum* para oponerse a cambios aparentemente pequeños en la dirección que sea.

Por ejemplo, los conservadores aducen a menudo que si hay que subir el salario mínimo de 5,15 a 7 dólares por hora, ¿por qué no subirlo a 10 o a 100 dólares por hora? Los conservadores que se oponen a los matrimonios homosexuales sostienen que si los homosexuales y las lesbianas se pueden casar, lo siguiente será que las personas se casen con perros. Cuando se le preguntó a Tony Snow, el portavoz de la Casa Blanca, por el veto de Bush a la Ley de Investigación con Células Madre, dijo que no querían crear un precedente peligroso que podría acabar matando a seres humanos.

Los marcos de prototipo. Entre los marcos de lugares comunes más importantes están los marcos de prototipos, es decir, aquellos por los que se razona sobre una categoría, pero basándose en una subcategoría (ya sea real o imaginaria). El más

conocido es el estereotipo social. Por ejemplo, tanto conservadores como progresistas usan estereotipos, aunque muy distintos, para referirse a los inmigrantes. El estereotipo de los conservadores es que los inmigrantes son «ilegales», delincuentes que no hablan inglés, que no tienen educación ni se pueden educar, que le quitan el trabajo a los estadounidenses, acaparan los servicios públicos de educación y salud, y que, como criminales, no son de fiar. El estereotipo habitual para los progresistas muestra al inmigrante como un trabajador «sin papeles», una mujer o un hombre honrado y trabajador, que desempeña tareas esenciales que los estadounidenses no quieren hacer porque están mal pagadas, sostiene nuestro estilo de vida y busca el sueño americano, como hacen los estadounidenses.

Muchas categorías tienen prototipos para casos típicos (que sirven para razonar sobre la categoría en ausencia de otro conocimiento), casos ideales (que sirve para comparar) y casos extremos (que hay que evitar a toda costa). El presidente Bush proyecta el estereotipo del típico hombre estadounidense: biempensante, sincero y directo, religioso, amigable y corriente, no demasiado educado pero fuerte, estricto y que está al mando de la situación cuando tiene que estarlo. Los progresistas lo ven más bien como un caso extremo de presidente: estúpido, ignorante e incompetente; malo, codicioso, egoísta y corrupto, arrogante, autoritario y que no quiere escuchar, poco fiable y sigiloso. Cuando vivía, al senador por Minnesota Paul Wellston la mayoría de los progresistas lo veían como el senador ideal: honesto, con principios, comprensivo, inteligente, valiente y fuerte.

Por último, están los ejemplos más evidentes, tan presentes en la mente de la gente que modifican los juicios de probabilidad. Se habla tanto del 11-S que los habitantes de Omaha, Dayton o St. Louis creen que hay una alta probabilidad de que ellos también sufran un ataque terrorista. Reagan repitió tanto el ejemplo de la «reina de la asistencia social» que este ejemplo inusual, y sin lugar a dudas único, acabó siendo típico.

En resumen, los marcos argumentales tienen la misma estructura general. Primero están los valores morales y los principios fundamentales, que derivan de la cosmovisión general. Luego están los marcos de lugares comunes y los marcos que definen cuestiones, y que existen independientemente de las cosmovisiones generales pero se usan para ajustarse a ellas. A continuación están los marcos de superficie que enmarcan las palabras y los eslóganes. Estos últimos se elaboran para ajustarse a todos los demás marcos. Y finalmente están las deducciones que se siguen de todos estos marcos.

HISTORIAS AMERICANAS

A todo el mundo le gusta una buena historia. Una buena historia tiene que tener sus héroes y sus villanos. Las historias ayudan a transformar una serie de valores, principios, creencias y estadísticas en narraciones con principio, desarrollo y fin. Las cuestiones

políticas aisladas despiertan escaso interés, pero si se las convierte en historias pueden conectar con nuestra identidad personal y nacional.

Los personajes básicos de las historias son el héroe, el villano, la víctima y el coadyuvante. Y algunas de nuestras formas narrativas básicas son la autodefensa (el villano hiere al héroe-víctima), el rescate (el héroe, con ayuda, lucha contra los villanos y gana), la superación de obstáculos (el héroe como víctima de las circunstancias supera las dificultades) y la autorrealización (el héroe tiene un potencial especial y, gracias a la disciplina y la constancia, acaba expresándolo).

El escritor y antiguo secretario de Trabajo Robert Reich identificó lo que él llama «las cuatro historias estadounidenses esenciales».[2] La primera, la del «Individuo Triunfante», cuenta la historia de un hombre hecho a sí mismo. Con coraje, responsabilidad y determinación cualquiera puede hacerse a sí mismo; retrata la superación de obstáculos. La segunda, la de «la Sociedad Benevolente», narra un esfuerzo colectivo, un «estamos todos juntos» para mejorar la comunidad. Aquí la sociedad es el héroe colectivo, o bien el coadyuvante del héroe. Una tercera historia, un poco más negativa, es la de «la Muchedumbre a Nuestras Puertas», que sitúa a los Estados Unidos en lo alto de la jerarquía moral y aboga por la necesidad de defender nuestra nación de la amenaza que representan otras naciones o pueblos. Aquí los Estados Unidos son la víctima a la que hay que proteger y rescatar. Por último, «Pudrirse en lo Alto» que nos advierte contra los males de las élites poderosas que abusan del poder en detrimento del bien común. En este caso, a menudo existe un villano colectivo contra el que hay que luchar, aunque el villano también puede ser un líder tiránico.

Estas historias, dice Reich, se han repetido tanto a lo largo de la historia de los Estados Unidos que forman parte de nuestra cultura. De ahí que sirvan para construir argumentos que los estadounidenses puedan comprender fácilmente.

Estas historias no sólo inspiran al lector, sino que conforman por sí mismas los argumentos. Para identificar a los héroes, a los villanos y a las víctimas hacen falta valores morales y principios fundamentales. Para entender cuáles son los males, las opciones y las formas de justicia hacen falta marcos que definan cuestiones.

Consideremos la narración del «desengancharse». Se trata de una historia de autodefensa en la que el villano es la adicción. Metafóricamente, se caracteriza por una dependencia indeseable a una sustancia dañina (las ayudas sociales, los impuestos, los combustibles fósiles, etc.); una sustancia poderosa que puede destruir al héroe-víctima. Superar una dependencia exige voluntad y determinación. Pero la lucha es interna: el villano amenaza al héroe-víctima desde dentro. Somos conscientes del poder de la sustancia y nos identificamos con el héroe que intenta desengancharse. Somos conscientes de que los adictos necesitan y merecen nuestra ayuda para superar su problema. Quien quiera obstaculizarlo estará impidiendo un proceso moral. Los que

proporcionan las sustancias adictivas también son los villanos, los más inmorales. Son depredadores sin escrúpulos (traficantes de droga, gobiernos y compañías petrolíferas) cuya codicia destruye al héroe-víctima.

En resumen, las estructuras narrativas dan a los argumentos una orientación que simultáneamente inspira al público y le permite comprender la problemática. Para reconocer una historia, empezamos identificando al villano y al héroe. Nos preguntamos «¿Qué hay en juego?» y «¿Quién rescatará a la víctima y cómo?».

En política siempre hay estructuras narrativas. La narración de la cultura de la guerra tiene a los progresistas como villanos (una élite que se «pudre en lo alto»), a los conservadores de a pie como víctimas y a los líderes conservadores como héroes. La «guerra contra el terrorismo» es una narrativa de autodefensa, con los «terroristas» como villanos. La guerra de Irak empezó como una autodefensa frente al malvado Sadam Hussein y sus armas de destrucción masiva. Cuando no se encontraron las armas, se convirtió en la narración de un rescate, con el pueblo iraquí como la víctima a la que rescatar de la tiranía y encaminar hacia la democracia.

Por lo que se refiere a los marcos de argumentos generales de uso habitual en política, hay algunos básicos. Examinaremos aquí dos: el del «crimen y castigo», usado por los conservadores, y el marco de la «red de seguridad social» que usan sobre todo los progresistas.

EL MARCO DEL «CRIMEN Y CASTIGO»

Este marco sigue la estructura antes mencionada y tiene los mismos elementos básicos:

Valor moral: la moralidad del padre estricto. Las faltas se castigan, pues, de lo contrario, no habrá motivo para evitarlas y, al final, todo orden acabará derrumbándose.

Principio fundamental: la responsabilidad es moral, y la justicia, retributiva. El castigo tiene que ser proporcional a la falta. Por lo tanto, la justicia consiste en castigar debida y duramente a quien comete una falta.

El marco que define un tema: el tema puede variar, y esto permite también que este tipo de argumento pueda tratar simultáneamente varios temas.

El marco del lugar común: *a)* la esencia moral (faltas reiteradas o graves demuestran que el responsable es esencialmente malo), y *b)* disuasión (el castigo ha de ser duro para disuadir de futuras faltas).

Deducciones: la indulgencia y la misericordia eliminan el incentivo para no cometer delitos, debilitando así los valores morales y la idea misma de la justicia. Las víctimas tienen derecho a la justicia, es decir, derecho a sentencias duras contra los delincuentes.

Los papeles narrativos: los villanos son los delincuentes. Las víctimas son, a la vez, las víctimas directas del delito y los integrantes de la sociedad en su conjunto. Los héroes son los que hacen cumplir la ley.

Este marco sirve para defender muchísimas políticas conservadoras, como la pena de muerte, las leyes contra la reincidencia, las sentencias ejecutivas por crímenes de narcotráfico, el tratar a los inmigrantes ilegales como a delincuentes, el que no haya promoción automática en las escuelas públicas, etc. Analicemos tres ejemplos (la pena de muerte, la ley contra la reincidencia y las evaluaciones escolares) de uso conservador de este marco, y un ejemplo (la responsabilidad civil) de uso progresista.

La pena de muerte. En el mundo entero, y durante miles de años, diferentes culturas han reconocido el dogma básico del sistema judicial justo: el «ojo por ojo» (principio fundamental). Si un criminal mata a un inocente, el único castigo justo es quitarle la vida (valor moral). Además, cualquiera que cometa el crimen más grave que existe—matar intencionadamente—no tiene ninguna posibilidad de reformarse y no tiene cabida en la sociedad (marcos corrientes). Si no tenemos el valor de imponer justicia, le transmitiremos peligrosos mensajes de indulgencia a los criminales (marco corriente).

La reforma de la reincidencia. La lógica es sencilla: si cometes un crimen, vas a la cárcel. Los individuos tienen que ser responsables de sus acciones, y las sentencias tienen que ser proporcionales a los delitos (principios fundamentales). En determinadas circunstancias, los delincuentes acaban demostrando que no pueden reformarse (marco de lugar común). Sencillamente no tienen ningún respeto por las leyes que estructuran una sociedad estable (marco de lugar común). Llegado ese momento, la sociedad tiene la obligación de decir «basta ya» (valor moral). Tenemos que proteger a la sociedad excluyendo a los reincidentes: tres delitos y estás fuera.

Los exámenes escolares. Las escuelas preparan a los niños para la vida adulta. Enseñan a nuestros hijos e hijas las habilidades que necesitarán para desempeñar un trabajo y la ética del trabajo que les permitirá tener éxito. Los mejores estudiantes deben ser premiados por su constancia, su disciplina y sus logros académicos (valor moral). Metafóricamente, estos estudiantes son personas morales, que cumplen con la ley. Las evaluaciones son una manera de medir los logros académicos y de predecir el éxito futuro. Enseñar para preparar exámenes es enseñar para el éxito. Estos exámenes son también un incentivo para que los estudiantes mediocres se esfuercen más (marco de lugar común). Los que suspenden una y otra vez están «transgrediendo la ley» y no deberían pasar de curso ni recibir un título final: ése es su castigo (principio fundamental). Dejar que aprueben debilitaría un sistema educativo basado en la competitividad y el incentivo necesarios para triunfar.

La responsabilidad civil. Curiosamente, los progresistas han adoptado el marco del «crimen y castigo» para las denuncias por responsabilidad civil. Las empresas que causan daños a terceros tienen que ser juzgadas por la vía civil. En los procesos civiles, la empresa responsable del daño—el villano—es el demandado, y la víctima, el demandante. Los abogados son los detectives, y los fiscales, los héroes de la historia. Los

fondos para apoyar el trabajo del detective y del fiscal provienen de un porcentaje de la multa que se dicte. Las empresas pueden ser «condenadas» y «castigadas» a pagar importantes multas.

Como se sabe, los conservadores están intentando destruir este sistema con su reforma de la responsabilidad civil, reduciendo las cuantías de las multas a niveles tan bajos que los abogados ya no tendrían suficientes ingresos, y todo el sistema se vendría abajo. Y todo esto, con el propósito de «liberar» al mercado de las pérdidas que generan las denuncias por daños y fraudes.

EL MARCO DE LA RED DE SEGURIDAD SOCIAL

Los conservadores casi nunca usan este marco, mientras que los progresistas lo usan con frecuencia. Sigue la misma estructura que el marco del «crimen y castigo».

Valores morales: *a)* empatía y responsabilidad (nos preocupamos por la gente y tenemos la responsabilidad de actuar en consecuencia), y *b)* libertad (liberarnos de la necesidad).

Principios fundamentales: *a)* la dignidad humana (hay una línea por debajo de la cual nadie tendría que caer en una sociedad rica y civilizada), y *b)* el bien común (estamos juntos en esto, somos todos igualmente responsables de la suerte de nuestra nación).

Marco que define el tema: pueden ser varios los temas tratados; por ejemplo, la cobertura sanitaria universal o el salario mínimo.

Marco de lugar común: el país más rico del mundo no se puede permitir no salvaguardar la dignidad humana.

Deducción: el tema (cobertura sanitaria universal, salario mínimo, etc.) tiene que ser tratado por el gobierno, cuyo trabajo consiste en potenciar nuestras libertades, especialmente la libertad de la necesidad. Puede—y debería—tratarlo el gobierno, porque hay suficiente riqueza en la nación.

Papeles narrativos: las víctimas son las personas vulnerables que caen por debajo del umbral de la dignidad humana. Los villanos son los que le quitan el apoyo a estas personas y les imponen la indignidad. Los héroes son los ciudadanos que defienden los valores humanos.

El marco de la red de seguridad social se puede aplicar a una multitud de cuestiones, como el bienestar, la responsabilidad social de las empresas, la inmigración, la seguridad social, el Medicare, el alojamiento para los sin techo, el trato a los refugiados, los cuidados pre y posnatales, etc.

Si el asunto a tratar es la situación de los hijos de madres pobres, deducimos que el gobierno es responsable de asegurarse de que tengan alimento, un lugar donde vivir, ropa, vacunas y cuidados sanitarios básicos. Mejor aún, el gobierno debería proporcionar empleos, guarderías y transporte para que las madres puedan ganarse la vida.

Fijémonos en tres temas importantes: la atención sanitaria universal, el salario mínimo, y la seguridad social, que son casos esenciales para entender el marco de la red de seguridad social.

La atención sanitaria universal: la salud es la base de una vida plena, productiva y con sentido. Sin una buena salud, no se puede ser lo que se quiere ser; no se puede disfrutar de la vida ni ser un miembro productivo de la sociedad (valor moral). Nuestro país se fundó sobre el principio de que todos los estadounidenses tienen derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad (principios fundamentales). La enfermedad puede interferir con todos estos derechos (puede provocar la quiebra de una familia). La enfermedad no afecta sólo a los débiles y a los mayores, sino que nos atañe a todos. Nadie puede permitirse no tener una atención sanitaria adecuada.

Nuestro deber como país libre, civilizado y próspero es asegurar que nuestros ciudadanos estén libres de la necesidad y del sufrimiento innecesarios. Un país próspero del Primer Mundo puede permitirse que todos sus ciudadanos tengan atención sanitaria y medicina preventiva (marco de lugar común). Los demás países del Primer Mundo así lo hacen. La atención sanitaria no es un privilegio para los que la pueden pagar (principio fundamental). Puesto que nuestras libertades fundamentales incluyen la libertad de la necesidad, la atención sanitaria es un derecho básico. Y es nuestra responsabilidad como país garantizarle este derecho a todos (valores morales).

Salario mínimo: «Hay una idea tácita en los Estados Unidos: la promesa de que si se trabaja duro uno podrá mantenerse a sí mismo y a su familia» (marco de lugar común).[3] Más de 30 millones de estadounidenses están trabajando duro, pero viven en la pobreza porque no estamos cumpliendo el trato. En tiempos difíciles, cuando la demanda de empleo es alta, las empresas pueden bajar los salarios por debajo de los niveles dignos de subsistencia. Esto puede proporcionarle más beneficios a las empresas o precios más bajos a los consumidores, pero incumple la promesa de nuestra nación (principio fundamental). El dinero que los Estados Unidos le han prometido a sus trabajadores se lo están llevando otros: las empresas y los consumidores (marco de lugar común).

Cuando el trabajo duro no garantiza un sueldo digno, existe el riesgo de perder la casa en que se vive, la dignidad y el lugar en la sociedad. Aumentar el salario mínimo es un buen remedio. En los estados donde se ha hecho, el empleo ha crecido, ya que las personas de ingresos bajos reinvierten directamente su dinero en la economía y la creación de empleo. Pero es también un asunto de responsabilidad moral. Es nuestra responsabilidad moral hacia nuestros conciudadanos aumentar el salario mínimo (valor moral). No respetar la promesa de nuestro país significa dejar de ser el país faro de esperanza en el mundo, el país que cree en el juego limpio y abandonar la idea de que nuestra nación próspera y civilizada protege nuestras libertades básicas, incluyendo la libertad de la necesidad.

La seguridad social: la vejez nos asusta, pues la salud se deteriora y la independencia se reduce. Y nos asusta más aún si pensamos en una vejez sin ingresos financieros (valor moral). Nuestro sistema de seguridad social garantiza estos ingresos; garantiza que la nación no le dé la espalda a los trabajadores estadounidenses una vez jubilados. La libertad de la necesidad es una de nuestras libertades más queridas. Después de una vida entregada al trabajo, el gobierno está obligado a garantizarle esa libertad a los mayores, así como a asegurarle a sus ciudadanos que puedan jubilarse con dignidad y no se vean obligados a vivir en la pobreza (principio fundamental).

La privatización pone en peligro la seguridad que la seguridad social debe garantizar. Inevitablemente, millones de trabajadores que no son expertos inversores o sencillamente tienen mala suerte acabarán perdiendo los ahorros de toda una vida. Sus pérdidas se convertirán en ganancias de Wall Street. Tenemos que salvaguardar un sistema de seguridad social unificado y no permitir que el gobierno eluda su responsabilidad y obligue a nuestros mayores a tener que jugar a la lotería del mercado bursátil (marco de lugar común).

Estos tres razonamientos pertenecen al marco de la red de seguridad social. Pero recurren también a otros elementos. El de la cobertura sanitaria universal utiliza ideas corrientes sobre los efectos de la enfermedad. El razonamiento del salario mínimo utiliza el dato conocido de que en los estados donde éste ha aumentado ha crecido el empleo; esto mina el marco contrario, que sostiene que aumentar el salario mínimo destruye empleo. El razonamiento sobre la seguridad social utiliza dos marcos de lugar común, uno sobre los estragos de la vejez y otro que señala que, salvo los expertos en materia de inversiones, la mayoría de la gente no quiere arriesgar todos sus ahorros invirtiendo en bolsa.

Hemos visto que cada razonamiento responde a una estructura general, que todos los razonamientos políticos tienen una base moral, se construyen con roles narrativos propios de historias morales— con héroes y villanos—y que los buenos razonamientos rebaten los argumentos de la parte contraria. Pasemos ahora de los razonamientos a las historias.

HISTORIAS POLÍTICAS COMO ARGUMENTOS

Tal vez los argumentos políticos más efectivos no se construyen tanto con razonamientos sino como historias. Hemos visto que los argumentos tienen elementos implícitos propios de las historias: héroes, víctimas, villanos, crímenes, premios y castigos. La inversa también es cierta: las historias tienen elementos argumentales implícitos, los elementos de un marco de argumento. Sigue el ejemplo de una historia progresista, resumida por la Fundación Goldman. Los elementos narrativos de la historia incluyen víctimas, un héroe,

el villano, la victoria, la justicia y una moraleja. La historia es una narración de autodefensa, puesto que el héroe es una de las víctimas. El héroe es el «individuo triunfante» y el villano representa el «podrido en la cumbre».

> Margie Eugene-Richard (héroe) creció en un barrio afroamericano pobre de Norco, Luisiana, ubicado entre la planta química de Shell y la refinería Motiva, propiedad de una empresa del grupo Shell. El barrio se conocía como «Callejón del Cáncer», por la alta tasa de cáncer, malformaciones congénitas y otras enfermedades graves que había entre sus habitantes (crimen). La mayoría de los vecinos no tenían dinero suficiente para mudarse (víctimas).
>
> Shell había estado comprando tierras a los residentes, muchos de los cuales eran descendientes de los campesinos y de los esclavos de antes de la Guerra de Secesión. En la planta se produjeron varios accidentes que causaron la muerte de trabajadores y fugas de gases tóxicos (villanos).
>
> Richard fundó Ciudadanos Preocupados de Norco en 1989, para negociar con Shell los gastos de reubicación de su familia y sus vecinos. Colaboró con los ecologistas y con los investigadores para publicar un informe que demostraba que la refinería de Shell emitía más de mil toneladas de gases tóxicos todos los años. Luchó en los tribunales y criticó públicamente a Shell. Sus esfuerzos acabaron provocando una investigación por parte de la Agencia de Protección Ambiental, investigación que denunció a Shell por su irresponsable gestión de la seguridad de la planta y por falsificar sus informes de emisiones (victoria: el héroe derrota al villano).
>
> En el año 2000, tras las denuncias de Richard, Shell aceptó reducir sus emisiones en un 30 por 100, entregar 5 millones de dólares a un fondo para el desarrollo de la comunidad y costear la reubicación voluntaria de los vecinos. Ésta fue la primera reubicación de una comunidad financiada por el causante de la misma en el sur del país, y sirvió de ejemplo para todos aquellos que luchan contra el racismo medioambiental (justicia: el héroe y las víctimas son premiados; el villano castigado).
>
> «Cada vez que los estadounidenses negros luchamos por lo que es justo, dicen que es por codicia, por dinero. Es una lucha por la longevidad», dijo Richard. «La verdad y la justicia para mejorar la vida, el medio ambiente y el gobierno son la escalera hacia la movilidad social ascendente»[4] (moralidad).

Hemos visto historias de este tipo muchísimas veces. Pero esto no es sólo una historia; es un argumento político. Primero, utiliza el «marco general del activismo comunitario». Segundo, añade a este marco marcos tradicionales de lugar común y lo convierte en un marco argumental en defensa de la justicia medioambiental.

Vamos a detallar el marco argumental, así como los elementos adicionales que combinan el activismo comunitario con la justicia medioambiental.

- Marco argumental: el activismo comunitario.
- Valores morales: la empatía (por la víctima) y el sentido de responsabilidad (del héroe).
- Los principios: el bien común y la dignidad humana.
- El valor: la justicia.
- El marco que define el tema: el asunto que preocupe.
- Marco de lugar común: *a)* los criminales tienen que ser castigados y las víctimas compensadas; *b)* cuando los miembros de una comunidad se defienden, pueden ganar, incluso frente a intereses poderosos, y *c)* los líderes de la comunidad que trabajan por el bien común y tienen que superar importantes obstáculos para conseguirlo, se merecen nuestro respeto.

- Deducciones: los que sufren discriminaciones tienen que defenderse. Las grandes empresas no pueden pisotear la dignidad humana de los ciudadanos. Las empresas tienen que trabajar por el bien común y asumir su responsabilidad cuando causan daños.

Elementos de justicia medioambiental:

- El marco que define el tema: el desprecio de las corporaciones por las minorías pobres es racismo. La contaminación provoca cáncer (causas sistémicas).
- Deducciones: tenemos que luchar contra el racismo. Debe haber normativas y controles gubernamentales, las empresas que no los respetan tienen que ser castigadas, y las víctimas, compensadas.

En la historia de Margie Eugene-Richard reconocemos inconsciente y automáticamente una estructura narrativa general y un marco argumental que nos resulta muy familiar. Es lo que da fuerza a la historia.

FOTOS COMO HISTORIAS

Como las historias, las fotos también pueden tener contenido político. Pueden contar historias con moralejas políticas y argumentar con deducciones políticas. Consideremos, por ejemplo, la fotografía oficial de la firma del veto por parte del presidente Bush a la Ley para la Investigación con Células Madre (disponible en la página web de la Casa Blanca: www.whitehouse.gov/news/releases/2006/07/200607193.html).

Está rodeado de los llamados *«snowflake babies»* (nacidos de embriones fertilizados sobrantes de una inseminación artificial) con sus familias adoptivas. Estos bebés son niños que fueron «adoptados» como embriones congelados y que nacieron por fecundación in vitro de sus madres «adoptivas». Se calcula que hay unos cuatrocientos mil embriones congelados en el país.

Miremos lo que «dice» esta foto. Primero, cuenta la historia de un rescate. Si los «bebés nacidos de los copos de nieve» no hubieran sido «adoptados», seguirían siendo embriones congelados en un congelador en alguna parte del país. Si el presidente no hubiera vetado la Ley sobre Investigación con Células Madre, podrían haberlos destruido en algún experimento con células madre. La foto establece un vínculo directo entre los niños y los «embriones» congelados, que son en realidad *blastocitos*, es decir, células preembrionarias, que no están compuestas por células cerebrales, ni células del brazo, ni células del corazón, ni células de nervios, ni ningún otro tipo de células. El término «embrión» suscita la imagen de un niño pequeño, pero eso no es lo que hay en la forma

congelada, ni lo que se utiliza en la investigación genética. Los expertos en lenguaje conservador han insistido durante años en que se denomine «investigación con células embrionarias» para reforzar esta imagen. Ahora insisten en usar el término «rescate», y han empezado a llamar a estos embriones «bebés prenatales». Es como llamar «roble prenatal» a una bellota.

El resultado es que la foto cuenta una historia con el mismo marco narrativo del «activista comunitario» que vimos antes. Aquí, los padres son los activistas que llamaron la atención sobre el problema y empezaron a «adoptar niños» (hicieron cuanto pudieron). De hecho, el malvado Congreso fue tan lejos que autorizó la investigación con células madres pero, con constancia y determinación, consiguió el apoyo del presidente, que ahora está comprometido en su defensa. El veto del presidente está salvando a niños, a niños como los que están detrás de él. Hay dos tipos de salvadores en esta historia: los padres y el presidente.

Esta foto, con su historia de rescate, está haciendo un planteamiento político: la investigación con células madre es inmoral. Mata niños. El gobierno, responsable de la seguridad de sus ciudadanos, tiene que prohibir esta investigación. Nótese que este tipo de foto y el consiguiente razonamiento valen también para el aborto.

Podemos apostar que si el presidente hubiera apoyado la investigación con células madre y firmado la ley, se hubiera hecho la foto con un grupo de enfermos de Parkinson, Alzheimer, esclerosis múltiple o cualquiera de las muchas enfermedades que se podrían curar gracias a la investigación con células madre. El presidente Bush no podía incluir esos enfermos en su foto. Hubiera contado una historia bien distinta y defendido una posición muy diferente.

A FAVOR DE LA NEUTRALIDAD DE LA RED

Nos enfrentamos continuamente a nuevos asuntos y nuevos problemas. ¿Cómo sabemos si estamos ante un argumento progresista o ante uno conservador? ¿Cómo inventamos nuevos argumentos e historias ante una nueva situación? La respuesta es aprendiendo a enmarcar (los marcos profundos progresistas, la cosmovisión moral, los valores, los principios y los marcos de argumentos generales y los marcos narrativos). No queremos decir aprenderlos de memoria, sino aprender por cercanía y uso. Pero tenerlo todo expuesto por escrito, ayuda.

Fijémonos en la reciente controversia en torno a «la neutralidad de la red». Se están construyendo argumentos—conservadores y progresistas—para encajar en sus respectivos sistemas de valores y principios.

Empecemos con la posición de Google, que defiende la neutralidad de la red.[5]

> La neutralidad de la red se basa en el principio de que los usuarios de Internet tienen que poder controlar qué contenidos ven y qué aplicaciones utilizan en la red. Internet ha operado según este principio de neutralidad desde el principio. La neutralidad le ha permitido a muchas empresas, incluida Google, nacer, crecer e innovar. Básicamente, la neutralidad de la red tiene que ver con el acceso igualitario a Internet. En nuestra opinión, los operadores de banda ancha no tendrían que utilizar su poder para marginar aplicaciones alternativas o censurar contenidos. De la misma forma que las empresas telefónicas no pueden decirle a los consumidores a quién pueden llamar o qué deben decir, los operadores de banda ancha no deberían poder usar su fuerza de mercado para controlar la actividad en la red. Hoy en día, la neutralidad de Internet está en riesgo en la medida en que los operadores de banda ancha solicitan el permiso del Congreso para determinar qué contenidos llegan antes. En resumen, esto modificaría radicalmente el carácter abierto de Internet.

Eric Schmidt, el presidente de Google, sigue con el razonamiento, recurriendo a la metáfora de la «autopista de la información».

> Hoy en día, Internet es una autopista de la información donde cualquiera—sea pequeño o grande, tradicional o innovador—tiene el mismo acceso. Pero los monopolios del teléfono y del cable, que controlan el acceso a Internet, quieren poder decidir quién tiene acceso a la banda de alta velocidad y qué contenidos habrán de verse antes. Quieren construir un sistema de dos velocidades y bloquear con autopistas de pago el acceso a los que no pueden pagar.

La lucha legal y legislativa está capitaneada por los profesores de derecho Lawrence Lessig y Timothy Wu, que representan a un grupo ad hoc, la Coalición de Usuarios e Innovadores de Banda Ancha (CBUI). La CBUI quiere que la Comisión Federal de Comunicaciones apruebe las siguientes normas:

> Un operador de red de banda ancha no podrá, basándose en motivos discriminatorios o no razonados, interferir en o perjudicar la posibilidad de los usuarios de usar el servicio de banda ancha para acceder a contenidos legales en Internet, utilizar aplicaciones o servicios conectados a la red de banda ancha o añadir dispositivos no dañinos a la red.

De este modo, la defensa de la neutralidad de la red debería quedar garantizada por la normativa de la Comisión Federal de Comunicaciones.

Se trata de una cuestión nueva pero en el razonamiento reaparecen los valores, principios, argumentos generales y las formas narrativas que hemos visto. Internet es un recurso común, parte de la infraestructura para el bien común desarrollado por el patrimonio común (el dinero de los contribuyentes). Los valores son la libertad (de acceso) y la igualdad (de acceso). El gobierno garantiza la libertad y la igualdad normativamente (la Comisión Federal de Comunicaciones). Sustituyamos 'Internet' por 'parques' o 'agua limpia' o 'teléfonos', y el razonamiento es el mismo: el gobierno tiene que asegurar que todo el mundo tenga un acceso igual y justo a los recursos comunes.

Los villanos son los operadores de banda ancha (como Comcast, Versión, AT&T o AOL) que son propietarios de las líneas y controlan el acceso. Su crimen es poner en peligro la libertad y la igualdad para conseguir mayores beneficios. Las víctimas son los ciudadanos

que usan Internet. Los héroes son las empresas de la CBUI (Google, Microsoft, Yahoo), sus portavoces, como Lawrence Lessig o Vint Cerf, y la comunidad de usuarios de Internet, sobre todo los blogueros, que han catapultado esta cuestión al debate nacional.

El planteamiento conservador queda bien reflejado en un informe del Cato Institute y un editorial del *Wall Street Journal*. Cato empieza señalando casos de lo que considera limitaciones legítimas de los contenidos de Internet por parte de los operadores de banda ancha:

> Es técnicamente factible que los operadores de banda ancha le nieguen a los consumidores de Internet el acceso a contenidos o les impidan colgar determinados dispositivos o redes en el límite del sistema. Aunque son pocos los operadores que lo van a hacer, pueden darse situaciones en las que sería perfectamente razonable que el propietario de una red le impusiera restricciones de uso o tarifas diferenciales a sus clientes de banda ancha. Estos propietarios podrían querer evitar el uso de determinados dispositivos en sus redes para prevenir la caída del sistema, evitar interferencias o «robos de línea». Podrían querer ofrecer precios distintos para evitar la congestión de la red o para cobrar más por el uso intensivo de la banda ancha. Podrían querer integrar verticalmente el contenido y el conducto en sus sistemas o unirse a otras empresas para captar más clientes y ofrecer mejores servicios. Y podrían existir casos en los que bloquear el acceso a algunas páginas web tenga sentido para los operadores de las bandas. Podrían querer bloquear el acceso a páginas web controvertidas que contienen material que algunos usuarios podrían considerar ofensivo o podrían bloquear páginas web sólo porque publican anuncios de sus competidores directos.

A continuación, el Cato Institute pasa a desvelar la verdadera lógica detrás de esta posición, la lógica que da sentido a lo que acabamos de leer:

> La neutralidad de la red no respeta los derechos de propiedad que los operadores de banda ancha poseen en virtud de la infraestructura que les pertenece y que ellos operan. Peor aun, al ignorar los derechos de propiedad y abrir la puerta a una mayor intromisión reguladora, regular la neutralidad de la red podría disuadir de la innovación y la inversión en los nuevos dispositivos de banda ancha.

El Cato Institute usa el argumento conservador de la santidad de los derechos de propiedad: el mercado es moral y natural, la propiedad es el premio por acciones morales y los propietarios tienen el derecho a hacer lo que quieran con su propiedad. Por otra parte, el mercado lo arreglará todo. Cato termina explicitando el argumento del «mercado moral».

> Los defensores de la neutralidad de la red suelen ignorar que el uso de la capacidad de la red y el afán de lucro permitirán contar con poderosos contrapesos para contrarrestar aquellos operadores demasiado restrictivos. Los operadores sólo ganan más dinero si operan con más tráfico.[6]

Y he aquí lo que dice el *Wall Street Journal*:

> La declaración de la Comisión Federal de Comunicaciones dice que los «consumidores tienen derecho» a elegir el «contenido», las «aplicaciones» y los «dispositivos» en Internet. Tienen derecho también «a la competitividad entre operadores, entre proveedores de aplicaciones, servicios y contenidos».
>
> Analicemos esta extensa lista de «derechos». Si seguimos al pie de la letra la Comisión Federal de Comunicaciones, el acceso a la pornografía en red es ahora un derecho; aunque en otro ámbito, el de la televisión, la Comisión está cada día más preocupada por controlar los niveles de «decencia». Cabría pensar

> que el presidente de la Comisión, el señor Kevin Martin, no apreciaría estos discursos sobre los derechos, teniendo en cuenta su campaña por los niveles de decencia... Las denuncias por discriminación se podrían presentar contra los defensores de la neutralidad de la red, como Google, digamos, por poner demasiado lejos a un competidor en sus listas de los buscadores. La reciente queja de Google de que el nuevo sistema operativo de Microsoft vulnera las leyes sobre competencia es un anticipo de lo que serán las batallas por la «neutralidad» de la red. Sin embargo, Google y otros operadores de páginas web se han subido al carro de la neutralidad de la red para evitar tener que pagar una cuota para tener un buen nivel de servicios, por parte de Verizon o cualquier otro operador. No parecen comprender el peligro legal y político al que se enfrentarán una vez le hayan abierto las compuertas a la neutralidad.[7]

El *Wall Street Journal* utiliza todos los argumentos conservadores tradicionales contra los «derechos». Nadie «tiene el derecho a nada» porque lo conceda una norma gubernamental; los favores del gobierno son inmorales. Además, la regulación gubernamental es peligrosa, y las empresas que operan en el mercado deberían saber que la regulación puede ir contra sus intereses, ya sea porque las agencias reguladoras pueden tener metas opuestas (niveles de decencia) o porque las empresas pueden ser objeto de más denuncias judiciales.

Los operadores de banda ancha, ante la oposición de parte de la comunidad de internautas, contrataron a Mike McCurry, un especialista en relaciones públicas que trabajó en la administración Clinton. McCurry arremete directamente contra la blogosfera escribiendo lo siguiente en el *Huffington Post*:

> Internet no es un bien público gratuito. Es un montón poco sólido de cables y de interruptores, de conexiones y conductos. Todos veneráis a Vint Cerf, que tiene claros intereses financieros puestos en el resultado de este debate, pero inmediatamente nos criticáis a todos los que discrepamos y rechazáis nuestros motivos. Me pagan una cantidad razonable pero pequeña por defender aquello en lo que creo. ¿Cuántos internautas son sinceros en lo que se refiere a los recursos financieros y a los intereses que hay en vuestro bando? ¿Creéis en serio que esto es una batalla entre el bien y el mal o es sólo un desacuerdo sobre cómo la red habrá de «crecer o prosperar»? ¿Qué opináis de las palabras de David Farber sobre las consecuencias imprevistas de regular Internet?
>
> Estoy en contra de darle a la Comisión Federal de Comunicaciones y a otros reguladores gubernamentales el poder de decidir cómo se construirá Internet en el futuro. Vosotros, los internautas, estáis a favor de eso. Internet ha funcionado sin regulación y ¿ahora queréis introducirla como una solución a qué? ¿Qué contenido está siendo denegado? ¿Qué servicio se ha degradado? ¿Qué es lo que no va bien en Internet que estáis intentando mejorar?
>
> ¿No es que tenéis esos mitos sobre los peligros que nos esperan si alguien pide (¡horrores!) que paguemos los billones necesarios para que Internet pueda funcionar en el futuro? ¿Queréis pagar o queréis que paguen las grandes empresas de contenidos? Preferiría tener un Internet robusto que soportase el volumen del tráfico al que le someteremos muy pronto en vez de un Internet público donde todos esperaremos en línea para que el último *spam* pornográfico envíe su contenido.
>
> Éste no es un asunto con un bando progresista, pro-pequeños, y pro-demócratas por un lado y otro bando favorable a las grandes empresas que le pagan a perversos lobbyistas (qué gracia, creéis que soy uno de ellos). Se trata de saber cómo construiremos el Internet del futuro, un Internet que funcione para todos nosotros.[8]

McCurry utiliza las siguientes estrategias:

- Debilitar los argumentos sobre el afán de lucro de los operadores, acusando a los defensores de la neutralidad de la red (por ejemplo a Vint Cerf, de Google) de tener también un objetivo lucrativo. Esto no convence, porque Cerf es un héroe de la tradición internauta que empezó mucho antes de la era Google.
- Debilitar el argumento de los recursos comunes, enmarcando Internet como un mero hecho físico (cables, interruptores, etc. poco sólidos). Esto tampoco convence, porque los internautas saben que hay mucho más en Internet (como *software*, sobre todo de libre acceso u *open source*) y el trabajo de centenares de miles de voluntarios.
- Negar que Internet es un recurso común («Internet no es un bien público gratuito»). Es un craso error. Negar el marco del oponente sólo le hace recordar que desde el principio Internet ha funcionado como un recurso común, que es lo que ha permitido el inmenso esfuerzo voluntario de los internautas.
- Negar que es una batalla entre las codiciosas grandes empresas y los pequeños. Otra vez está negando el marco del otro, señalando de ese modo a sus lectores en Internet cuál es precisamente la cuestión en juego.
- Cambiar el marco para plantear la cuestión desde el pragmatismo: ¿qué camino funcionará mejor para Internet? Referirse al espíritu empresarial y a la innovación. Preguntar quién tendría que pagar: ¿las empresas o la gente? Aquí está representando a la derecha e intentando ganar apoyos en la izquierda, acercándose a ella. Esto tampoco puede funcionar. Esta comunidad no es tonta; los internautas conocen el negocio. Si las empresas pagan, éstas cargarán al público con los costes y con su margen de beneficios. Por otra parte, el verdadero propósito de las empresas es cobrar por los contenidos, para recuperar unas inversiones que ya les están generando copiosos beneficios.

Lo que hemos visto es que: 1) los planteamientos progresistas y conservadores recrean los marcos de argumentos generales utilizados para cualquier tema y 2) McCurry intenta cambiar el marco en beneficio de las grandes corporaciones pero cae en las trampas más comunes.

EPÍLOGO

La razón por la cual hemos titulado este libro *Puntos de reflexión* estriba en que el pensamiento es la primera forma de activismo. En el fondo, los movimientos son valores e ideas. La organización es crucial pero tiene que realizarse en torno a algo.

Esto es un manual para un trabajo que está por hacer: articular la visión progresista en todas sus manifestaciones. Articularla con la vista puesta en el largo plazo. Articularla proactivamente y no reactivamente. Articularla entre activistas y militantes de base en todo el país. No sólo para la próxima campaña electoral sino indefinidamente, haya o no elecciones, se gane o se pierda.

Articularla desde una red progresista, una comunidad *online*, que piense pormenorizadamente en lo que cree y por qué (y en cómo hay que hablar con los vecinos).

Articularla debatiendo las cuestiones del día a día, no sólo en sí mismas, sino como proyección de una visión, como contribución a un diálogo permanente.

Los puntos de reflexión son lo contrario que los puntos de conversación, lo contrario que los eslóganes, los adhesivos para coches, los lemas de camisetas o los anuncios. Ninguna de estas cosas tiene nada de malo, pero este manual no trata sobre ellas.

Mañana habremos olvidado los asuntos que hemos debatido hoy. Pero los principios y los valores detrás de estos asuntos perdurarán.

Los argumentos de ayer tal vez no se oigan nunca más. Pero los marcos argumentales que articulan la lógica del pensamiento progresista perdurarán.

Los marcos de superficie se desvanecen, los marcos profundos son imborrables.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible—en realidad, el Instituto Rockridge no existiría—sin la generosidad de nuestros patrocinadores. Para respetar su intimidad, no les nombraremos, pero esperamos que entiendan la amplitud de nuestro agradecimiento. Sería una negligencia por nuestra parte no mencionar las instituciones que nos apoyan con tanto compromiso: el Open Society Institute, la Marguerite Casey Foundation, la Nathan Cummings Foundation, la MoveOn Foundation y el Wallace Global Fund. Si este libro logra justificar la confianza que todos nuestros patrocinadores nos han demostrado, entonces habremos alcanzado en gran medida nuestro propósito.

Agradecemos el trabajo de los que nos precedieron en el Instituto Rockridge. Este libro ha nacido gracias a sus esfuerzos. Hemos podido contar también con el tiempo y la dedicación de muchos voluntarios. Queremos agradecer especialmente a Kathzleen Frumkin sus ánimos, ideas y comprensión. Agradecemos a Emily Plec y a Kai Stinchcombe sus revisiones y sugerencias para mejorar este texto.

Por último, agradecemos el apoyo de nuestro editor, Safir Ahmed, que se puso a nuestra disposición para trabajar con nosotros día y noche, y poder cumplir con el plazo de entrega. Sus ideas enriquecieron este manual, y a todos nos transmitió su serenidad.

SOBRE THE ROCKRIDGE INSTITUTE

The Rockridge Institute es un *think tank* dedicado a reforzar nuestra democracia, prestándole apoyo intelectual a la comunidad progresista. Nuestro objetivo es reforzar a las personas para producir un cambio positivo, reenmarcando el debate público y facilitando el consenso entre muchas voces progresistas. Como creemos firmemente en la visión moral progresista y en el poder de los ciudadanos comprometidos, servimos como un núcleo para reunir a las personas y organizaciones para una voz progresista común.

La publicación de *Puntos de reflexión* supuso un paso importante para nosotros, puesto que ofrece la base de proyectos futuros de análisis y activismo. Desarrollaremos en línea la Red Interactiva de Acción Rockridge, para grupos e individuos de todo el país que quieran utilizar los materiales y hablar de manera proactiva. Además, *Puntos de reflexión* aparece en nuestra página web: debatimos las cuestiones actuales, analizamos los marcos de una cantidad cada vez mayor de cuestiones sociales y políticas y hacemos recomendaciones acerca de cómo enmarcarlos mejor.

The Rockridge Institute escribe para el público. No vendemos nuestros servicios a organizaciones ni a individuos. Nos consideramos parte de un grupo que lee nuestro trabajo y se beneficia de él. Y por ello esperamos que nuestros lectores apoyen nuestro trabajo y nuestra misión. Rockridge es una institución educativa, sin ánimo de lucro y exenta de impuestos 501(c)(3). Nuestra página web contiene un link para donar de forma segura en www.rockridgeinstitute.org. The Rockridge Institute no apoya ni se opone a ningún candidato ni a ningún cargo electo, ni apoya a ningún partido político.

NOTAS

1. GANAR Y PERDER

1. WIRTHLIN, DICK y HALL, WYNTON C., *The Great Communicator: What Ronald Reagan Taught Me About Politics, Leadership, and Life*, Hoboken, John Wiley, 2004.

2. A modo de ejemplo, véase: «Bush Is Not Incompetent», en www.rockridgeinstitute.org/research/lakoff/incompetent.

2. BICONCEPTUALISMO

1. FELDMAN, JEROME A., *From Molecule to Metaphor: A Neural Theory of Language*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 2006.

2. Campaña del senador Joseph Lieberman en Internet, www.Joe2006.com. Avalado por la League of Conservation Voters, NARAL, y Planned Parenthood.

3. PBS NewsHour entrevista con el senador Joseph Lieberman, 11 de agosto de 2001, www.pbs.org/newshour/bb/politics/julio-decembre00/lieberman_811.html. El presidente George W. Bush alaba a Lieberman por su posición sobre Irak, www.whitehouse.gov/news/releases/2005/12/20051207-1.html.

4. GALSTON, WILLIAM A.; KAMARCK, ELAINE C., «The Politics of Polarization», en *Third Way Middle Class Project* (2005). Disponible en www.third-way.com/products/16.

5. SIROTA, DAVID, «Find Your True Center», *The Washington Post*, 11 de junio de 2006. Disponible en www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2006/06/09/AR2006060902000.html.

3. MARCOS Y CEREBROS

1. GOFFMAN, IRVING, *Frame Analysis*, Nueva York, Harper, 1974.

2. Véase Framenet. Disponible en http://framenet.icsi.berkeley.edu/.

3. Se puede leer una comparación entre nuestra manera de enmarcar y la del estratega de la comunicación republicano Frank Luntz en: «Framing vs. Spin, Rockridge as Opposed to Luntz», www.rockridgeinstitute.org/research/lakoff/luntz.

4. Entrevista con el secretario de Estado Colin Powell, 13 de septiembre de 2001. Disponible en www.americanrhetoric.com/speeches/powell&lehrer.htm.

5. Para un análisis más exhaustivo, véase ROCKRIDGE INSTITUTE, «The Framing of Immigration». Disponible en www.rockridgeinstitute.org/research?Subject=Immigration.

6. Véase «Framing Katrina», en www.rockridgeinstitute.org/research/lakoff/framingkatrina; y «Bush Is Not Incompetent».

4. LA NACIÓN COMO FAMILIA

1. LAKOFF, GEORGE, *Moral Politics: What Conservatives Know That Liberals Don't*, 2.ª ed., Chicago, University of Chicago Press, 2002.

2. Para más información sobre los planteamientos de Dobson, véase www.family.org.

3. Para un análisis más detallado véase LAKOFF, GEORGE, *Moral Politics*, op. cit.

4. Debate con Warren Buffett en el Tuck Investment Club, Omaha, Nebraska, 2005. Disponible en http://mba.tuck.dartmouth.edu/pages/clubs/investment/WarrenBuffett.html.

5. Para más detalles véase LAKOFF, GEORGE, *Whose Freedom?: The Battle over America's Most Important Idea*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2006.

6. Para más detalles véase DEAN, JOHN W., *Conservatives Without Conscience*, Nueva York, Viking, 2006.

7. Discurso de George W. Bush ante el Congreso, 20 de septiembre de 2001, www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010920-8.html; discurso sobre el Estado de la Unión, 29 de enero de 2002, www.marchforjustice.com/unplugged.php.

8. Para más detalles véase LAKOFF, GEORGE, *Whose Freedom*?, op. cit., cap. 8, y FRANK, THOMAS, *What's the Matter with Kansas?: How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Metropolitan Books, 2004.

5. LA MORALIDAD Y EL MERCADO

1. SMITH, ADAM, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Book II, 1776.

2. PBS NewsHour entrevista a Jeffrey Kaye, «Aid for Airlines», 12 de febrero de 2002. Disponible en www.pbs.org/newshour/bb/transportation/janjune02/airline_aid_2-12.html.

3. GRUNWALD, MICHAEL y EILPERIN, JULIET, «Energy Bill Raises Fears About Pollution, Fraud Critics Point to Perks for Industry», *The Washington Post*, 30 de julio de 2005. Disponible en www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2005/07/29/AR2005072901128.html.

4. POLLAN, MICHAEL, *The Omnivore's Dilemma: A Natural History of Four Meals*, Nueva York, Penguin, 2006.

5. Marketplace Public Radio entrevista a Robert Reich, «Estate Tax Repeal? Bad for the Economy», 7 de junio de 2006. Disponible en http://marketplace.publicradio.org/shows/2006/06/07/AM200606071.html.

6. VALORES FUNDAMENTALES

1. George W. Bush, sobre la enmienda de la Ley de Protección del Matrimonio, 5 de junio de 2006. Disponible en www.whitehouse.gov/news/releases/2006/06/200606052.html.

2. Conferencia de Walter Bryce Gallie en la Aristotelian Society, 12 de marzo de 1956.

3. SCHWARTZ, ALAN, «Contested Concepts in Cognitive Social Science» (tesis), Berkeley, University of California, 1992. LAKOFF, GEORGE, *Moral Politics*, *Whose Freedom*?, op. cit.

4. El texto completo de la Proposición 209 puede consultarse en www.acri.org/209/209text.html.

5. El texto del discurso inaugural del segundo mandato de George W. Bush puede consultarse en www.whitehouse.gov/news/releases/2005/01/20050120-1.html.

6. www.falwell.com.

7. www.family.org.

8. El texto está disponible en www.hpol.org/lbj/civil-rights/

9. Por ejemplo, ver BROOKS, DAVID, «Of Love and Money», *The New York Times*, 25 de mayo de 2006.

7. INICIATIVAS ESTRATÉGICAS

1. LAKOFF, GEORGE, *Don't Think of an Elephant!: Know Your Values and Frame the Debate*, White River Junction (Vermont), Chelsea Green, 2004, pp. 9-33.

2. EDSALL, THOMAS B., «Conservatives Join Forces for Bush Plans», *The Washington Post*, 13 de febrero de 2005. Disponible en www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A19782-2005Feb12.html.

3. Para más información, véase www.newamericancentury.org/.

4. «Bush Is Not Incompetent». Disponible en www.rockridgeinstitute.org. Ver también *Project for the New American Century Declaration of Principles*. Disponible en www.newamericancentury.org/statementofprinciples.htm.

5. SIROTA, DAVID, *Hostile Takeover: How Big Business Bought Our Government and How We Can Take It Back*, Nueva York, Crown, 2006.

6. BARRIONUEVO, ALEXEI, y BRADSHER, KEITH, «Sometimes a Bumper Crop Is Too Much of a Good Thing», *The New York Times*, 8 de diciembre de 2005.

7. Véase www.sarep.ucdavis.edu/concept.htm.

8. POLLAN, MICHAEL, *Omnivore's Dilemma*, op. cit.

9. Ibíd.

10. LOCKE, JOHN, *The True Original, Extent, and End of Civil Government*, vol. 2 de *Two Treatises of Government* (1689).

11. BARNES, PETER, *Capitalism 3.0: A Guide to Reclaiming the Commons*, San Francisco, Berrett-Koehler, 2006.

12. Para más información, véase www.publictransportation.org/reports/asp/better_health.asp.

8. EL ARTE DE ARGUMENTAR

1. Para el discurso completo, véase http://obama.senate.gov/press/060607-remarks_by_senator_barack_obama_on_the_paris_hilton_tax_break/index.html

2. REICH, ROBERT, «Story Time», *The New Republic*, 28 de marzo de 2005.

3. SCHULMAN, BETH, «Restore the Promise of Work: Raise the Minimum Wage». Disponible en http://forums.oneamericacommittee.com/index.php?showtopic=30.

4. www.goldmanprize.org/node/100.

5. www.google.com/help/netneutrality.html.

6. Disponible en www.techlawjournal.com/topstories/2004/20040112.asp; www.cato.org/pubs/pas/pa507.pdf.

7. Disponible en www.opinionjournal.com/editorial/feature.html?id=110008391.

8. Disponible en www.huffingtonpost.com/mike-mccurry/hostile-commentary-and-ne_b_20179.html.

Puntos de reflexión
George Lakoff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Thinking Points*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Diego Mallo

© George Lakoff, 2006
Derechos cedidos por Farrar, Straus and Giroux, LLC, Nueva York

© de la traducción del inglés: Judith Wells, 2008
Revisión de la traducción: Francisco Ochoa de Michelena, 2008

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2017

ISBN: 978-84-9942-602-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

COLABORADORES	4
PRÓLOGO	5
PREFACIO	8
INTRODUCCIÓN: POR QUÉ ESCRIBIMOS	12
1. GANAR Y PERDER	15
2. BICONCEPTUALISMO	20
3. MARCOS Y CEREBROS	28
4. LA NACIÓN COMO FAMILIA	45
5. LA MORALIDAD Y EL MERCADO	58
6. VALORES FUNDAMENTALES	69
7. INICIATIVAS ESTRATÉGICAS	83
8. EL ARTE DE ARGUMENTAR	96
EPÍLOGO	116
AGRADECIMIENTOS	117
SOBRE THE ROCKRIDGE INSTITUTE	118
NOTAS	119
CRÉDITOS	175